

VANDRAD EL VIKINGO



① LA RIVALIDAD
Y EL HECHIZO

J. Storer Clouston

www.webcindario.com

Créditos

Título: **Clásicos de Fantasía num. 3**

(versión gratuita en español. Prohibida su venta)

- Vandrad el Vikingo, o la rivalidad y el hechizo

Traducción y Edición: Artifacts, junio 2021.

Diseño de Portada: Artifacts, imagen en el dominio público adaptada de "*Vikings Heading for Land*" (1873, Frank Bernard Dicksee).

Ebook publicado en [Artifacts Libros](#)

__oOo__

Título original: **Vandrad the Viking, or The Feud and The Spell** de **J. Storer Clouston** (1898) en el dominio público.

Publicada el 4 de mayo de 2002 en [Project Gutenberg](#).

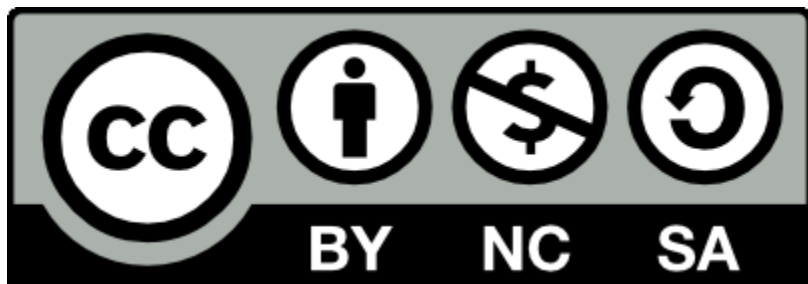
Texto en inglés producido y revisado por Charles Franks y el Online Distributed Proofreading Team.

Licencia Creative Commons

Clásicos de Fantasía num. 3 se publica bajo Licencia CC-BY-NC-SA 4.0 <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

Si quieres hacer una obra derivada, por favor, incluye el texto de la sección de Créditos de este eBook.

Licencia CC-BY-NC-SA



Esto es un resumen inteligible para humanos (y no un sustituto) de la licencia, disponible en Castellano. Advertencia:

Usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y crear a partir del material.
- El licenciador no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.
- **Bajo las condiciones siguientes:**
- **Reconocimiento:** Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **No Comercial:** No puede utilizar el material para

una finalidad comercial.

- **Compartir Igual:** Si remezcla, transforma o crea a partir del material, deberá difundir sus contribuciones bajo la misma licencia que el original.
- **No hay restricciones adicionales:** No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

Sobre el Autor

[Joseph Storer Clouston](#) (1870 - 1944, Orkney, Escocia) fue escritor e historiador. Tras ser educado en una escuela de Edimburgo y una universidad en Oxford, se embarcó en una carrera como escritor. Su primera novela "Vandrad el Vikingo, o la rivalidad y el hechizo" (*Vandrad The Viking or The Feud and The Spell*, 1898) se publicó un año antes de una de sus novelas más populares "El lunático suelto", (*The Lunatic at Large*, 1898). Su novela "El espía de negro" (*The Spy in Black*, 1917) se convirtió en una película de éxito a finales de la década de 1930. "Su primer delito" (*His First Offence*, 1912) también se filmó en Francia como *Drôle de drame* (dirigida por Marcel Carné, 1937).

También fue historiador, autor de una gran historia sobre Orkney, miembro fundador y vicepresidente de la Sociedad de Anticuarios de Orkney y miembro de la Sociedad de Anticuarios de Escocia. Murió en su casa en Smoogro House, Orphir, Orkney.

Vandrad el Vikingo

o la rivalidad y el hechizo

por

J. Storer Clouston

1. LA NAVEGACIÓN DEL MAR DEL OESTE

Mucho después de que el rey Estein se hubiera reunido con sus padres en el islote más allá de Hernalsfjord, y de que Helgi, conde de Askland, se hubiera convertido en una memoria bélica, los escaldos de Sogn aún cantaban esta historia de Vandrad el Vikingo. Esta contenía mucha magia maravillosa y algunos golpes asombrosamente fuertes, como ellos la relataban; pero leyendo entre líneas, la magia tiene una gran semejanza con muchos hechizos lanzados incluso en este día, y en cuanto a los golpes de espada, había necesidad de ellos para ser duro en la Noruega de entonces. Porque esa había sido la época de la creación de muchos reinos, y el Norte estaba empezando a hacer su parte.

Una mañana de mayo, hace más de mil años, según cuenta la historia, un anciano llegó lentamente por un sendero boscoso desenroscado de los pasos de montaña y del nevado interior de Noruega. Un poco más adelante los árboles adelgazaban y la hierba y las flores silvestres se extendían a ambos lados y, finalmente, justo donde el camino descendía en Hernalsfjord hacia la orilla del agua, el viajero se detuvo. Durante un tiempo permaneció allí al sol de la mañana contemplando la escena de abajo y, de vez en cuando, expresando sus pensamientos con aire ausente y a la guisa sonnadora de un visionario.

Aunque sus ropas estaban viejas y manchadas por la intemperie y desprovistas de cualquier adorno, su rostro y su porte eran tales que impactaban a la mente de inmediato y permanecían en la memoria. Él era alto y de poderosa complexión, y portaba sus años y el blanco volumen de su barba de una manera totalmente majestuosa; y sus ojos eran de lo más indeleble, azul claro y singularmente fríos en reposo, muy brillantes y agudos y escrutadores cuando su rostro estaba animado.

Estos veían mucho para animarlos esa mañana. En la ladera sobre Hernalsfjord se encontraba el salón real de Hakonstad, la sede de

los reyes de Sogn; y por toda la casa y hasta la orilla del agua, había un gran bullicio y movimiento de hombres. Desde el valle elevado a la cabeza del fiordo, guerreros descendían en tropel hasta los barcos que yacían junto al largo embarcadero de piedra. El sol de la mañana se reflejaba en los cascos y cotas de malla, y en el aire quieto resonaba el lejano choque de los preparativos en lo alto de la ladera vestida de pinos. Él veía que algunos bajaban armas y provisiones hasta la orilla, y a otros ocupados cargando los barcos. Las mujeres se mezclaban entre la multitud y, aquí y allá, una alegre capa y un yelmo dorado marcaban el rango de un líder.

"Sí, la estación ha llegado para que los vikingos se hagan a la mar de nuevo," dijo él. "Valientes y alegres son los guerreros de Sogn, y ligeros parten. Cuando un hombre es joven, todos las carreteras son agradables y todas conducen de regreso al hogar. Muchos he visto zarpar estos últimos sesenta años, y su navegación los condujo... ¿adónde?"

Y de nuevo entonces, mientras aumentaba el revuelo y él veía a los hombres embarcar en tropel en las largas naves: "Este viaje ha de ser como la caída de copos de nieve dentro del mar; pero ¿qué hombre puede escapar a su propio destino?"

Entretanto, un grupo de hombres acababa de dejar del bosque y estaba bajando por el sendero hacia el fiordo, diez o doce en total, encabezados por un hombre de barba negra excesivamente ancho y vestido con un abrigo de cuero cubierto por todas partes con ceñidas escamas de acero, y sobre el hombro una ponderosa alabarda.

El sendero era muy estrecho en ese punto, y el de la barba negra gritó con rudeza: "¡Deja sitio, viejo! ¡Da espacio para pasar!."

Despertado abruptamente de su ensueño, el soñador se giró tranquilamente, pero no hizo ningún movimiento hacia un lado. El grupo en ese momento estaba tan cerca que los guerreros tuvieron que forzar un alto, con algún choque de armaduras, y otra vez el capitán gritó: "¿Estás sordo? ¡Abre paso!"

Aunque había algo sobrecogedor en el pálido ojo del otro, y aunque el vikingo movía la alabarda con inquietud sobre el hombro, su

propia mirada dudaba. Con la más leve entonación de desprecio, el viajero preguntó: "¿Quién me pide que abra paso?"

El hombre de la barba negra lo miró con un aire de cierto asombro, y luego respondió brevemente: "Me llaman Ketill, pero ¿qué te importa eso a ti?."

Sin prestar atención a la brusquedad del otro, el anciano preguntó: "¿El rey Hakon navega hoy de Hernalsfjord?"

"El rey Hakon no ha navegado en muchos días. Su hijo lidera esta fuerza."

"Sí, lo había olvidado, somos ambos viejos ahora. Entonces, ¿Estein navega hoy?"

"Sí, y yo navego con él. Mi barco me espera, así que abre paso, viejo," respondió Ketill.

"¿Adónde navegáis?"

"A los mares del oeste. No tengo tiempo para hablar más. ¿Me oyes?"

"Adelante entonces," respondió el anciano dando un paso a un lado; "Algo me dice que Estein necesitará a todos sus hombres antes de que este viaje haya acabado."

Sin detenerse a más palabras, el capitán de barba negra y sus hombres se pasaron junto al anciano y continuaron su camino hacia el fiordo, mientras el anciano los seguía despacio.

Cuando él bajaba por la ladera volvió a hablar en voz alta para sí mismo: "Sí, este es entonces el significado de mis sueños de advertencia... peligro en las tierras del sur, peligro en la mar. Estein Hakonson prestará poca atención a las palabras de un anciano, aunque me placería ver al joven de nuevo, y lo que los dioses me revelan, debo decirlo."

Abajo, cerca del pie del sendero que conducía desde el embarcadero hasta el salón de Hakonstad, un grupo de jefes estaba hablando. Entre ellos, Hakon, rey de Sogn, uno de los reyecitos independientes

que gobernaban en la caótica Noruega de entonces, observaba la partida de su hijo.

El monarca era una figura venerable, destacaba por sus largos mechones invernales y su bordado manto azul, recto como una lanza pero demasiado viejo para la guerra. Su mano descansaba sobre el hombro del conde Sigvald de Askland, un viejo guerrero fanfarrón largo tiempo consejero y el compañero de armas más fiel del rey. Ante ellos estaba su hijo Estein, un joven alto de cabello castaño rojizo y ojos brillantes, alegremente vestido a la moda de la época, túnica roja y capa, y armado de momento únicamente con un casco dorado coronado con un par de alas de halcón y una espada ceñida al lado. Su rostro, aunque regular y apuesto, habría sido demasiado serio y reservado de no ser por la agudeza de los ojos y una sonrisa muy agradable que a veces iluminaba sus facciones cuando hablaba.

Después de haber charlado un rato, el joven miró a su alrededor y vio que el bullicio estaba disminuyendo y que la mayoría de los hombres habían embarcado.

"Todo está listo ahora," dijo.

"Sí," respondió Thorkel Sigurdson, uno de los capitanes de su barco, "solo nos esperan a nosotros."

"¡Adiós, Estein!" gritó el conde. "¡Que Thor te dé velocidad y te envíe dignos enemigos!"

"Hijo mío, mal me aflige tu partida," dijo el rey. "Pero es menester del hijo de un rey ver mundo y demostrar su valor en tierras lejanas. La guerra en los mares bálticos no es más que un pasatiempo para los vikingos comunes. Inglaterra y VallandNOTA1, los países del hombre negro y las tierras llanas de los ríos yacen ante ti. Allí Estein Hakonson debe alimentar a los lobos."

"Y sin embargo, Estein," agregó en un tono más bajo mientras lo abrazaba, "Sería mi deseo que Yule estuviera aquí de nuevo y tú con este. Yo estoy envejeciendo y mis sueños de anoche estuvieron cargados de tristeza."

"¡Adiós, hijo de Hakon!" gritó un ruidoso líder. "Desearía yo también navegar hacia las tierras del sur. No escatimes, Estein. ¡Fuego y espada en Inglaterra, espada y fuego en Valland!"

El grupo se había separado y Estein estaba a punto de ir a bordo cuando él se oyó llamado por su nombre. Miró a su alrededor y vio al mismo anciano que se había acercado a Ketill y llegaba por el embarcadero tras él.

"¡Salve, Estein Hakonson!" gritó; "He venido de lejos para veros."

"¡Salve, anciano!" respondió Estein cortésmente; "¿Qué recado te trae aquí?"

"¿No me conoce?" Dijo el anciano mirándolo intensamente.

"Nah, no me viene tu cara a la mente."

"Mi nombre es Atli, y si mis rasgos os son extraños, mucho más extraño debería ser mi nombre."

El anciano tomó la mano de Estein, lo miró de cerca a los ojos durante un minuto y luego dijo solemnemente: "Estein Hakonson, este viaje tendrá un final diferente al que vos creéis. Problemas veo ante vos: peces que se alimentan de guerreros y vientos que soplan como les place a ellos y no a vos."

"Eso es bastante probable," respondió Estein. "No zarpamos en un viaje de comercio, y en los mares del oeste los vientos a menudo soplan fuerte. Pero ¿qué suerte me aguarda?"

"Suerte extraña, Estein, veo ante vos. Seréis advertido y no tomaréis cuenta de aviso. Más quedará sin hacer de lo que será hecho. Vendrá un cambio en vos que no puedo comprender. Muchos de los que partirán no volverán, pero vuestro propio destino me es oscuro."

Un joven de apenas veinte años, muy alegremente vestido y de aspecto marcial, se les había acercado mientras hablaban. Tenía una expresión alegre e imprudente en su apuesto rostro, y se comportaba como si fuera consciente de sus atracciones personales.

"¿Y cuál es mi destino, anciando?" preguntó él, más en broma que en serio. "¿Voy a ser alimento de los peces o sufrir con Estein este extraño cambio en un troll o un hombre lobo, o cualquier forma que él va a adoptar?"

"Vuestro destino me está prohibido, Helgi Sigvaldson," respondió el vidente; "Sin embargo, creo que no estareis nunca lejos de Estein."

"Eso es fácil de responder," dijo Helgi con una carcajada. "Y yo puedo leer mi destino aún más. Cuando me separe de Estein, mi hermano adoptivo, será cuando un hombre vaya al Valhalla. ¿Qué dices a eso?"

El rostro de Atli se oscureció.

"¿Os atrevéis a burlaros de mí?" gritó Atli.

"No es así," intervino Estein. "Bare ha vuelto sin hermano detrás, y Helgi quiere decir que solo la muerte puede separarnos. ¡Adiós, Atli! Si tu profecía se hace realidad y regreso vivo, puedes elegir el regalo que te plazca de entre mi botín."

"¡Poco botín habrá, Estein!" respondió el anciano, mientras los hermanos adoptivos se alejaban de él por el embarcadero.

El último hombre saltó a bordo, los remos se sumergieron en el agua quieta y, a medida que la pequeña flota avanzaba lentamente por el fiordo, la multitud en la orilla se dispersó gradualmente.

En el mar, más allá de los altos promontorios que protegían HERNERSFIORD, soplabla una brisa fresca del noreste, y más allá de los islotes rocosos de la costa, los casquetes blancos brillaban bajo el sol. A medida que los barcos se alejaban del fiordo y el estruendo del mar exterior que rompía en los escollos se hacía más fuerte y más cercano, se extendían las velas y se embarcaban los remos. Lentamente al principio, y luego más rápido al captar el viento de la mar profunda, los barcos surcaron el mar abierto. Al pasar las islas, navegaron hacia la brisa y, sobre una estela de espuma, los hombres vieron que las montañas de Noruega se hundían lentamente en lo agreste de las aguas.

En la popa cubierta de un bote abierto, navegando sobre un océano desconocido para él hacia países de cuyo paradero solo estaba vagamente informado, Estein Hakonson estaba perdido en agitadas fantasías. Era el único hijo superviviente del rey de Sogn. Tres hermanos habían caído en batalla, uno había muerto en el mar y otro, el mayor, había muerto bajo un árbol techo en llamas. Su educación se había conducido según el único estándar conocido en Escandinavia. A los catorce años había matado a su primer hombre en justa lid; a los diecisiete había sido capitán vikingo en el Báltico; y ahora, a los veintidós —mucho mayor que sus años y endurecido por la variada experiencia— emprendía el camino vikingo que conducía a los maravillosos países del sur.

La marea de energía nórdica aún no estaba en su plenitud, la furia y el terror aumentaban rápidamente y la fiebre de la inquietud se extendía por todo el norte. Los hombres siempre regresaban con historias de monasterios llenos de riquezas incalculables y provincias ricas que ganar con la espada. Los escaldos cantaban sobre las hazañas realizadas en el sur, y los barcos cargados de botín confirmaban sus mentiras. No es de extrañar, entonces, que Estein sintiera que su corazón latía con fuerza junto al gran timón.

Esa noche, mucho después de la puesta del sol, aún estaba sentado en la cubierta mirando las estrellas. Poco después, su hermano adoptivo Helgi se acercó a él envuelto en una larga capa para el mar y tarareando suavemente para sí mismo.

"La noche está bien, Estein. Si Thor es amable y este viento nos da velocidad, pronto llegaremos a Inglaterra."

"Sí, si los dioses están con nosotros," respondió Estein. "Intento leer las estrellas. Me parece que son desfavorables."

Helgi rió. "¿Qué sabes tú de las estrellas?" dijo, "¿Y qué quiere Estein Hakonson con la magia blanca? ¿Hará que su vida sea un día más larga? ¿Lo hará de la mía si yo también leo las estrellas?"

"Ni un día, Helgi, ni un instante de tiempo. Estamos en manos de los dioses. Esto solo sirve para pasar el rato en una larga noche."

"Los escandinavos no deberían leer las estrellas," dijo Helgi. "Estas

cosas son para los finlandeses y los lapones y los pueblos pobres que nos temen."

"Desearía saber qué pensaría Odín de Helgi Sigvaldson," dijo Estein con una sonrisa.

Helgi se rió levemente mientras respondía: "Yo sé lo que Odín piensa de ti, Estein: un insensato pasmado por la magia."

Estein dio un paso adelante y, al inclinarse sobre un lado, miró un rato hacia la oscuridad. Helgi también quedó en silencio, pero sus ojos azules danzaban y su corazón latía fuerte mientras sus pensamientos volaban por delante del barco hacia el choque de brazos y el grito de victoria.

"No quedo más que yo," dijo Estein por fin. "Hakon no tiene otro hijo."

"Y tienes cinco hermanos que vengar. La espada no debería oxidarse mucho tiempo en tu vaina, Estein."

"Dos veces he hecho que los daneses paguen una cara expiación por Eric. No puedo castigar a Thor porque permitiera que Harald se ahogara, pero si alguna vez en mi vida es mi destino encontrarme con Thord el Alto, Snaekol Gunnarson o Thorfin de Skapstead, solo quedará un hombre para contar nuestro encuentro."

"Los quemadores de Olaf hace tiempo que se fueron de Noruega, ¿o no?"

"Yo era solo un niño cuando mi hermano fue quemado como un zorro en su madriguera de Laxafiord. Los quemadores conocían a mi padre demasiado bien para quedarse en casa y darle la bienvenida; y desde entonces nadie ha dicho nada de ellos, salvo que Thord el Alto hizo muchas incursiones en Inglaterra y se jactó ampliamente de la quema, tal vez se olvidó de que Hakon tenía otros hijos. Pero ahora, Helgi, debemos dormir mientras podamos. Ya llegarán noches cuando lo deseemos."

Durante seis días y seis noches navegaron sobre un océano vacío con viento favorable. Al séptimo día se avistó tierra por la proa de

estribor.

"¿Puede eso ser Inglaterra?" preguntó el viejo Ulf, el hombre del castillo de proa de Estein, un vikingo peludo y enormemente musculoso de los lejanos fiordos del norte.

"La costa de Escocia es más probable," dijo Helgi. "¿Tentamos nuestra suerte, Estein?"

"Me gustaría derramar un poco de sangre escocesa y tal vez llevarme a un par de doncellas," dijo Thorolf Hauskoldson, un joven gigante de los valles de los valles elevados.

"Puede que sea una pérdida de tiempo," respondió Estein. "Será mejor que nos dirijamos a Inglaterra mientras aguante el viento."

"No me gusta el aspecto del cielo," dijo Ulf mirando a su alrededor con el ceño fruncido.

El viento había amainado desde hacía algún tiempo y, a lo largo del horizonte oriental, el cielo estaba dando lugar a densas nubes. Estein vaciló un momento, pero a medida que el panorama se hacía más amenazador y el viento batía racheado; ora a una amura, ora a la otra; los vikingos cambiaron de rumbo y usaron remos y velas en busca del refugio de la tierra. Poco refugio prometía a medida que se acercaban: una línea oscura e inhóspita de precipicios se extendía de norte a sur hasta donde alcanzaba la vista, e incluso desde una gran distancia podían ver destellos blancos rompiendo al pie del acantilado. Nuevamente cambiaron de rumbo; y luego, con el sordo zumbido del augurio de lluvia, una tormenta del sudeste se desató sobre ellos, y no les quedó más remedio que dar media vuelta y capear el vendaval.

"Leo las estrellas demasiado bien," dijo Estein con gravedad entre dientes, aferrándose a la tensa caña del timón y viendo que las olas se estaban elevando. "Y la primera parte de la profecía de Atli se ha hecho realidad."

"Los vientos, la guerra y las mujeres son la suerte de un vikingo," respondió Helgi; "Esta solo es la primera parte del vaticinio."

Por la noche aumentó el vendaval, la flota estaba dispersa sobre el Mar del Norte y, a la mañana siguiente desde el barco de Estein, solo se podían ver otros dos cascos negros navegando ante la tempestad. Otro día salvaje pasó y no fue hasta la tarde que el tiempo se moderó. Poco a poco, los grandes mares empezaron a calmarse y la deriva de punzante lluvia cesó. A su paso, las estrellas luchaban a través de las altas nubes y, hacia la mañana, el viento se decayó por completo.

2. LOS INFANTICIDAS

Al temprano amanecer, se forzaba la vista para vislumbrar algo que pudiera decirles dónde estaban. Ninguno de los hombres del barco de Estein había estado en esos mares más de dos o tres veces como máximo, y conjeturas de lo más vagas abundaban cuando, mientras la luz iba ganando espacio, Ulf levantó el grito de tierra más adelante.

"¡Tierra a la derecha!" gritó Helgi un momento después.

"¡Tierra a la izquierda!" exclamó Estein; "Y nos estamos acercando, creo yo."

Cuando la mañana rompió por completo, se encontraron emitiendo un sonido boquiabierto que se doblaba y se estrechaba entre islas bajas de aspecto solitario. Solo en la tierra más distante a la derecha había colinas de brezos de cualquier altura que ver, y esas, por lo que ellos podían juzgar, estaban deshabitadas. Un fuerte oleaje venía del mar abierto y un dosel de nubes grises se cernía sobre todo.

"No me gusta este país," dijo Ulf. "¿Cuál crees que es?"

"Las islas de Hjaltland, diría yo, por lo que los hombres dicen de ellas," sugirió Estein.

"Las Orcadas, más probablemente," dijo Thorolf, que había navegado en esos mares antes.

Lejos de popa, otra nave estaba yendo hacia ellos.

"¿Qué barco es ese, Ulf?" preguntó Estein. "¿Uno de nuestra flota, crees tú?"

"Sí, es de Thorkel Sigurdson," respondió el hirsuto hombre del castillo de proa después de una larga mirada ceñuda.

"Por el martillo de Thor, parece tener prisa," dijo Helgi. "Deben de

haber sacado la cerveza durante la noche."

"Tal vez Thorkel siente frío," sugirió Thorolf con una carcajada.

"Han quitado los escudos de los lados," exclamó Estein mientras el barco se acercaba. "¿Crees que puede haber un enemigo?"

Una vez más, el rostro peludo de Ulf frunció el ceño. "Ningún hombre puede decir que temo a un enemigo," dijo, "pero no me gustaría nada luchar después de dos noches de insomnio."

"¡Bah! Thorkel está borracho como de costumbre, y cree que somos marchantesNOTA2," dijo Helgi. "Sin duda, se están preparando para abordarnos."

El barco se acercaba tanto que podían ver claramente a los hombres a bordo, y entre ellos, la alta figura de Thorkel apareció en la proa.

"Nos saluda con la mano. Algo hay detrás de esto," dijo Estein.

"Borracho," murmuró Helgi; "Apuesto mi espada de mango dorado a que está borracho. Tienen suficiente cerveza a bordo para hacer flotar el barco.

"¡Una vela!" Exclamó Estein señalando hacia el mar un promontorio alrededor del cual acababan de aparecer el casco negro y la colorida vela de un buque de guerra.

"¡Sí, y otro!" dijo Ulf.

"¡Tres, cuatro, siete, ocho!" Gritó Helgi.

"¡Vienen nueve y diez!" añadió Estein. "¿Cuántos más?"

Observaron la extraña flota en silencio mientras, uno a uno, los buques giraban y se abalanzaban sobre ellos. Diez barcos en total, remos batiendo rítmicamente el mar, extraños monstruos en las proas acercándose gradualmente.

"Vikingos de las Orcadas," murmuró Ulf. "Si distingo un barco largo de otro, esos son Vikingos de las Orcadas."

Mientras tanto, el barco de Thorkel se había acercado al lado y su capitán llamó a Estein.

"¡Hay poco tiempo para hablar ahora, hijo de Hakon!" le gritó. "¿Qué crees que deberíamos hacer? ¿Entrar en las islas o ir hacia Odín donde estamos? Estos hombres, creo yo, mostrarán poca misericordia."

"Yo no busco misericordia de ningún hombre," respondió Estein. "Resistimos donde estamos. No podemos escapar de ellos aunque queramos, y yo no lo haré si puedo. ¿Has visto alguno de los otros barcos?"

"Nos separamos de Ketill ayer y me temo que ese ha ido a alimentar a los peces. No he visto nada de Asgrim y de los demás. Creo que contigo, Estein, el fondo aquí servirá de lugar de descanso tan blando para nosotros como cualquier otro lugar. ¡Llena las copas y sirve a los hombres! No es bueno que un hombre muera sediento."

El robusto lobo de mar giró con un destello de humor sombrío en los ojos para disfrutar de lo que, confiaba él, sería su última bebida sobre la tierra, y en ambos barcos los hombres se abrocharon las armaduras y se animaron para el combate.

Los vikingos en aquellos días se cazaban unos a otros tan gratuitamente como a hombres de sangre extraña. Salían a luchar y, en general, se podían divertir mejor con una tripulación de guerreros experimentados como ellos que con los pueblos más blandos del sur. En particular, eran las Islas Orcadas y las Islas Shetland los puestos para los más libres de los lanzas libres, hombres tan hostiles a todo lo que semejaba ley y orden que el hijo de un rey noruego les parecía una presa muy deseable. Mucha carga de botín ganado con esfuerzo cambiaba de manos en su camino a casa, y las costas de la propia Noruega estaban tan hostigadas por estos vikingos isleños que, algún tiempo después, el rey Harald Harfagri descendió y las arrasó en interés de lo que él probablemente consideraba la sociedad.

Los dos barcos flotaban juntos, se embarcaron los remos y allí, a la prosaica luz gris de la temprana mañana, navegaban suavemente sobre el oleaje del Mar del Norte y esperaban la aproximación de la

decena. Algunas aves marinas volaban en círculos y gritaban encima de ellos. Una tenue columna de humo se elevaba desde alguna casa en una costa lejana. En otros lugares no había más señales de vida salvo que de los barcos que navegaban hacia el mar.

Thorkel, inclinado sobre el lateral de su barco, retrataba una historia de mamporros de día y de noche como las que habían sufrido Estein y su tripulación. Esa mañana decía que habían divisado el barco de Estein justo al amanecer, y que casi después se vieron diez largos barcos anclados en una bahía de la isla. Durante un tiempo confiaron en pasarlos desapercibidos. El destino, sin embargo, estuvo en su contra. Fueron avistados y los extraños vikingos se despertaron y los persiguieron como un enjambre de excitadas abejas.

Al parecer, los extraños se consideraban aún poco preparados para la batalla, pues disminuían la velocidad de su avance y aquellos en los barcos de Estein vieron que estaba en marcha un apresurado ajetreo de preparación.

"¿Qué crees tú, amigos o enemigos?" preguntó Helgi.

"Para los vikingos de las Orcadas, todos los hombres son enemigos," respondió Estein.

"Sí," dijo Thorkel con una carcajada, "sobre todo cuando son dos contra diez."

Para entonces, los extraños estaban a una distancia de saludo, y en el barco en cabeza un hombre con una capa roja llegó desde la popa y se plantó delante de los demás en la proa. En voz alta ordenó a sus hombres que dejaran de remar, y luego, llevándose la mano a la boca, preguntó —con una voz que tenía un tono de desdeñoso mando— qué nombre llevaba el capitán.

"Estein, el hijo de Hakon, rey de Sogn. ¿Y quién eres tú que preguntas mi nombre?" llegó la respuesta a través del agua.

"Liot, el hijo de Skuli," respondió el hombre de la capa roja. "Conmigo navega Osmund Napiagancho, el hijo de Hallward. Tenemos aquí diez buques de guerra, como ves. Ríndete, Estein

Hakonson, o tomaremos por la fuerza lo que no quieres darnos."

El hombre se echó la mano izquierda en la cadera, se irguió y dijo algo a su tripulación, acompañando las palabras con gestos de lanza. Ellos respondieron con un fuerte grito y luego iniciaron un coro salvaje y monótono, cuyas palabras eran un estribillo que describía el destino habitual de quienes se aventuraban a interponerse en el camino de Liot Skulison. Al mismo tiempo, sus remos batieron el agua y su barco se alineó con los demás.

"Está claro que nuestro amigo Liot es un hombre valiente," dijo Estein.

Helgi con una risa corta. "Él y su temible tripulación hacen poderoso ruido. ¿Alguien ha oído hablar de Liot Skulison o de Osmund Napiagancho?"

"Sí," respondió Ulf. "Los llaman los infanticidas, porque no tienen piedad ni siquiera con los niños."

"Se encontrarán con otros que no son niños hoy," dijo Helgi.

Estein y Thorkel se habían ocupado en unir los dos barcos con garfios de hierro. Entonces Estein se volvió hacia sus hombres y dijo: "Todos somos de una misma opinión, ¿no? Luchamos mientras podamos y que Odín haga con nosotros lo que quiera."

Sin esperar el grito de aprobación que siguió a sus palabras, saltó a la proa y, alzando la voz, gritó: "Estamos listos para vosotros, Liot y Osmund. Cuando subáis a bordo podéis llevaros lo que encontréis aquí."

Desde otro barco un hombre gritó: "¿Entonces lucharás, pequeño Estein? Recuerda que nos llaman los infanticidas."

Al instante, Thorkel aceptó el desafío. Tres copas de cerveza lo habían puesto en su estado de ánimo más feliz y belicoso, y sus ojos brillaron casi alegremente cuando respondió: "Te reconozco, Osmund el feo, por esa nariz en la que los hombres dicen que cuelgas a los niños que pescas. Poca necesidad hay de que hagas nada salvo mirarlos. Aquí hay un regalo para ti," y con eso arrojó

una lanza con una puntería tan certera que, si Osmund no se hubiera agachado como un relámpago, su participación en la lucha habría llegado a su fin allí mismo. Tal como fue, el misil golpeó a otro hombre entre los hombros y lo dejó yaciendo encima de la cubierta.

"¡Adelante! ¡Adelante!" gritó Liot. "¡Adelante, vikingos! ¡Adelante, hombres de Liot y de Osmund!"

Los remos golpearon el agua, el coro salvaje se convirtió en un rugido terrible y desafinado, y los diez barcos se abalanzaron sobre los dos. Con un estruendo se encontraron las proas y metal resonó contra metal con el ruido de un centenar de herreros; la desigual competición había comenzado.

Abrumadoras como tales probabilidades difícilmente podrían dejar de demostrar a largo plazo, hablaban estas más en una pelea naval. Hasta que los hombres sobre las amuradas se redujeron, los lados eran prácticamente iguales y, al principio, muchos de los vikingos de las Orcadas eran, por fuerza, meros espectadores.

Poco a poco, a medida que los hombres al frente se debilitaban, se vertían desde los otros barcos hombres frescos, siempre enfrentados a los cansados, espadas afiladas se encontraban con las melladas.

Liot colocó su propio barco junto al de Estein, Osmund atacó el de Thorkel y los otros barcos forzaban proa hacia dondequiera que vieran una abertura. Los noruegos asomaban por los laterales de escudo a escudo y luchaban con el coraje de la desesperación. Dos veces Liot, respaldado por sus hombres más audaces, intentó una carrera precipitada para subir a bordo y dos veces fue rechazado. Cargó por tercera vez y, eligiendo un lugar donde los defensores parecían más reducidos, derribó a un par de hombres con dos golpes de hacha y saltó a cubierta. Ya lo habían seguido tres o cuatro hombres, un grito de victoria surgió de los vikingos de las Orcadas y, durante un momento, el destino de la batalla pareció decidido hasta una enorme piedra salió disparada por el aire y, al caer sobre el escudo de Liot, obligó al guerrero perder el casco y caer de rodillas. Esto había sido obra de Ulf, capitán del castillo de proa, y rugiendo como un toro, el viejo vikingo había seguido a su piedra. Estein saltó de la popa y partió a un hombre a la altura de

los hombros. Otro cayó por la espada de Ulf. Liot, medio aturdido, fue apresado por uno de sus seguidores y devuelto a bordo de su barco, y por la hora se salvó el día.

"¡Tras ellos! ¡Tras ellos, Ulf!" gritó Estein, y veinte valientes noruegos siguieron a su líder tras la retirada del grupo de abordaje de Liot. Sus enemigos cedían paso a derecha e izquierda, las pasarelas a los lados estaban perdidas y, a pesar de las amenazas de Liot, sus hombres empezaron a saltar desde el castillo de proa y el alcázar hacia los barcos de detrás.

"¡Adelante, hombres del rey! ¡Adelante, hombres de Estein!" rugió Ulf.

"¡Espérame, Liot!" gritó Estein cargando la popa con su escudo rojo ante él. "¡Un infante te persigue!"

Helgi, que se había mantenido a su lado todo el tiempo, lo agarró del brazo.

"Están cediendo en el barco de Thorkel. Osmund está a bordo. Si no regresamos, el barco está perdido."

Con un gesto de desesperación, Estein dio media vuelta.

"¡Atrás, hombres, atrás! Thorkel necesita a todos sus amigos, me temo," exclamó Estein, y a Helgi le dijo: "El día está perdido. No podemos sino vender caro nuestras vidas ahora."

Regresaron demasiado tarde. Ya los hombres de Thorkel estaban subiéndolo a bordo del barco de Estein, con Osmund Napiagancho pisándoles los talones. El propio Thorkel yacía rígido sobre la barandilla de amura, de cara a sus enemigos y una gran punta de lanza sobresaliendo de su espalda.

No era sino cuestión de tiempo ahora. Con un solo barco, rodeado por todos lados y cansado por la tormenta y la batalla, solo podía haber un destino para la disminuida banda de Estein. Sin embargo, todos se mantenían con tanta firmeza y alegría como si la refriega estuviera comenzando. Al notar que todos los esfuerzos para abordar eran inútiles, los vikingos de las Orcadas se limitaron

durante algún tiempo a mantener un incesante fuego de dardos y piedras. Uno por uno, los defensores caían en sus puestos y, por fin, cuando aparecieron brechas cada vez mayores en la línea de escudos, Liot y Osmund abordaron juntos, cada uno desde su propio lado.

"¡De vuelta a la popa, Helgi!" gritó Estein. "¡A popa, hombres! No podemos defender las pasarelas. Un hombre cansado no puede luchar contra cinco frescos."

El último de todos sus hombres, él salió de la pasarela que rodeaba la baja cintura abierta del barco hasta la popa cubierta, en su escudo rojo había clavados dardos como un alfilerero lleno de alfileres.

En el castillo de proa, el viejo Ulf aún mantenía defensa respaldado por una media docena de robustos supervivientes de entre todos los que habían ido a la batalla con él por la mañana.

"Por fin ha llegado mi hora, Thorolf," le dijo Ulf al gigante de las tierras altas, quien parecía desengancharse algo de su cota de malla. "Tendré historias de alegre lucha que contarle a Odín esta noche, pero antes de caer, mataré a uno de esos dos vikingos. ¿Me seguirás, Thorolf, a las pasarelas, y luego al Valhalla?"

Con un violento tirón, el gigante se sacó una punta de lanza del costado y su sangre brotó sobre Ulf mientras se balanceaba sobre sus pies.

"Yo voy antes," dijo él y cayó sobre la cubierta con un estrépito de acero.

"¡Ahí ha muerto un hombre valiente! ¡Ahora, camaradas, tras él hacia Odín!"

Y dicho esto, el capitán del castillo de proa saltó sobre la pasarela y derribó a los hombres golpeando en la cintura con su impetuosa carrera, hizo girar su hacha de guerra alrededor de la cabeza y asestó un terrible golpe a Osmund Napiagancho. Rápido como un rayo, Osmund levantó su escudo y arremetió contra su enemigo con su espada. La punta de la hoja atravesó el pecho y salió entre los

hombros en el mismo instante en que caía el hacha de batalla. El borde del escudo se cortó como papel, y la hoja cayó justo en la nuca de Napiagancho, los cuerpos de los dos campeones cayeron rodando juntos por la pasarela hasta el agua.

Por popa se rabiaba la última lucha. Cansados y heridos como estaban, la pequeña banda de Estein presentaba a sus enemigos un feroz frente y cerca del escudo rojo de su líder sus vidas se vendían caras.

Luego, durante unos minutos se produjo una pausa en la lucha, y los hombres pudieron respirar por un tiempo.

"El próximo ataque será el último," dijo Estein con gravedad.

"¡Sus barcos se despegan!" exclamó uno.

"Somos nosotros quienes los dejamos," dijo otro.

"¡Mirad adelante!" gritó Helgi; "Aún los engañaremos."

Los hombres miraron a su alrededor con rostros asombrados, pues algo extraño había sucedido. Se habían adentrado en una de las temidas vías de marea de las Orcadas, y durante el tiempo en que se había librado la lucha, los habían llevado a una velocidad cada vez mayor, pasando por islas, manglares y escollos. La escena había cambiado por completo; estaban en un paso más estrecho, vagando como aves marinas indefensas en la marea. Las colinas de brezo estaban al alcance de la mano y justo enfrente había una gran espuma y burbujeo de la que se elevaban las negras cabezas de rocas hundidas.

Los otros barcos habían sido desviados por los remolinos y ahora se estaban dispersando rápidamente, cada uno luchando por abandonar el arrecife. Sólo los cuatro barcos unidos —Estein, Thorkel, Liot, Osmund— se precipitaban en grupo y sin resistencia hacia las rocas.

Liot también vio el peligro y alzó la voz en un gran grito: "Que ningún hombre mío toque un remo hasta que Estein Hakonson yazga muerto en la cubierta. Aún tenemos tiempo de matarlos."

¡Adelante, hombres de Liot!"

Hubo una avalancha salvaje y furiosa de hombres hacia la popa. Cayó hombre tras hombre de los defensores cansados por la batalla. Liot y Estein se enfrentaron espada con espada y cara a cara. El escudo rojo fue rasgado de arriba a abajo por un movimiento de la hoja del infanticida, y en el mismo momento, la espada descendente de Estein se encontró con el hacha de batalla de un vikingo y se partió en la empuñadura.

"¡Ahora, Estein, ya te tengo!" gritó su enemigo, pero antes de que las palabras hubieran salido todas de su boca, Estein se había arrojado hacia su cintura, daga en mano, y lo había llevado de cabeza a cubierta. Mientras ambos caían, los barcos chocaron con un fuerte estruendo que arrojó a amigos y enemigos por igual sobre las ensangrentadas tablas. Dos barcos se atascaron rápidamente. Otros dos se soltaron y, lanzándose sobre la primera línea de arrecifes, se asentaron junto a las proas.

Hubo una carrera hacia las línea de amura, un chapoteo de cuerpos en el agua, y los barcos condenados se abandonaron, atacante y atacado se hundieron en la agitación de la marea. El propio Estein había sido lanzado lejos de su enemigo y había caído al agua de cabeza y medio aturdido.

Sintió una mano amiga que lo arrastraba hacia un lado y escuchó la voz de Helgi diciendo: "¿Puedes nadar?"

Luego Estein tuvo el confuso recuerdo de haber sido arrastrado por una corriente irresistible, aferrado a lo que luego descubrió que era una tabla amistosa, antes de que llegara el olvido.

3. LA ISLA SANTA

Con el primer destello de consciencia, Estein despertó con dolor de cabeza y un cuerpo magullado. Luego sintió que estaba muy húmedo y frío, y descubrió que no estaba solo. Su cabeza descansaba sobre algo suave y dos manos le palpaban las sienes.

"Helgi," dijo Estein.

Una voz que no era la de Helgi respondió: "¡Gracias tengan los santos! ¡Está vivo!"

Estein se sobresaltó y su mirada se encontró con un par de ojos azul oscuro. Estos y las manos pertenecían a una hermosa jovencita, una muchacha de unos diecisiete veranos, sobre cuyas rodillas acababa de descansar su dolorida cabeza.

Ambos estaban sentados en una cornisa de roca que se adentraba en la marea y, a los pies de Estein, su amable tabla se mecía suavemente en un remolino de la corriente.

Él la miró tan silenciosa e intensamente que esos ojos azules se cerraron y un leve rubor subió a las mejillas de la muchacha.

"¿Estás herido?" le preguntó ella. Hablaba en lengua nórdica, pero con un bonito acento extranjero, y se veía tan hermosa y amable que los pensamientos de sirenas pasaron por la mente del vikingo.

"¿Herido? Bueno, creo que debería estarlo," respondió él; "y sin embargo me siento más magullado que perforado. Si pudiera ponerme en pie..." y mientras hablaba se puso de pie y, resbalando sobre las algas, se deslizó silenciosamente en el agua.

La chica chilló y mientras él salía trastabillando, nada peor y solo un poco más húmedo, una irresistible inclinación a reír se apoderó de ella. Olvidándose de su cabeza, él rió con ella.

"Perdona," dijo ella; "No pude evitar reír, aunque sin duda no parece estar en situación de reír. Al principio pensé que te habías

ahogado."

"Obra tuya, creo yo, que no lo esté. ¿Me encontraste dentro del agua?"

"Mitad dentro y mitad fuera, y requirió mucho tirar para sacarte del todo."

Estein se sacó impulsivamente un enorme anillo de oro del dedo y, con el espíritu de obsequio de la época, se lo entregó a su preservadora.

"No sé tu nombre, bonita muchacha," dijo, "pero sé que me has salvado la vida. ¿Aceptarás este regalo vikingo de mí? Esto es todo lo que el mar me ha dejado."

"Nah, guarda esos regalos para quienes los merecen. Habría sido un acto poco cristiano dejar que te ahogaras."

"Usas palabras que me son extrañas, pero me gustaría que pudieras aceptar este anillo."

"¡No no!" chilló ella decidida. "Ya habrá tiempo de hablar de regalos cuando me los haya ganado," y agregó un poco orgullosa, "Tampoco es que sea mi deseo ganar regalos. Pero estás mojado y herido. Ven donde pueda darte cobijo, por pobre que sea."

"Cualquier refugio me parecerá bueno. Aunque antes de ir me gustaría saber algo del destino de mis camaradas."

Él escudriñó el sonido de cerca, y en todo su largo tramo no había rastro de amigo o enemigo. A un kilómetro de distancia, el fatal arrecife descubierto por la marea menguante mostraba su línea de cabezas negras en lo alto del agua, pero de barcos no se veía ningún vestigio. El sol había pasado el mediodía hacía ya tiempo y él sabía que debía de haber estado inconsciente durante algunas horas. En ese tiempo, los vikingos que habían escapado de las rocas evidentemente se habían alejado, dejando solo a los muertos en el mar.

"Se han ido," dijo él dándole la espalda a la chica, "amigos y enemigos... se han ido, o se han ahogado, como debería haberme

ahogado yo, bonita muchacha, sino hubiese sido por ti."

Treparon juntos por las rocas y se toparon con una sinuosa senda de ovejas que conducía a la loma de una colina cubierta de brezos.

Al principio caminaron en silencio, la chica al frente subiendo a gran velocidad por la estrecha senda, y Estein vio cómo el viento le agitaba el cabello rubio alrededor del cuello en una maraña ondulante, y vio que ella era alta y esbelta. Poco a poco, cuando cruzaron la colina y llegaron a un terreno menos accidentado, él llegó hasta su lado.

"¿Cómo es que bajaste hasta donde me encontraste?" preguntó él.

"Yo estaba en la colina," respondió ella, "cuando vi barcos en el mar remando con fuerza para escapar de la corriente, y luego vi que algunos habían naufragado. Los restos flotaban y yo espí, porque tengo buena vista, a un hombre aferrado a una tabla y al poco tiempo se dejó caer sobre una roca, y pensé que tal vez podría salvar una vida. Así que bajé a la orilla... y tú mismo conoces el resto."

"Sé, de hecho, que tengo que agradecerte seguir con vida, tal cual. Y sé además que no todas las chicas habrían sido tan amables."

Ella sonrió, y su sonrisa fue de esas que iluminan un rostro.

"Gracias más bien a la marea, que tan amablemente te trajo a la costa, porque yo había servido de poco si hubieses estado en medio del remolino. Pero aún no me has dicho cómo llegasteis a naufragar."

Estein le habló sobre la tormenta en el mar y la lucha con los vikingos, que habían caído hombre a hombre, y que él también habría sido contado entre los muertos de no ser por la marea y las rocas.

Mientras ella escuchaba, sus ojos delataban interés por la historia y, cuando él hubo terminado, ella dijo: "He oído hablar de Liot y Osmund. Son los más despiadados de todos los asaltantes de estos mares. Da gracias de haber escapado de ellos.. "

Le preguntó su nombre y ella le dijo que era Osla, hija de un líder nórdico que había luchado en los mares irlandeses y que finalmente se había establecido en Irlanda. Allí había nacido su hija y pasado la primera infancia de esta; y era un acento irlandés lo que Estein había notado en el discurso de la chica. En una batalla fatal, los dos hermanos de Osla habían caído, su padre se había visto obligado a huir de la tierra y Osla había dejado su hogar irlandés con él y había venido a residir a las Orcadas.

"Él es un santo cristiano," dijo. "Una vez fue un famoso vikingo y su nombre era bien conocido en los mares del oeste. Ahora incluso él se olvida de su nombre y solo se lo conoce como Andreas, que era el nombre de uno de los benditos apóstoles; y aquí los dos vivimos en una islote solitaria, manteniéndonos apartados de todos los hombres y esforzándonos por vivir como lo hicieron los primeros padres."

"Debe de ser una vida tranquila para ti," dijo Estein.

"A veces yo misma lo creo," respondió ella con una sonrisa. "¿Y cómo te llaman los hombres?"

Por un instante, Estein vaciló. El pensamiento pasó por su mente: «Ella no debe reconocerme como hijo del rey de Sogn hasta que haya hecho algo más digno de un príncipe de la línea de Yngve que perder una batalla con dos vikingos de las Orcadas.» Luego dijo: "Me llamo VandradNOTA3, desde mi juventud he sido un explorador de los mares y me temo que puedo resultar inadecuado para estar en compañía de tu padre."

"Mi padre ya ha conocido exploradores de los mares antes," dijo ella con una sonrisa en los ojos.

Para entonces ambos casi habían cruzado la isla y Estein vio ante ellos otro largo remolino. Al otro lado de este había una isla grande y montañosa que se extendía hasta su mano izquierda hasta donde alcanzaba la vista, y a la derecha se rompía al final del estrecho en un promontorio escarpado, más allá del cual brillaba el mar abierto. En medio del remolino, un pequeño islote verde posaba como un monstruo marino bajo el sol de la tarde.

En la cima de la pendiente que bajaba abruptamente hacia el mar,

él miró a su alrededor en busca de signos de vida en el mar o en la costa. Debajo de él, y muy a la izquierda, un grupo de casitas alrededor de un comedor más grande marcaba la residencia de un jefe en posición; en la isla al otro lado del agua había algunas granjas dispersas; y en el pequeño islote su vista discernía una tenue corona de humo. Los mares estaban desiertos y la atmósfera parecía cargada de un aire de tranquila soledad.

"Esa es mi casa," dijo Osla, señalando el islote verde. "Los primeros padres la llamaban la Isla Santa. Nuestra casa es la celda de un anacoreta, y nuestras tierras, como ves, son de las más pequeñas. ¿Estás contento de llegar a un lugar así?"

Estein sonrió. "Si tú moras allí, estoy contento," dijo.

Osla sacudió la cabeza con lo que no pudo ser un aire de impaciencia.

"Tales cosas son fáciles de decir ahora," dijo ella. "Si las repites después de haber vivido a la guisa de un ermitaño durante un día entero, puede que empiece a creerte."

Descendieron la colina y, en un pequeño riachuelo en la orilla, se encontraron con un esquife.

"Este es nuestro bote," dijo Osla. "Si deseas mostrar tu gratitud, puedes ayudarme a zarpar."

"Ahora," dijo ella cuando Estein había metido el bote en el agua, "puedes descansar mientras yo te llevo remando."

"Nunca he tenido por costumbre dejar que una chica me lleve remando," respondió él tomando los remos.

"Pero ¿y tus heridas?"

"Si tengo algunas, las he olvidado."

"Bueno, te dejaré remar porque la marea está cambiando y no necesitarás vigilar las corrientes. Se monta un gran jaleo aquí cuando la marea está bajando."

Estein rió. "Veo que estoy con un timonel experimentado," dijo él.

"Y yo que estoy con una tripulación demasiado confiada," respondió ella.

Sólo un distante barullo de codornices interrumpía el silencio del canal solitario, su nota sonaba más débil cuando dejaron atrás la tierra. El sol se ponía lentamente hacia el mar entre los promontorios y, cuando ambos llegaron a la orilla del islote, la quietud era absoluta y el aire del norte se estaba enfriando. Osla condujo al vikingo por una pendiente de corta hierba marina y, al cruzar la cresta de la tierra, llegaron a un asentamiento tan extraño y primitivo que Estein pensó que difícilmente podría haber sido diseñado por mortales.

Encarando el final de la tierra encerrada de mar y mirando a una pequeña bahía, un grupo de celdas monásticas marcaba los límites norte de la iglesia cristiana. Este puesto había retrocedido en el tiempo y todas, salvo dos de las toscas viviendas de piedra, parecían desiertas y abandonadas. Una fina hebra de humo se elevaba directamente hacia el cielo en el aire quieto, y ante la entrada de la celda había un venerable anciano. A pesar de estar un poco encorvado, aún estaba mucho más allá de la altura común de los hombres. Tenía las cejas enmarañadas y la barba gris le llegaba hasta el pecho. Llevaba un manto largo y voluminoso, muy descolorido por el tiempo, atado con una cuerda a la cintura y en la mano un gran bastón.

Mientras Estein se aproximaba, las cejas del anciano se arquearon en una expresión de desagradable sorpresa, pero esperó en silencio hasta que su hija habló.

"He traído a un marino náufrago, padre," dijo ella. "Está herido, me temo, y ciertamente está mojado y hambriento. Le he dicho que le daremos refugio y comida, y los cuidados que sus heridas requieran."

"¿De dónde vino?" preguntó el anciano.

"Del mar más allá de la isla; al menos, él estaba en el remolino cuando lo vi por primera vez."

"Y tengo que agradecerle a su hija no estar allí ahora." Añadió Estein.

"¿Cuál es su nombre?"

"Me conocen como Vandrad, hijo de un noble terrateniente de Noruega."

El anciano lo miró durante un momento como si hubiera querido interrogarle más sobre su familia. En cambio, preguntó: "¿Y para qué viniste a estas islas?"

"De eso el viento, y no yo, es responsable. Las Orcadas era el último lugar que yo había pensado visitar."

"¿Has naufragado?"

"Naufragado y casi ahogado."

En un tono más cortés, el anciano dijo: "Mientras estés aquí, eres bienvenido para recibir toda la alegría que podamos darte. Esta celda es toda mi morada, pero ya que has venido a esta isla, entra y descansa en paz." "

Agachándose en la puerta, Estein entró en la morada de Andreas el ermitaño. Iluminada solo por una pequeña ventana y el brillo de un fuego, la tosca morada estaba oscura y fría; sin embargo, no parecía haber nada allí que debiera hacer que el rey marino se detuviera en el umbral. ¿No era eso más que una corona de humo lo que veía, y no se levantaba el viento con una ráfaga repentina en la quietud de la noche? Le pareció a Estein que un rostro aparecía y luego se desvanecía, y que una voz lejana que le susurraba una advertencia al oído.

"Que no te desanime nuestra pobreza, no hay dentro peor enemigo," dijo Osla con un toque de burla mientras él permanecía quieto durante un momento indeciso.

Estein no respondió, sino que pasó rápido a la habitación. ¿De verdad había oído una voz de ultratumba o había sido solo la imaginación de una cabeza herida? Tal impresión permaneció tan vívidamente que quedó en un ensueño, y las palabras de sus

anfitriones cayeron desatendidas en sus oídos. Él conocía el rostro, había oído la voz de antaño, pero en el caleidoscopio de la memoria no veía ningún nombre que encajara con ambos, ningún incidente con el que pudieran estar vinculados.

Volvió en sí por la voz de Osla.

"Démosle de comer y de beber pronto, padre. Está desfallecido y no nos oye."

El tumultuoso revuelo de la batalla quedó olvidado cuando le llevaron la cena y le vendaron suavemente las heridas. Una tetera entonaba una somnolienta canción que pareció tenderle un lánguido hechizo y, como en un sueño, oyó al ermitaño ofrecer una oración vespertina. Las peticiones, elocuentes y breves en su lengua norteña, se elevaron por encima del palpitar de la marea en el exterior y se extinguieron en un silencio de oración; y luego, bajo el agradable brillo de la luz del fuego, estas se separaron hasta el día siguiente.

Estein y el ermitaño salieron a la fría noche.

"Quienes visitan la Isla Santa deben descansar contentos con almohadas duras," dijo Andreas. "Aquí, en esta celda, encontrarás una manta y un lecho de piedra. Que Cristo te acompañe durante la noche"; y con eso giró y entró en su propia celda.

Estein miró hacia arriba, hacia las estrellas que brillaban sobre él con tanta calma como sobre el rey marino que últimamente paseaba por la cubierta de su barco. Escuchó durante un momento cómo la marea se elevaba más alta y gemía más inquieta; y luego, por encima de ambos, vio un par de ojos azul oscuro y escuchó una voz con un toque de burla. Mientras inclinaba la cabeza y entraba en su celda, sonrió para sí mismo ante lo agradable de la visión.

4. EL HECHIZO DE LA ISLA

La Isla Santa estaba bañada por el sol de la mañana, las sombras de nubes ligeras se perseguían unas a otras sobre las colinas y más allá de los promontorios el mar azul brillaba tranquilamente.

En un banco de césped inclinado hacia las rocas, Estein estaba sentado con Osla bebiendo la frescura del aire. Ella había ordeñado a la única vaca, horneado bastantes pasteles para la comida del día, y ahora, con su sencillo mantenimiento del hogar terminado, estaba libre para entretener a su invitado.

"Mi padre, me temo, está de oscuro humor," dijo ella. "Sus humor va y viene, no sé por qué ni cuándo. Hoy, quizá mañana, y puede ser durante cuatro días o más, se quedará en su celda o en el césped delante de la puerta, sin decir una palabra, y apenas responde cuando hablo con él. No le hagas caso; eso no tiene nada que ver no ser hospitalario."

"Me temo que no le gusto," dijo Estein. "Él vino aquí para escapar de los hombres, dices, y ahora tiene que entretener a un extraño y a un vikingo."

"No es eso," dijo ella. "El humor sombrío viene cuando estamos solos. A veces viene con la tormenta creciente, a veces cuando el sol brilla con más fuerza. No sé cuándo caerá la penumbra, ni cuándo volverá a ser él mismo. Cuando su mente esté bien, habla durante horas y me instruye muchas cosas."

"¿Te ha instruido en esta religión que él profesa? ¿Sabes qué dioses adora?"

Osla abrió los ojos con perpleja sorpresa; apenas se sentía a la altura de la tarea de convertir a este pagano y, sin embargo, era una lástima no intentarlo. Así que ella le habló, con la entusiasta inexactitud de una mujer, de este nuevo credo de amor, que luego se ilustraba de manera tan sorprendente en la Europa cristiana conflictiva y belicosa.

"¿Y qué hay de los dioses que mis antepasados y yo hemos adorado durante tanto tiempo? ¿Qué lugar tienen en el Valhalla del Cristo blanco?"

"No hay otros dioses."

"¿No tienen un Odín, un Thor, una Freya de las bonitas estaciones? ¿No hay Valhalla para las almas de los valientes? No, Osla, déjame con mis dioses, y yo te dejaré con los tuyos. La mía es la religión de mis parientes, de mi padre, de mis antepasados. ¿Y dirías que los cristianos son mejores que los adoradores de Odín? ¿Son más valientes, son más afiladas sus espadas, son más fieles a sus amigos?"

"Nosotros no queremos espadas afiladas. Vosotros solo pensáis en la guerra. Sólo vivís para saquear y luchar. ¿Has sabido lo que es perder un hogar y hermanos en una batalla? ¿Has huido de una humeante casa en un árbol? ¿Se te ha rechazado la misericordia? ¿Has tenido esposa o hijo esclavizado? Ese es tu credo. Dime, ¿no es así?"

"He pensado en estas cosas, Osla," dijo Estein con gravedad. "He pensado por la noche, cuando las estrellas brillan y el viento suspira en los árboles. Cuando miro a mi casa y veo a los segadores en los campos, y escucho a las muchachas cantar en el trabajo, a veces he estado dispuesto a volverme ermitaño como tu padre y sentarme al sol para siempre."

"Pero," prosiguió, y su voz se elevó a una nota clara y conmovedora, "no puedo descansar tanto tiempo. El mar nos llama, a los hombres del norte, y no podemos quedarnos en casa. La inquietud se apodera de nosotros como un gigante y nos impulsa a partir. Debemos ser hombres, debemos buscar aventuras en el mar o en la costa. Hay enemigos que enfrentar y anhelamos enfrentarnos a ellos. Y si nos comportamos con valentía, levantando velas aunque el viento sople fuerte y sin retroceder, que es lo más probable, sabemos que los dioses nos sonreirán y, si lo hacen, moriremos felices. No todos somos infanticidas. Me han enseñado a respetar donde no haya nada digno de mi acero, y ninguna muchacha ni madre ha sufrido aún un daño en mis manos. Sin embargo, debo navegar por los mares, Osla, y luchar donde encuentre un enemigo; porque siento

que los dioses me lo ordenan y que un hombre no puede luchar contra su destino."

Mientras hablaba, la mirada de Osla estaba fija en el cambio de marea, pero sus ojos, de haberlos visto, estaban iluminados por el fuego de sus palabras. Ella se puso de pie de un salto cuando él terminó, y dijo: "Yo también tengo sangre nórdica. El mar me llama como te llama a ti; y si yo fuera un hombre, me temo que sería mal ermitaño. Sin embargo..." y levantó un dedo de advertencia para detener las impetuosas palabras en la lengua de Estein; "Sin embargo, sé que estaría equivocada. ¿Qué es este sentimiento sino el hambre de los lobos, y qué son vuestros dioses sino nombres para esta? Los lobos también salen a matar y, si tuvieran habla, sin duda dirían que Thor los llamaba."

"¿No es un vikingo diferente de un lobo, entonces, a tus ojos?"

"Por muy poco," respondió ella, "si tienen el mismo credo."

"Un lobo soy, entonces," respondió él; "Y sé mantener los labios cubriendo los colmillos y morderme las patas traseras, y practicar la hombría lo mejor que pueda."

"Una virilidad muy hambrienta," replicó ella. Pero a pesar de sí misma, sonrió y luego cambió ligeramente la conversación a otras cosas.

Día tras día, la tranquila vida de la isla transcurría con pocos incidentes y una agradable monotonía. Con solo una sola familia había poca comunicación, y eso casi en su totalidad por parte de Osla. En la costa de la gran isla al oeste, que los hombres llamaban Hrossey, vivía un gran agricultor, llamado Margad, y de su casa se obtenían los suministros que necesitaban. Era un hombre honesto y pacífico, según pasaban los tiempos, con una esposa amable de nombre Gudrun, y ambos se interesaban amistosamente por la hija del ermitaño. A Estein le hubiera gustado vivir en la sociedad de la chica todo el día, escuchándola hablar y observando el viento jugar con su cabello, y cada día notaba, con una sensación de creciente decepción, que la veía menos. A veces mantenían largas conversaciones y luego, de repente, o eso le parecía a él, ella tenía que dejarlo y él pasaba el tiempo pescando desde un bote. O a veces

él cruzaba con ella a Hrossey y, mientras ella iba a ver Dama Gudrun, él perseguía a los corzos y a las aves.

Con arco y flecha, y a fuerza de largos y arduos acechamientos, traía a casa un botín escaso pero bien ganado, y luego, bien solo o más a menudo con Osla en la popa, cruzaba el estrecho a medida que se desvanecía el día hacia una cena de bienvenida y una velada en la celda iluminada por el fuego, o a una noche tranquila junto al remolino de la marea bajo un cielo tan pálido y claro que solo se veían las estrellas más brillantes.

Él sabía que estaba enamorado, desesperadamente enamorado. ¿Por qué si no iba a quedarse en la Isla Santa después de haber sanado las herida y cuando nada le ordenaba quedarse? Lejos y débiles sonaban los ecos de la guerra y los gritos de la refriega. Como recuerdos de otra vida, los pensamientos de su padre, de Helgi, de amigos y parientes, lo asaltaban, lo apuñalaban un momento y se desvanecían en un par de ojos azul oscuro y una figura alta y esbelta. Él seguía hablando con Osla de viajes y batallas, y la sorprendía a veces interesándose más de lo que ella debería por algún viejo relato de actos heroicos y valientes o una historia de sus propias aventuras. Sin embargo, los recuerdos de estas cosas se habían debilitado y él hablaba como un anciano que recuerda su juventud.

"Estoy bajo un hechizo," se decía a sí mismo, y caminaba más rápido sobre los brezos, y luego se sorprendía a sí mismo sonriendo al pensar en alguna palabra o mirada de Osla.

El mal humor del ermitaño desapareció y fue seguido por una actitud de grave distancia hacia su invitado. Hablaba poco, pero siempre con cortesía, y al principio parecía tratarlo simplemente como una adición al ganado de la isla.

Una noche, Estein, a la manera de los escaldos, cantó un poema suyo mientras estaban sentados alrededor del fuego. Lo llamó la "Canción de Guerra del Rey."

"En lo alto el estandarte del cuervo
Que invita hambrientos milanos,
Rojo brilla el sol en marea del mediodía

Salvaje resplandor de las auroras boreales;
El cuerno de guerra brama su llamada,
Y de cada fiordo rocoso
Vienen los reyes del mar de Noruega,
A seguir al señor de Noruega.
"La flecha hendida acelera,
Entre de alarmas de guerra,
Que llama a los cuervos a su festín
A los xxx Udallers a las armas.
Mira que tus yelmos estén bruñidos
Mira que tus hojas estén fuertes
¡Cuando él, del linaje de Yngve
Envíe el mensaje de guerra!"

"¡Skoal, Vandrads! ¡Skoal!NOTA4" gritó el ermitaño.

Sus oyentes lo miraron con asombro. A Estein le brillaban los ojos, y se le torcieron los labios, todo el hombre se transformó en ese momento en el vikingo de los mares occidentales.

"Una vez yo mismo fui escaldo," dijo el anciano. "Tú has acelerado lo que pensaba que estaba muerto." Y se levantó y salió a la noche.

Durante un minuto ambos estaban demasiado sorprendidos para hablar, entonces Osla dijo en voz baja: "Tu magia es demasiado fuerte, Vandrads." Ella le lanzó una mirada que vivió mucho en la memoria de él y rápidamente siguió a su padre.

Durante más de una hora después, pudo verlos paseando por la orilla en silencio, el brazo de ella dentro del brazo del ermitaño.

Al día siguiente el anciano estaba más callado y reservado que antes, pero de vez en cuando Estein veía que sus ojos lo seguían y las pocas palabras que pronunciaba eran más amables.

"Cántale de nuevo," le susurraba Osla por la noche, y noche tras noche cantaba el joven escaldo y escuchaban el ermitaño y su hija. A veces, cuando terminaba, el viejo vikingo hablaba sobre varios temas. Breves destellos de sus primeros días, fragmentos de conversaciones religiosas, de sus viajes y de los pueblos extraños que había visto, los esbozaba antes de la oración de la tarde.

Y así pasó el tiempo, hasta que Estein pasó seis semanas en la Isla Santa. Durante todo ese tiempo no le había mostrado abiertamente amor a Osla. Ella parecía simplemente amistosa, y él estaba distraído entre un loco deseo de romper las barreras entre ellos y una extraña y entumecedora sensación de advertencia que lo retenía, no sabía por qué. A veces era tan fuerte que imaginaba dos hechizos lanzados sobre él, uno por la muchacha de la isla y otro por algún espíritu desconocido.

Una mañana la encontró vagando por los acantilados que formaban la barrera de la isla hacia el mar.

"Vamos a sentarnos aquí, Osla," dijo Estein. "Tengo una nueva canción que cantarte."

"Debo hornear los pasteles," respondió ella. "¿No puedes cantarnos esta noche?"

"Solo te concierne a ti. Siéntate aquí, pero un momento; no es mucho, y podrás escapar de mí cuando haya terminado."

"Muy bien," dijo ella con una sonrisa y un aire de resignación. "Escucharé, pero no me entretengas mucho."

"Si esto te cansa, puedo esperar."

"Ponme a prueba."

"Debo irme pronto de la Isla Santa, Osla. Llevo demasiado tiempo lejos de mis parientes y de mi país. Es duro partir, pero debe llegar algún día, y estos versos son mi canción de despedida."

Ella estaba en silencio y parecía arrancar intensamente rosas marinas.

"No puedo decirte por qué," prosiguió él, "pero hoy siento que ha llegado mi hora de explorar de nuevo. Ojalá pudiera vivir aquí para siempre, pero sé que no ese el destino."

Luego cantó su canción de despedida: "¿Puedes darme un suspiro, bella Osla? Está destinado que deba irme. ¿Pensarás alguna vez en Vandrad cuando resoplen los vientos del mar o se debilitará con la

ausencia el recuerdo de mi amor?"

"¿Puedes reservar una lágrima, dulce Osla, cuando yo zarpe de esta hermosa tierra? ¿Soñarás a veces con Vandrad cuando las olas retumben en la playa? ¿Pueden resistir las visiones de una agradable época la marcha del tiempo?"

"Osla, cuando me comporte valientemente, en medio del relámpago de la espada, Y los ejércitos se encuentren como torrentes. Cuando las nieves de las montañas se hayan derretido, el pensamiento de tu sonrisa de aprobación será mi única recompensa."

"¡Que te vaya bien, dulce Osla de ojos azules! El rey marino no debe quedarse, ni siquiera por cabellos ricos como el verano ni por una sonrisa tan brillante como mayo. Pero hay una esperanza de la que no puedo separarme. ¡Que nos volvamos a encontrar algún día!"

"¿Entonces te vas?" dijo ella más suavemente de lo que él la había oído hablar nunca.

"¿Quieres que me quede?"

"No si quieres surcar los mares de nuevo y luchar y saquear, como debería hacer un hombre valiente," chilló ella con un destello de burla. "Si es tu destino irte, ¿por qué debería yo interponerme en el camino? ¿Soy algo para ti?"

Ella no le dio tiempo para responder, sino que se levantó y salió corriendo.

5. ANDREAS EL ERMITAÑO

El mismo día, Estein cruzó remando hasta Hrossey y comenzó a atravesar las colinas con su arco y flechas. Caminó varios kilómetros por el terreno y se detuvo largo rato en la cima de una cadena de colinas desde donde tenía una amplia vista del país del interior. Allí se sentó y reflexionó durante mucho tiempo. Debajo de él veía un valle que se abría a una extensión de tierra baja regada por muchos lagos y limitada por colinas de brezos. A su alrededor, en vislumbres entre las cimas más altas de las colinas y en amplios tramos ininterrumpidos sobre las cordilleras más bajas, el mar abierto rodeaba la isla. Poco a poco, la quietud del lugar y la frescura del aire se apoderaron de él, y finalmente se durmió. Empezó a soñar, al principio con acontecimientos confusos y rostros apresurados, y luego de forma más clara y vívida. Había aterrizado, pensaba, en la Isla Santa. Estaba oscuro, pero le parecía ver claramente una figura, envuelta en una capa larga, caminando ante él hacia las celdas. No era ni Andreas ni su hija y, con cierto asombro, aceleró el paso y lo alcanzó justo cuando estaba a punto de entrar en la celda del ermitaño. Entonces, pareció darse cuenta de que no se trataba de un visitante mortal y, con un repentino escalofrío de miedo, se detuvo. En ese instante la figura se volvió hacia él con el rostro cubierto y dijo con severidad y tan claramente que las palabras resonaban en sus oídos cuando despertó: "¿Qué hacéis VOS aquí, Estein Hakonson?"

Despertó sobresaltado, el sudor le empapaba la frente. Era la segunda vez que oía la voz. Una vez le había advertido al entrar por primera vez en la celda del ermitaño, pero ahora, como entonces, no podía hallar ni nombre ni circunstancia aptos para esta.

Le vino a la mente la profecía de Atli: "Seréis advertido y no tomaréis cuenta de aviso," y a pesar de sí mismo, una sensación de tristeza se apoderó de su mente.

Una manada de ciervos merodeaba ausente en una ladera distante, pasaron las horas y el sol se hundía por el oeste, mientras él estaba allí sentado y solo.

Por fin se levantó y volvió sobre sus pasos hacia la orilla. La marea corría con fuerza y él tuvo que bogar largo y rígido para ganar camino por esta, y el crepúsculo estival que nunca llega a la oscuridad en el norte se agrupaba cuando él aterrizó.

Miró a su alrededor como si esperara ver una figura envuelta en una capa surgiendo de las tinieblas, pero la isla estaba desierta y tranquila. Ante la celda se detuvo un instante. "No tomaréis cuenta de aviso," repitió. "Sin embargo, lo que está destinado debe ser," y luego entró.

El ermitaño estaba solo. El granjero Margad había venido a buscar a Osla porque su esposa no se encontraba bien, y la gente crédula pensaba que la hija del mago, como consideraban al padre Andreas, podría tener alguna influencia curativa. Estein se sentó y cenó; y todo el tiempo que estuvo comiendo, Andreas se paseó por la sala sin decir nada en voz alta, sino murmurando continuamente. Leyendas de magia negra y cambio de forma llegaron a la mente del joven vikingo. Mientras observaba al anciano pasar de un lado a otro a la luz del fuego, y la enorme sombra distorsionada que recorría y atravesaba la celda, imaginó un par de veces haber visto el comienzo de alguna horrible transformación.

De repente, el ermitaño se detuvo y lo miró con seriedad.

"¡Cántame una canción de batalla!" gritó; y Estein vio que efectivamente se había producido un cambio. Un ataque de tristeza había dado paso a un período de extraña excitación, y el espíritu del explorador marino había regresado.

Estein compuso su mente y cantó la canción de la Batalla de Dunheath, comenzando:

"Muchos de los jefes bebieron hidromiel
Cuando el sol se elevó sobre la llanura,
Pero pequeña fue la banda que vendó sus heridas
Cuando el brezal volvió a oscurecer."

Cuando las últimas palabras murieron, el ermitaño comenzó a hablar con entusiasmo y volubilidad, y con un tono nuevo para su invitado.

"Antaño cantaba yo esas canciones," dijo el ermitaño. "Navegué los mares en mi barco, y los hombres temieron mi nombre... temieron a Andreas, el hombre de Dios. Yo era un pagano entonces, como lo eres tú. Adoraba a los dioses del norte y el martillo de Thor era mi símbolo en el océano. No perdonaba a nadie que se interponía en mi camino. Estas manos están machadas de la sangre de mis enemigos y a muchas viudas he dejado desoladas."

Hizo una pausa, y una lengua en llamas salió repentinamente del fuego y arrojó una luz brillante en la celda.

"¡Fuego!" gritó el anciano; "¡Fuego como ese he llevado sobre mis enemigos! ¡Los he quemado como ratas! ¡He dejado sus casas en llamas! Escucha, Vandrads, y te contaré un hecho que hizo que mi nombre fuera conocido en todas partes de la tierra del norte. Ahora soy un hombre cristiano y mi alma está a salvo con Cristo. Cada vez que recibía una herida, juraba que debería vengarme. Hakon, rey de Sogn, hombre orgulloso y severo, desterró a mi hermano Kolskegg por homicidio involuntario. El hecho no fue más que un acto de justicia contra alguien que había engañado a nuestro pariente. pero el difunto tenía muchos amigos y el rey no hizo caso de las ofertas de expiación de Kolskegg ni de mis ruegos... ¡Mis ruegos! ¡Yo que nunca antes le había pedido nada a un mortal! Mi hermano era un querido amigo del rey, padre adoptivo incluso de su hijo mayor Olaf, y él inclinó débilmente la cabeza y dejó la tierra. Cuando supe que se había ido, apreté la empuñadura de mi espada con tanta fuerza en mi rabia que la sangre me goteó de las uñas, y lo maldije en voz alta por causar ociosamente tal insulto a nuestra casa sin pasar por venganza. Nuestra raza es tan vieja y orgullosa como los mismos reyes de Sogn, y juré que Hakon debería lamentar ese día. Entonces yo era un pagano, Vandrads."

Dijo estas últimas palabras con un brillo en los ojos y un apretón de labios, como si se regocijara con el recuerdo de su pasada. Con el mismo placer sombrío y reminiscente continuó: "Yo y otros dos enviamos la flecha hendida a través de los valles, y reunimos hombres armados lo suficiente para llenar tres barcos. Sí, la navegación de Thord el Alto, Snaekol Gunnarson y Thorfin de Skapstead, aún no se olvida en Noruega. Fuimos a Laxafjord, porque allí vivía Olaf, hijo de Hakon. ¿Has oído la historia?" gritó

de repente, "¿Sabes de la quema?"

"Adelante," dijo Estein con voz dura y seca; "Te escucho," y todo el tiempo su mano derecha buscaba su costado.

"Aquello fue un hecho que," dijo el ermitaño, "sonó en toda Noruega. Aterrizamos en la noche y vimos las luces del salón entre los pinos. Estaban festejando y no oyeron nuestra aproximación en círculo alrededor de la casa ni los leñazos amontonados contra las paredes los oyeron. Era una noche oscura, Vandrad, muy oscura, hasta que encendimos un fuego que fue visto por los hombres en las islas exteriores. Entonces nos oyeron, olieron el humo y corrieron hacia las puertas. Al primer hombre que salía lo corté por la cintura, porque nadie en Noruega tenía más habilidad con las armas que yo. Luego los cercamos dentro y cerramos la puerta. A veces, de noche, los oigo gritar incluso ahora. Nunca hubo incendio semejante en Noruega, no perdonamos ni un alma, ni una. Nos pidieron que dejáramos salir a las mujeres, pero habíamos venido allí para matar y no para perdonar. Gritaron, Vandrad. Chillaron hasta que el techo se derrumbó, y luego murieron. Mi alma está a salvo con Dios y ellos están en las tinieblas de afuera. Allí chillaran para siempre."

Hizo una pausa por un momento, y luego continuó con la misma tensión de gran emoción: "Ahora me conoces. Soy Thord el Alto, el incinerador de Olaf Hakonson."

"¿Y dónde están Snaekol Gunnarson y Thorfin de Skapstead?" Estein habló con dificultad, y su mano derecha se había cerrado sobre algo en su cinturón.

"Ambos están muertos. Murieron como paganos y sus almas están tan desesperadamente perdidas como el alma de Olaf Hakonson. Yo soy el último de los incendiarios."

La voz de Thord el Alto se apagó. Estein se inclinó hacia adelante, su mano abandonó su costado y algo en ella brilló a la luz del fuego.

De repente, el ermitaño se sobresaltó: "¡Oslo! ¡Oigo a Oslo!"

Estein metió la daga en la vaina y, doblándose bajo el umbral, salió a la noche. Debajo de la celda vio un barco zarpando de tierra y, justo delante de él, en el crepúsculo claro y fresco, la forma de Osla.

"¿Te has cansado de la compañía de mi padre?" preguntó ella con una sonrisa.

"Quería estar solo," respondió él y pasó rápidamente junto a ella.

Ahora conocía la voz que se había oído dos veces y recordaba el rostro fugaz.

"¡Viniste a advertirme, Olaf, y no te reconocí!" gritó. "¡Te reconozco ahora... demasiado tarde!"

Paseaba por el césped con pasos apresurados. El sagrado deber de venganza lo llamaba con una vehemencia que no podemos comprender ahora. Él había jurado no dejar escapar ninguna posibilidad de vengarse de los incendiarios de su hermano. A menudo había buscado noticias sobre ellos y, a menudo, había renovado su resolución; y ahora que había encontrado a su enemigo, ¿iba a permitirle que escapara sin más?

Sin embargo, había sido el invitado de este hombre; había comido de su pan y dormido en su morada. Y sus manos estaban atadas con una cadena más fuerte. "¡Osla, Osla!" Gritó, "¡Por tu bien soy infiel a mis votos y olvido mi deber para con mis parientes!"

Entonces, el recuerdo de Thord el Alto relatando el incendio se elevó fresco y fuerte, y de nuevo su mano buscó su costado, y su respiración se aceleró, hasta que la visión de Osla hizo a un lado todos los demás pensamientos.

Pasó el tiempo hasta que se hizo difícil la medianoche. Gradualmente, su mente se fue componiendo.

"Estoy en manos del destino," se dijo. "Que el destino haga conmigo lo que quiera."

Todo el cielo del norte aún estaba rojo con el resplandor del atardecer, arrastrándose lentamente hacia el este ante el amanecer. La tierra y el mar estaban claros y, sin embargo, tenues, porque la

luz era fantasmal como una cámara fosforescente. La marea estaba floja y lamía suavemente las rocas y todo en el mundo parecía tranquilo.

"El fin ha llegado," dijo Estein.

De repente, en el brillo del sonido, vio una curiosa marca negra, lejana y vaga. Poco a poco pareció acercarse, hasta que Estein, mirándola con atención, se olvidó de sus pensamientos ante la creciente curiosidad. Luego aquello tomó forma y, débilmente, a través del agua llegó el chapoteo de los remos y las voces de los hombres. A medida que se acercaban, él se agachó debajo de una orilla y observó cómo se acercaban con creciente maravilla y algo también de asombro.

"Los dioses han enviado a buscarme," pensó.

Esos estaban siendo llevados por la corriente hacia el lugar donde él se encontraba, y luego aterrizaron en las rocas. Siguió una consulta en voz baja y un hombre abandonó el barco y subió por la orilla. Se destacó claramente en la transparente oscuridad una figura alta envuelta en una cota de malla que caminaba con un confiado porte.

Estein esperó hasta que estuvo frente a él y luego se levantó de un salto, daga en mano.

"¿Quién eres tú?" demandó.

La mano del hombre fue directamente a su espada, pero al sonido de la voz de Estein la hizo volver a caer.

"¡Estein, mi hermano adoptivo!" gritó.

"¡Helgi!"

Helgi abrió los brazos y lo abrazó con ternura, hablando con una emoción que no hacía ningún esfuerzo por controlar. "Estein, hermano mío, pensé que estabas de verdad en el Valhalla. He llorado por ti, Estein. Te he llorado como muerto. Dime que eres tú mismo y que ningún fantasma de la isla ha venido a burlarse de mí."

La voz amistosa y el abrazo, viniendo en esta su hora de angustia, conmovieron a Estein en el corazón.

"Soy yo, de hecho, Helgi," dijo; "Y nunca me había sentido más feliz de ver un rostro y estrechar una mano. ¿Cómo llegaste aquí? Pensé que me había separado de mis amigos para siempre. He estado tanto tiempo solo que me habían comenzado a parecer hombres de ensueño. "

Helgi le contó brevemente que había nadado hasta otra isla y allí lo había recogido Ketill, el capitán de barba negra de uno de los barcos dispersos de Estein. Habiendo perdido toda esperanza, habían navegado hacia el sur y, después de encontrarse con vientos en contra y poca suerte, habían regresado a las Orcadas, donde, por un hombre que había estado con Margad, las noticias del forastero en la Isla Santa habían llegado a oídos de su país.

"Dicen, Estein, que ese ermitaño tuyo tiene una bonita hija. Creo que a ella le gustaría ver a tu hermano adoptivo, ¿no?"

"No, Helgi, no me hagas más preguntas, mas llévame rápidamente. Estoy hechizado aquí y no me atrevo a confiar en mí mismo para quedarme un momento más."

"Conozco estos hechizos, Estein. Los han lanzado a hombres por otras doncellas antes. Será mejor que te lleves a tu hechicera contigo. Es desafortunado romper tales hechizos con tanta rudeza."

"No te rías, Helgi," dijo Estein tomándolo del brazo y apresurándolo hacia la orilla. "Este hechizo ha significado más para mí de lo que puedes imaginar."

"¡Por el martillo de Thor!" exclamó Helgi, deteniéndose repentinamente, "Seguro que ahí está la bruja misma."

Estein miró a su alrededor y, de pie delante del cielo, vio la forma esbelta que tan bien conocía.

"Espérame, Helgi," dijo, "El hechizo aún está sobre mí," y de repente se alejó corriendo por la orilla otra vez.

"¡Osla!" gritó Estein y se detuvo abruptamente.

"¿Qué significa esto, Vandrad?" le preguntó ella.

Ella tenía los ojos muy abiertos de preocupada sorpresa, y al mirar ese rostro vuelto hacia arriba, Estein pensó que nunca antes había sido tan hermosa.

"Han venido a buscarme, Osla, y debo irme. ¡Adiós! No me recuerdes."

"¿Nos dejas así... sin despedirte, ni decirnos que te vas?"

"Yo mismo no sabía cuándo vendrían. Te dije que debía dejarte y buscar el mar de nuevo. Esto se ha hecho realidad antes de lo que esperaba."

Él la tomó de las manos.

"¡Adiós!" dijo él de nuevo.

Ella apartó la cara.

"Me temía que te cansaras de nosotros," dijo ella con la voz muy baja.

"¡Nunca, Osla, nunca! Pero el destino ha sido demasiado fuerte para mí. Ahora me esperan y debo dejarte."

"¡Adiós, Vandrad!" dijo ella alzando la vista, y él vio que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

"¡Osla!" gritó él atrayéndola hacia él. Ella cedió un instante, y luego se liberó y comenzó a alejarse.

"¡Adiós!" respondió ella, y su voz sonó como un sollozo.

Él no confiaba poder responder, así que se volvió y corrió hacia el bote.

Se echaron a la mar en silencio, los remos se sumergieron en las silenciosas aguas y Estein abandonó la Isla Santa.

6. EL SALÓN DE LIOT

Durante las primeras horas de la mañana, Estein se sentaba a la popa en silencio. Helgi, envuelto en su capa, se echó en la cubierta a su lado y se durmió con aligerado corazón mientras que el barco, deslizándose por la fuerza de la marea, viraba hacia el oeste en el oleaje del Atlántico.

La tristeza se había apoderado de la mente de Estein. Los recuerdos más placenteros fueron distorsionados por el fantasma de esa vieja enemistad de sangre: su hermano asesinado pediiiiii venganza en voz alta. En el batir de las olas y el crujir de las vigas oiiiiii Estein al ermitaño recitar de nuevo la historia del incendio, y a través de todo ello una voz gritaba: "¡Adiós! ¡Adiós!"

El sol en esa temporada saliiiiii temprano. Con él se refrescó la brisa y, una a una, las figuras dormidas en cubierta despertaron y empezaron a moverse por el barco. Aunque su líder permaneciia quieto.

Helgi finalmente se incorporó sobresaltado y se frotó los ojos. Miró a Estein y sonrió.

"Muy enamorado, creo yo", se dijo a siii mismo.

Por fin, Estein vio que lo observaban, y pasándose la mano por la frente como para barrer sus pensamientos, preguntó con cansancio: "¿Adónde vamos ahora, Helgi?"

"Tu hechizo necesita un remedio violento y tengo eso en mi mente que puede curarlo. ¿Qué dices de hacerle saber a Liot Skulison que no nos mató a todos? Hay aquí otros dos además de nosotros que escaparon del destino de Thorkel y nuestros camaradas y que creen que le deben algo a Liot. ¿Parece la venganza dulce?"

"¿Entonces Liot está vivo?"

"Sí, Thor lo ha salvado de nosotros. El hombre de las Orcadas que nos condujo hasta ti tiene una antigua enemistad contra los

infanticidas, y me dice que Liot y sus hombres se están dando un festín en su morada. ¿Caeremos sobre ellos esta noche?"

"Eres un buen galeno, Helgi. La batalla y la tormenta son las mejores curas para alguien como yo".

"No puedo darte una tormenta, me temo", se rió Helgi, "pero puedes tener suficientes batallas esta noche. Liot tiene doscientos hombres y más a su alrededor, y tenemos aquí unos setenta en total".

"Juntos nos hemos enfrentado a mayores dificultades, Helgi. La vida no me parece tan bonita ahora que debería alejarme de chances de tres a uno. Busquemos a Liot donde sea que esté y, cuando lo hayamos encontrado, digamos que se arme con tantos hombres como pueda reunir. Entonces deja que nuestro destino nos teja su telaraña".

Helgi rió de nuevo: "Esa sería una buena venganza ... dejar que Liot mate a los hombres de Estein, un barco cargado de ellos a la vez. Si Odín desea que muramos, trataré de enfrentar mi destino con firmeza, pero no lo ayudaré en la masacre. No, Estein, puedo idear un plan mejor que el tuyo".

Estein sonrió por primera vez desde que habiia subido a bordo.

"Mientras me dé una buena batalla con enemigos acérrimos, y contigo a mi lado, no me importa qué plan propongamos."

"¡Ahí hablas tuuu mismo otra vez!" gritó Helgi; "Y creo que dentro de poco te meterás en mis planes. Llamaré a Ketill y al hombre de las Orcadas, y los cuatro haremos consejo aquí."

Ketill, el capitán de anchos hombros del barco --el mismo cuyo camino había sido detenido por Atli-- un hombre de pocas palabras y muchos hechos valientes, y Grim, el hombre de las Orcadas, se acercaron a la popa. Allí deliberaron durante mucho tiempo. Helgi estaba a favor del fuego.

"Oigamos el canto de los hombres de Liot cuando estén calientes."

Ketill soltó una breve carcajada. "Yo también estoy a favor de la quema", dijo.

"Debemos atraparlos cuando están bebiendo", dijo Grim. "Cuando terminan las fiestas de Liot, muchos hombres se van a dormir en las dependencias que hay alrededor del salón, y aquí no tenemos la fuerza suficiente para rodearlos a todos a la vez".

"No toleraré más incendios", dijo Estein.

"¿Cuándo tuvimos el último?" preguntó Helgi. "Hablas como si no hubiéramos hecho nada más que quemar enemigos durante toda nuestra vida. Nunca antes habíamos hecho un incendio, Estein, y es mejor empezar como incendiarios que como incendiados."

"Últimamente he oído hablar de otro. Esa no es obra para hombres valientes".

Helgi se encogió de hombros. "Vamos a ahogarlos entonces", dijo.

Ketill soltó otra risa corta y ronca.

"No, Ketill, no estoy bromeando; la verdad es que no estoy de humor para ello. Si setenta hombres valientes no pueden limpiar un salón de doscientos bebedores, ¿qué virtud hay en los corazones fuertes y las espadas afiladas? Entraremos en el saloon, tuuu de un extremo y yo del otro, y creo que los hombres de Liot Skulison no tendrán queja de aguantar una velada demasiado tranquila".

"Debemos atraparlos, entonces, mientras están festejando. Después será demasiado tarde, con sólo setenta hombres", respondió el cauteloso Grim.

"Podemos elegir nuestro momento", dijo Estein; "y sea cual sea el plan en el que caigamos, parece que debemos llegar a tiempo".

Helgi se rió levemente. "Pensé que nos dejarías poco que decir, Estein, una vez que estuvieras excitado", dijo. "A mí me da lo mismo. Fuego, espada o agua ... elige lo que quieras, siempre me encontrarás a tu lado; y si debes ir al Valhalla, pues, alegremente te haré compañía".

"El fuego era mejor", dijo Ketill, sacudiendo la cabeza.

El día aún era joven cuando el consejo de guerra llegó a su fin, y

como tenían tiempo más que suficiente para llegar al salón de Liot antes de la noche, la proa se volvió hacia el mar abierto para poder escapar mejor de la observación. Una vez que llegaron a unos kiloometros de tierra, giraron hacia el sur, y, arriando la vela para dejar la menor marca posible, se movieron lentamente solo con remos. Durante todo el día, el barco rodó en un gran oleaje, los acantilados occidentales de las Orcadas estaban ora ocultos por una pared de agua, ora brillando bajo el sol mientras se elevaban de un canal a otro, y justo delante se acercaba gradualmente la lejana costa escocesa. A medida que avanzaba la tarde, volvieron a girar hacia tierra, y hacia el anochecer se encontraron en una isla montañosa situada al sur de Hrossey.

"¿Cómo llaman los hombres a esto?" preguntó Helgi.

"La llaman Haey, la isla alta, y estaaa en una bahía al sur donde habita Liot Skulison", respondió Grim, su piloto provisional.

Se acercaron cada vez más a tierra hasta que una imponente línea de acantilados se elevó a más de trescientos metros por encima de sus cabezas. Era una costa sombría y, de popa, no interrumpida por bahías o vislumbres del interior, y sombría y terrible en la luz que se desvanecía. El gran oleaje aceitoso rompiiiia en chorros de espuma al pie del acantilado, y a lo largo de la cara del acantilado pudieron ver innumerables aves marinas aferradas a la roca.

Poco a poco, mientras navegaban por esta tierra hostil, comenzó a formarse una ligera niebla marina. Los líderes de la peligrosa expedición vieron cómo esta se acercaba a ellos con creciente aprensión.

"¿Qué dices, Grim?" dijo Helgi; "¿Puedes llevarnos hasta Liot con esta niebla?"

Grim miró a su alrededor dubitativo. "Me parece que puedo llevarte allí", dijo, "pero me temo que llegaremos demasiado tarde. Podemos movernos lentamente y, con sólo setenta hombres, creo que haremos poco cuando los hombres de Liot se hayan ido del banquete. "

Estein había estado de pie en silencio cerca de la caña del timón. Al

oír estas palabras, se volvió y gritó ferozmente: "¿Quién habla de hacer poco? Liot o yo caeremos esta noche aunque nos rodee la oscuridad de la muerte. ¿Crees que he venido a quedarme aquí ocioso en una niebla? Dile a tus hombres que remen como valientes vikingos, Ketill, y no como mujeres timoratas".

El respeto debido al rango en Noruega fue poco más de lo que el orgulloso escandinavo decidió prestar, y fue con una pequeña deferencia a su príncipe que Ketill respondió: "Creo yo que eres un fantasioso, Estein. No perderé mi barco para que puedas alimentar a los peces cuanto antes mejor".

"¿Tienes miedo tú también? ¡Por el martillo de Thor! Creo que estás aliado con Liot. Yo haré que estos cobardes remen".

"Eso no lo harás", respondió Ketill.

En un instante, ambas espadas estaban medio desenvainadas. Los hombres que estaban a alcance auditivo estaban demasiado sorprendidos por este repentino cambio de la costumbre habitual de Estein con sus seguidores como para hacer más que mirar con asombro la disputa, y al instante siguiente las espadas habrían chocado si Helgi no se hubiese precipitado entre ambos.

"¿Qué es ésto?" gritó. "¿Estás poseído de espíritus malignos para que te pelees en vísperas de la batalla? Recuerda, Ketill, que Estein es tu príncipe. Y Estein, hermano mío, ¿qué te aflige? En verdad estás bajo un hechizo. Ojalá hubiera matado a la bruja antes de que os separarais. No se puede ganar nada hundiendo el barco y esta niebla es demasiado densa para remar en carrera hacia una costa como esta".

Quizás fue la alusión a la "bruja" lo que trajo a Estein a sus sentidos, pues sus ojos de repente se suavizaron. "Me equivoquee, Ketill", dijo Estein. "La ira de los dioses está sobre mí y no soy yo mismo".

Se volvió bruscamente y miró con aire malhumorado la niebla; mientras Ketill, con la mirada de quien está lidiando con un loco, salió de la popa.

"Malo es navegar con un líder hechizado", murmuró.

La idea de que Estein estaba bajo un hechizo se apoderó rápidamente de la supersticiosa tripulación. Se dijeron unos a otros que no se trataba de una bruma terrestre que había caído sobre ellos, y al escuchar el rompimiento del mar en los acantilados, hablaron en voz baja de magos y monstruos marinos, y oyeron voces extrañas en el sonido de la marejada. Luego tuvieron miedo de remar a más de un paso de caracol y, a veces, casi se deteniian por completo. En vano Helgi fue entre ellos e insistiiia a Grim, quien conocía tan bien estas aguas que había poco peligro, en vano señalaba la esperanza de un botín y venganza por delante; y mientras hablaba hubo una momentánea ruptura en la niebla y vieron el imponente acantilado tan cerca de ellos que se desperdiciaron sus palabras.

"Aquí hay brujería", dijeron; y Ketill fue tan obstinado como los demás. El barco se deslizó bajo los acantilados sin apenas camino, y Helgi, desesperado, vio pasar la hora dorada.

"Oh, por dos buenos barcos más", pensó, "entonces podríamos esperar hasta que amaneciera y caer sobre ellos cuando quisiéramos".

Estein había vuelto a caer presa de sus pensamientos. En su lúgubre fatalismo pensó que la ira de los dioses lo perseguía por el descuido de su deber para con su hermano asesinado, y se sometió al fracaso de esta aventura como inicio de su castigo. El fuego de combate se extinguió, el anhelo de acción se ahogó y en su lugar cayó sobre él lo que era casi un hechizo que pudiera caer sobre los hombres mortales. Su devoto amigo echaba humo con impaciencia a su lado mientras la niebla se hacía más densa y las horas pasaban lentamente, y maldecía amargamente a la hechicera de la Isla Santa.

"Eeel habla de los dioses", se dijo a siii mismo. "Esto no es obra de ellos, es la magia de esa bruja de la isla, ¡que los trolls se la lleven!"

"¡La niebla se levanta!" gritó Grim desde su puesto en el timón.

Los hombres oyeron el grito y, dejando de hablar atemorizados, miraron ansiosos los riscos que se ensanchaban rápidamente en el blanco sudario. Coronas fantasmales se desprendiian revolotearon

por el barco y luego se disipaban en el aire. El cielo de la noche de verano con sus estrellas pálidas aparecía en lagos a una banda y otra, la niebla se elevaba del agua como vapor. En ese momento, los grandes acantilados aparecieron claros y terribles en el crepúsculo de medianoche, y los hombres gritaron que el hechizo estaba roto.

Sobre Estein vino el mayor cambio. Cuando la niebla se disipó, la luz volvió a sus ojos y se volvió ansioso hacia Grim. "¿Dónde estamos ahora? ¿Ya tenemos tiempo de atrapar a Liot en su banquete?"

El piloto negó con la cabeza. "Nos llevará dos horas completas llegar a la bahía donde habita Liot, y me temo que la fiesta habrá terminado incluso ahora, porque la hora es tarde."

El rostro de Helgi decayó y murmuró una profunda imprecación mientras se volvía hacia Estein. "¿Que piensas tu?" preguntó; "¿Corremos hacia alguna bahía lejana y volvemos mañana por la noche?"

"He venido a encontrarme con Liot esta noche," respondió Estein y, volviéndose, paseó por la cubierta pensativo.

La alegría de Helgi regresó en un instante. Tarareó un aire, y apoyado en la regala esperó la marcha de los acontecimientos con su habitual filosofía descuidada.

"Los hombres tenían razón", pensó; "Era una niebla mágica. El hechizo se ha disipado con la niebla. Ahora solo quiere una batalla enérgica para curarlo".

Una sonrisa sombría se apoderó del rostro de Estein, y luego se detuvo junto a Grim y dijo: "¿Sabes dónde duerme Liot en este salón suyo?"

"Sí, me vi obligado a seguirlo durante dos años, y conozco bien su dormitorio".

"¿Puedes llevarnos a él en la oscuridad?"

Grim lo miró dubitativo antes de responder. "Eso creo", dijo al fin.

"¿Pero estás seguro?"

El piloto miró a su alrededor. "La noche es clara", dijo, "y todavía habrá algo de fuego en el salón. Pero será una aventura peligrosa".

Estein le dio la espalada, impaciente. "Me parece que tienes poca enemistad con Liot", dijo, y se acercó a donde estaba Helgi.

"¿Y bien?" preguntó Helgi.

"Tengo un plan."

"¿Te has decidido a quemar? Esta maldita niebla me ha enfriado y un fuego me gustaría mucho".

"Has oído mi idea sobre los incendios, Helgi. Mi plan es llevarme a Liot mientras duerme. No mantendrán guardia. Los mismos perros estarán borrachos, y creo que no será tan difícil como parece. ¿vendraaas conmigo al saloon de Liot?"

Los ojos azules de Helgi se abrieron de par en par, y se rió cuando dijo: "Nunca ha habido un rival para ti en la empresa en el norte, Estein. Tus planes parecen tan elegidos que tus enemigos pueden tener la mayor oportunidad de matarte. ¿Hemos de dejarte ir en el lugar de Liot? "

"Te he preguntado si me seguirías."

"Ya sabes la respuesta a eso. Pero ¿por qué preocuparse con el cadáver de Liot? Seguramente seriiia más fácil matarlo donde yace."

"No me gusta un asesinato a medianoche, y Liot y yo aún no hemos decidido quién es el mejor hombre. Esa es una prueba que me gustaría hacer, y entonces podremos ver qué harían los dioses conmigo".

"Luchar contra un enemigo y capturarlo después es bastante común, pero capturarlo primero y luego luchar contra él parece el acto de un loco", respondió Helgi.

"Entonces soy un loco," respondió Estein, y con eso se dio la vuelta y se adelantó para consultar a Ketill.

Su credo de mórbido fatalismo lo impulsaba a buscar esta prueba mediante la cual su destino pudiera decidirse claramente. También anhelaba la acción; y la idea, una vez sostenida, lo fascinaba. Pero a todos los demás a bordo les parecía simplemente la víctima de alguna magia insidiosa. Helgi no tenía ninguna duda de que estaba bajo un hechizo.

"Una justa batalla", pensó, "siempre es más varonil que una masacre secreta, pero ni el mismo Odín huiría volando con el enemigo que ha matado a dos barcos cargados de sus seguidores y luego lo desafiaría a un combate singular. Es como si debiera atrapar a un ladrón que le había robado la mitad de sus bienes, y luego tirar los dados con él para jugarse el resto. Pero todos los hechizos actúan de manera más funesta por la noche, dicen; sin duda por la mañana Estein se contentará con darle un entierro apropiado ... si lo atrapa".

Y al pensarlo se rió en voz alta. "¡Que me muera en la cama como una mujer", se dijo a sí mismo, "si esta no es la forma más extraña de pescar un vikingo!"

Al principio, Ketill se mostró partidario de rechazar decididamente la aventura; pero Helgi, cuyas convicciones se asentaban a la ligera en comparación con su apego a Estein, lo persuadió de consentir.

"¿Tienes miedo?" preguntó, y esa pregunta no dejó lugar para que dudara el orgulloso vikingo.

Eran casi dos horas después de la medianoche cuando el barco, el cual se deslizaba bajo la sombra de los acantilados, arribó dentro de una pequeña bahía abierta hacia el sur, custodiada a ambos lados por un escarpado promontorio apartado de la marea y del oleaje del océano occidental. A la extraña luz gris de esa noche de junio, los hombres podían ver un valle que se abría desde las grandes colinas del interior hacia una franja de tierra más nivelada en la cabeza de la bahía. En una franja de playa de arena había tres barcos de guerra, y en la ladera de la colina a la izquierda se alzaba un pequeño municipio de edificios bajos, agrupados alrededor del más alto, el salón de bebidas de Liot Skulison.

En un silencio sepulcral se acostaron a la orilla tan cerca como se

atrevió su piloto. "Estamos tan cerca de la costa como podemos", dijo al fin en voz baja.

El bote iba sigilosamente, y en él se apiñaban tantos hombres como era posible.

"Manteen a los remeros en sus bancos, puede que tengamos poco tiempo para salir", dijo Ketill en un ronco susurro a su hombre del castillo de proa, a quien dejó al mando del barco.

"Poco deseo tenemos de que nos atrapen".

"Remad, hombres, y recordad que aquel que hable más que un susurro, creereee de eeel que está cansado de la vida".

Los remos se hundieron y el bote se deslizó lentamente hacia tierra.

"¿Conoces la tierra, Grim?"

Grim, que estaba sentado al timón, simplemente asintió con la cabeza; y luego las proas rechinaron en una franja de playa de grava.

"¡Que los trolls te lleven!" murmuró Ketill. "¿No podrías habernos dicho de aflojar la velocidad? Los muertos podían oír un aterrizaje como este".

"Está bien, Ketill," susurró Estein. "Estamos demasiado lejos del saloon".

"¡Por el martillo de Thor!" gruñó el capitán de barba negra, cuyo temperamento era siempre de los más cortos, "Estos hombres chapotean como ganado".

Uno a uno bajaron a tierra y luego el grupo se dividió. Un hombre quedó a cargo del barco; Ketill con otros tres rodeooo hacia donde estaban los barcos; mientras que Estein, Helgi y Grim, con seis hombres escogidos, se acercaron cautelosamente al saloon.

Cruzaron un brezal en ascenso y llegaron a una pronunciada pendiente de césped. Cerca de ellos se alzaba una oscura masa de edificios, y el silencio no se rompiia salvo por el sigiloso sonido de

sus pasos. Grim abriiia el camino, luego iba Estein, luego Helgi, y los demás lo seguuiian en fila india.

Con cautela llegaron al final del salón, y debajo de la puerta hubo una breve pausa. Estein dio en un susurro instrucciones finales, y luego empujó rápidamente la puerta y entró. Helgi, Grim y un hombre lo siguieron, mientras los otros cinco esperaban afuera con las armas en las manos.

Estos antiguos salones de bebida nórdicos eran habitaciones largas y altas, con grandes fogatas en el medio y, junto a ellas, largas filas de bancos para los invitados. Ambos lados se abriian las alcobas para dormir, y sobre estas colgaban los brazos de los guerreros.

El salón de Liot estaba muy oscuro y silencioso. Un destello fantasmal de luz se abriia paso a través de las estrechas ventanas, y en las hogueras las brasas se apagaban lentamente. Junto a los bancos dormían las formas de algunos de los bebedores más empedernidos, y una o dos veces estuvieron a punto de tropezar con ellos. Grim se acercó a Estein y lo condujo hasta la mitad del salón. Allí se detuvo y señaló una puerta. No hubo palabras; los demás cercaron y aflojaron dagas en las vainas. Estein retrocedió suavemente hacia el fuego y levantó un leño, uno de cuyos extremos aún brillaba intensamente, y empujó la puerta para abrirla. La cámara estaba oscura como la boca de un lobo mientras Estein buscaba a tientas la cama. Daba pasos con tanta cautela que solo la respiración agitada del durmiente rompiia el silencio, y con mucho cuidado avanzó y acercó el leño al durmiente inconsciente para poder leer claramente sus rasgos. Luego colocó el lenno contra la pared y dio una orden susurrada. En un instante, una manta se enroscó alrededor de la boca de Liot, le ataron las manos y los pies y, antes de despertar por completo, lo montaron sobre los hombros de sus enemigos, formando parte de una singular procesión que se apresuró a atravesar el salón de Liot Skulison.

Grim, quien era el primero en caminar, casi había llegado a la puerta cuando, desde la más oscura de las sombras, un hombre se cruzó repentinamente en su camino. Por un instante, el corazón del piloto se detuvo. Entonces vio que solo tenía que lidiar con un bebedor medio despierto, y mientras su boca formulaba una pregunta, la daga de Grim brilló y, con un grito, el hombre cayó

pesadamente al suelo. Al instante surgió un coro de ladridos que podría haber despertado a los muertos.

"Los perros se despiertan", dijo Helgi.

"¡Daos prisa!" gritó Estein. "Los hombres se nos echaraan encima".

Se apresuraron a atravesar la puerta y, llevando a su cautivo sobre los hombros, todo el grupo echó a correr.

"¡Los perros nos persiguen!" gritó uno.

"Vuélvete y mátalos", dijo Estein.

Tres hombres se detuvieron y, con unos pocos golpes de espada, dispersaron a la multitud que aullaba; pero aun mientras los ahuyentaban, pudieron ver que salían hombres del salón y de las casas.

"¿Dónde está Ketill?" gritó Estein, mientras alcanzaban el barco.

El hombre al mando no había visto nada de él.

"¡Que los hombres lobo se lo lleven!" exclamó Helgi. "Ha tenido tiempo suficiente para destrozar el barco arrancando cuaderna por cuaderna".

"No hay tiempo de esperarle; culpa suya si se queda en tierra", dijo Grim.

"Ese conocimiento lo consolará sin duda", respondió Estein; "pero auuun asiii esperaré".

"¡Aquí vienen!" gritó Helgi.

"Y aquí vienen los que nos alcanzarán antes que ellos", dijo otro hombre.

Estaba en lo cierto. Un enjambre de hombres ya corría cuesta abajo, y estaba claro que iban a llegar primero al barco.

Estein saltó a bordo. "¡Remad!" gritó; "Remaremos a lo largo de la

orilla para encontrarlos".

"Bien pensado", dijo Helgi; "Suerte que tenemos una cabeza fría con nosotros".

Al principio, los perseguidores no podían ver al grupo de Ketill o los confundían con sus propios hombres, pues continuaban su precipitada carrera directamente hacia el agua, disparando flechas y dardos mientras corrían. Entonces vieron la maniobra y se volvieron con fuertes gritos a lo largo de la orilla. El barco había partido en este momento; los remeros doblaban la espalda y hacían saltar el barco como un ser vivo, y el agua quieta se elevaba en olas desde la proa. Pero aunque remaban, los hombres en la orilla corrían más rápido.

"¡Por todos los dioses, llegamos demasiado tarde!" gritó Helgi.

"¡Entran en el agua!" dijo Estein. "¡Remad, hombres, remad! ¡Oh, es una noche por la que vale la pena vivir!"

Los cuatro nadadores brazaban resueltamente, como si la vida les fuera en ello, con un chapoteante acompañamiento de dardos y piedras.

"¡Por el martillo de Thor! Estarán golpeados cuando los subamos a bordo", exclamó Helgi. "El amigo Ketill va a dejar una generosa marca".

"¡Rodeadlos!" dijo Estein. "Ponte entre ellos y la orilla".

Grim apretó la caña del timón con fuerza y, circulando a los nadadores, los dejó poco después en el lado protegido del barco. Luego, la multitud en la costa partió hacia sus barcos. Ketill, chorreando agua y sangrando por una herida de flecha en el hombro, los observó con una sonrisa sombría.

"Encontrarán sus barcos listos para el mar", dijo.

Mientras hablaba, una lengua de fuego se disparó desde uno de los barcos largos, y Estein se volvió hacia él sorprendido.

"¿Entonces les prendiste fuego?"

"Sí", respondió Ketill; "matamos a algunos guardias --asiii aprenderaaan a no dormirse en sus puestos-- e hicimos agujeros en los barcos que tardarán dos días en remendarlos. Entonces pensé que sería mejor quemarlos, de modo que encendimos tres grandes fuegos, uno para cada barco, y si los hombres de Liot pasan frío esta noche, no será por culpa miiia. Pero, ¿teneeeis a Liot?

"Aquí está", dijo Estein, señalando al cautivo inmovilizado.

Ketill se rió fuerte y largo. "Estein", gritó, "te pido perdón. Puede que estés bajo un hechizo, pero nos has dado una noche de trabajo alegre. Nos hemos ganado un largo trago".

7. EL VEREDICTO DE LA ESPADA

Un grito de felicitación se elevó desde el barco mientras el bote se acercaba y los ansiosos observadores contaron catorce hombres que regresaban con su prisionero. Se sirvió bebida en grandes copas y los supersticiosos miedos se desvanecieron como la niebla mientras los hombres remaban triunfantes fuera de la bahía.

Podían ver detrás de ellos las llamas y el humo que se elevaba cada vez más alto desde los barcos incendiados y, mientras la cerveza se les subía a la cabeza, gritaron en burlón desafío a través del agua.

"¿Dónde vamos a ir ahora?" preguntó Grim.

"¿Conoces alguna tierra deshabitada donde podamos aterrizar al amanecer?" dijo Estein.

"Hay muchas de esas en las Orcadas. Hay una que conozco bien, la cual creo que deberíamos alcanzar poco después del amanecer. Allí te llevaré."

Ketill se acercó en ese momento con un gran cuerno de cerveza y gritó con una jovialidad solo mostrada cuando la bebida fluía libremente: "¡Bebe, Estein, bebe! ¡Bebe por el alma de Liot Skulison, que pronto correrá al Valhalla! ¿Lo mataremos ahora o mantendremos ese juego hasta tener mejor luz con la que verlo morir?"

"Tengo otra obra entre manos además de beber. Liot y yo tenemos una cuenta que saldar al amanecer."

Ketill lo miró asombrado. "¿Te refieres entonces a luchar en verdad?" gritó. "Bueno, haz lo que quieras, pero ese es un extraño hechizo."

Salió de la popa con su cuerno y Estein se sentó en un taburete y, recostándose en las tablas de la regala, intentó descansar.

Tenía el rostro sereno, había tomado una decisión y solo esperaba con impaciencia la hora de su juicio. El sueño lo asaltaba de forma inquietante, durante los cuales parecía pasar años de locas aventuras, obsesionado todo el tiempo por una Osla extrañamente distorsionada. Por fin despertó con el frío de una mañana gris y el balanceo de un barco vikingo. Con un pequeño escalofrío, se puso en pie y empezó a caminar por la cubierta.

En ese momento, Helgi se unió a él y le puso la mano en el brazo.

"Estein," dijo, "no tientes demasiado tu destino. Nunca antes había visto una hechicería como esta. ¿Por qué deberías temer la ira de los dioses? Te digo, hermano mío, que estás bajo un hechizo. Déjanos buscarte algún mago que te cure y no procures precipitadamente la muerte cuando estés cansado de noches de insomnio y magia negra. Si la ira de los dioses te ha echado de verdad encima, flaqueará si huyes de los hombres y buscas refugio en la cueva más solitaria de todas estas costas. Yo mataré a Liot Skulison por ti, y en justa batalla si quieres, aunque no creo que se merezca esa oportunidad. ¿Fue justa batalla cuando él cayó sobre nuestros dos barcos con sus diez?"

"Yo lo mataría, Helgi, como a un perro, si no fuera porque algo dentro de mí me pide pedir de esta guisa los deseos de Odín."

"Esa es la voz de esa bruja."

"Ella no es una bruja, Helgi, solo la chica más hermosa de todo el Norte. Escucha y te contaré la historia de este hechizo, pero recuerda que te lo cuento solo a ti, y que nunca nadie debe saber de mi vergüenza."

"¿Alguna vez me has visto traicionar tu confianza?"

"Nunca, Helgi, hermano mío, o no escucharías esta historia. A mí me parece la historia de seis años de mi vida, aunque apenas fueron tantas semanas; pero lo haré lo más breve posible."

"La hora es aún temprana."

"Después de la batalla, Helgi, me habría ahogado si no hubiera sido

por esa muchacha que viste. Ella me salvó la vida y al menos le debo eso. Me llevó a la morada de su padre, el ermitaño de la Isla Santa, y allí aprendí a amarla. Durante seis semanas no fui vikingo. Olvidé a mis parientes y a mi país, olvidé a todo el mundo menos a Osla."

"¿No llamas tú hechizo a eso?"

"¿No dijiste que habías conocido muchos hechizos como ese, lanzados sobre hombres por muchachas? Fue la magia del amor lo que me enredó."

"Los hombres decían que el ermitaño era un mago."

"Nada de mago, Helgi, o nunca me había dejado marchar de allí. Era un anciano con temperamento irregular. Lo complacé con mis canciones, hablé con él de la extraña religión que profesa —porque él es lo que los hombres llaman un cristiano— y crecí con el tiempo para pensar en él como un amigo. ¡En verdad, creo que debe de haber habido magia!. Durante todo este tiempo no le dije una palabra de amor a Osla, aunque creo que ella no me era indiferente."

"Eso fue fácil de ver."

"Dos veces en esa isla una voz que no pude nombrar me advirtió desde más allá de la tumba, pero no le hice caso. ¿Puede el hombre haber sido un mago? Una noche, la misma noche en que aterrizaste, Helgi, me senté a solas con el ermitaño. Algo lo había impulsado a hablar. ¡Ahora lo recuerdo! Era una canción que yo misma cantaba. Me contó la historia de un incendio. Helgi, apenas había comenzado cuando supe el final, y pude nombrar esa voz de mi advertencia. La historia era la quema de Laxafiord, y la voz era la de mi hermano Olaf."

"¿Y el ermitaño?"

"¿Es Thord el Alto, el último de los incendiarios?"

"¡Es! ¿Y no lo mataste?"

"Mi daga estaba desenvainada, ya me inclinaba hacia él cuando oí

fuera los pasos de Osla. Huí. No me preguntes lo que pensé o lo que hice. Thord el Alto y yo vivimos los dos, y yo sabría si los dioses quisieran que así fuera. Por eso me encuentro con Liot esta mañana."

"Entonces, ¿has perdonado la vida al incendiario de Olaf por el bien de la hija del incendiario?"

"Había comido su pan y compartido su morada durante seis semanas y, si no hubiese sido por esa hija, nunca había vivido para conocerlo."

"Mató a tu hermano, Estein."

"No hay necesidad de recordarme eso."

"Yo creo que la hay. Él aún vive."

"Y yo aún amo a su hija." Estein se volvió mientras hablaba y miró con los brazos cruzados sobre las aguas grises.

Helgi lo miró en silencio; luego se acercó a su lado. "Perdóname, Estein," dijo, "y deja que Odín te juzgue. Te amo bastante para ser más que un amigo, haz lo que hazas."

"¡Helgi! Pero por ti creo que debería caer sobre mi espada."

Su amigo trató de forzar una risa, pero fue difícil. "No, mejor busca una espada para Liot Skulison, porque veo que nos estamos acercando a tierra."

"Me había olvidado de Liot," dijo Estein. "Soltaremos sus ataduras y le dejaremos elegir sus armas."

Encontró a Liot sentado en la cubierta con las manos y los pies atados. Su mirada era tan firme como si hubiera estado en su propio salón, y miró hacia arriba con indiferencia cuando Estein se acercó.

"¿Te acuerdas de mí, Liot?" preguntó su captor.

"Sí, Estein. Tú, me parece, eres uno de los infantes que creía haber matado. Bien fue para ti que las mareas de las Orcadas corran

fuertes. Pero la suerte ha cambiado, ya veo; y fuiste un hombre valiente, Estein Hakonson, para cambiarla como lo hiciste. ¿Por qué no nos sacaste con fuego?"

"Porque te quería solo."

"Sí, la tortura es un juego agradable para los torturadores. ¿Cómo pretendes que muera?"

"Con mi espada si los dioses así lo desean. En una hora, Liot, lucharemos hasta la muerte. Nuestro campo de batalla está allá, las armas las puedes elegir tú mismo y, mientras tanto, yo soltaré tus ataduras, y si deseas comer o beber, puedes."

Una expresión de asombro se apoderó del rostro del capitán vikingo. "Esta es una alegre broma, Estein," dijo.

"No es una broma. Soltad sus ataduras, hombres."

Liot dio un grito de alegría. "Estein," gritó, "eres un hombre valiente, pero creo que eres un hada del bosque."

"Eso se verá pronto."

La fría indiferencia del vikingo dio lugar a la excitación de lo más exuberante. Como todo el mundo, Liot pensaba que Estein estaba loco o era víctima de algún encantamiento; pero mientras fuera a dar un buen golpe por su vida, no le importaba cómo había llegado tal oportunidad. Pidió cerveza y carne y, con la mirada de un viejo soldado, escogió cuidadosamente sus armas mientras los hombres a su alrededor murmuraban entre sí que Estein seguramente era un hada.

Todo este tiempo habían estado navegando hacia el este con una ligera brisa. Hacía mucho que había salido el sol, pero todo el cielo estaba oscurecido por nubes ligeras y había una sensación de madrugada en el aire. Casi toda la longitud del ancho y solitario estuario que separa las Orcadas de la costa escocesa estaba detrás de ellos, y muy cerca veían el islote que Grim había elegido como lugar de encuentro. Cuando llegaron a tierra, anclaron el barco cerca de la costa, y primero se enviaron dos botes llenos de hombres

para preparar el campo de batalla. Luego, cuando todo estuvo listo, los dos combatientes, asistidos por Helgi y Ketill, fueron llevados a tierra a remo.

Liot estaba alegre y animado como un hombre que va a un banquete, mientras Estein se sentaba en silencio en la popa con los pensamientos ocupados en aterrizar en otra isla.

"Necesitas cerveza, Estein," dijo su oponente; "un hombre que va a luchar debe estar alegre."

"Es más apropiado," respondió Helgi, "que el hombre que regrese esté alegre."

"Bien dicho," dijo Ketill.

Liot se limitó a reír y, saltando a tierra antes de que el bote tocara las rocas, gritó: "No había pensado mucho en tener una mañana tan agradable. Terminaremos lo que empezamos, Estein."

"Sí, terminaremos," dijo Estein.

Encontraron un amplio anillo marcado con piedras, y en este los dos campeones tomaron su posición. Cada uno estaba armado con un casco y una cota de malla, y en su mano derecha llevaba una espada y en su izquierda un escudo largo en forma de corazón. Alrededor de sus cinturas se ciñó otra espada, aunque era probable que quedara poco tiempo para desenvainarla. En altura y constitución estaban muy parecidos, pero los hombres notaron que Estein se movía más suavemente.

En voz alta, Ketill proclamó que quienquiera que se retirara fuera del círculo de piedras debería llevar para siempre el nombre de cobarde.

Entonces todos salieron del círculo y, con un grito, Liot se abalanzó sobre su enemigo. Estein paró la espada con el escudo y, en respuesta, lanzó tal tormenta de golpes que Liot no tuvo oportunidad de devolver un golpe a cambio. Comenzó a ceder terreno, Estein le presionaba con vehemencia, su espada destellaba tan rápido que los hombres no podían seguirla. Se veía fácilmente

que en rapidez y destreza con su arma, Liot era inferior a su enemigo; pero con ojo cauteloso y cabeza fría se mantenía bien cubierto con su escudo, moviéndose en el terreno todo el tiempo. En dos ocasiones estuvo a punto de cruzar la línea, pero se salvó en ambas con un rápido movimiento lateral.

"Me temo que Estein se va a cansar," murmuró Helgi.

"Sí, ha empezado demasiado fuerte," respondió Ketill.

Parecía que los dos tenían razón. Los golpes de Estein se hicieron menos frecuentes y Liot, a su vez, atacaba con vehemencia, aunque dejaba tan poca impresión como Estein, y luego, de mutuo acuerdo, ambos hombres se detuvieron un minuto para respirar.

"Pareces cansado, Estein," dijo Liot.

"Cuídate," fue la respuesta, y la lucha comenzó de nuevo. Como antes, Estein atacaba calurosamente y Liot cedía terreno constantemente.

"¡Demasiado fuerte, demasiado fuerte! Después de dos noches de insomnio no puede luchar así mucho tiempo," exclamó Helgi.

Eso pensaba Liot, y esperaba el momento oportuno con paciencia. Sin embargo, se le oponía uno de los mejores y más decididos espadachines de Noruega, y Estein, al igual que todos, conocía el riesgo que corría. Hacía llover sus golpes como granizo; pero, a pesar de que llegaban rápido, estaba reservando fuerzas y había menos vigor en su ataque de lo que parecía. Concentraba todas sus energías en hacer que Liot volviera al círculo, cambiando el terreno tan rápido como su enemigo, rechazando sus intentos de moverse, y todo el tiempo esperando una apertura con atención.

"¡Él gana, Ketill! ¡Él gana!" gritó Helgi.

"Sí," dijo el capitán de barba negra; "Poca habilidad hay que podamos enseñarle a Estein."

A medida que se acercaban a las piedras, el ataque de Estein se volvía más furioso que nunca. Espada y escudo tenían que moverse arriba y abajo, a izquierda y derecha, para protegerse de tal

tormenta de golpes, y mientras tanto, Liot era rechazado cada vez más rápido hacia un lugar donde se habían usado piedras más grandes de lo habitual para hacer el anillo. En vano saltó de pronto a un lado; Estein estaba delante de él, y su espada casi encontró su objetivo. Dos pasos más y Liot cedió y luego su talón chocó contra una roca. Por un instante perdió el equilibrio, y ese momento fue el último en la tierra. Cuando el escudo se apartó, la espada de Estein le dio de lleno en el cuello, y fue solo el cuerpo del infanticida el que cayó en el anillo.

"¡Trae las espadas!" gritó Ketill; "Un epitafio bastante apropiado para Liot Skulison."

Su conquistador ya estaba en los brazos de Helgi.

"Ya creía que habría tenido que vengarte, Estein. Mi corazón está ligero de nuevo."

"Odín me ha respondido, Helgi."

"¿Y el hechizo está roto?"

"No; me temo que ese hechizo solo se romperá con mi herida de muerte."

Helgi rió de pura alegría. "Hay hermosas muchachas en las tierras del sur," dijo.

"Yo voy a Noruega," respondió Estein. "Me encantaría volver a ver la pinada."

Esa noche vieron alejarse las Orcadas y, muy lejos a popa, Estein, mientras las veía desvanecerse en el crepúsculo, habría dado toda Noruega para oír de nuevo la clamorosa marea de la Isla Santa.

8. EN LA CELDA JUNTO A LA MAREA

En la costa rocosa de la Isla Santa, Osla se sentaba sola. El hechizo del clima estival había pasado por las islas y, a su paso, el viento soplaba con fuerza del norte y la nube gris se precipitaba a baja altura. Todos los colores habían muerto de la tierra y del mar, las colinas parecían desnudas y las aguas frías.

Y Vandrad el explorador del mar se había ido con la luz del sol... se había ido para no volver nunca, se decía Osla.

Se levantó y trató de dar un giro más ligero a sus pensamientos, pero la nota del viento del norte resonaba tristemente en los oídos y ella abandonó la orilla del mar con un suspiro. Durante siete anodinos años había encontrado en el mar a un amigo del que nunca se cansaba, y en el islote deberes suficientes para hacer que los días pasaran rápidamente. ¿Por qué le pesaba ahora el tiempo en las manos?

Caminó lentamente hacia las celdas barridas por el viento. Su padre estaba sentado dentro con la oscuridad de la noche sobre su alma, el fuego vikingo ahora apagado por completo.

Ella trató de despertarlo, pero él respondió solo con monosílabos ausentes. De nuevo ella buscó el consuelo del mar, pero nunca, le parecía, había estado este tan frío y hostil.

"¿Por qué tuvo que venir?" dijo ella.

Y así fueron pasando los días. El verano cambió en otoño y el otoño dio lugar al invierno. Semana tras semana, un vendaval siguió a otro. Durante días enteros, la deriva voló salada e incesante en nubes a través de la isla.

El mar nunca estaba en silencio, las gaviotas volaban tierra adentro y los cormoranes se posaban en sus cuevas durante la tormenta; breves destellos de clima frío y soleado pasaban tan abruptamente

como llegaban, y en el humo de un fuego de la madera Osla movía su aguja y seguía los vagabundeos de sus pensamientos.

Durante todos estos meses el ermitaño habló poco. Osla estaba tan absorta en sí misma que apenas se daba cuenta de que pocas veces la nube parecía desaparecer de su mente. Nunca, como hacía antes, había él hablado con ella extensamente, ni la instruía a partir de los curiosos fragmentos de conocimiento que su mente, antaño despierta, había recogido de fuentes cristianas y paganas y de los sabios del norte y de los monasterios de las tierras del sur. Ni una sola vez aludió él a su invitado, ni siquiera observaba su partida, y en su corazón su hija le agradecía su silencio.

El prolongado invierno pasó por fin, y una mañana, con el primer frescor de la primavera, Osla estaba fuera de la celda. En ese momento, su padre se unió a ella y ella notó, aunque sus pensamientos estaban ocupados en otra parte, que tenía una expresión extraña. La miró dubitativo y luego dijo: "¿Dónde está Vandrad? Me gustaría oírle cantar."

Entonces Osla se sobresaltó y su corazón la golpeó. "¿Vandrad, padre?" dijo ella gentilmente. "Lleva fuera estos ocho meses. ¿No lo sabías?"

El ermitaño pareció apenas comprender sus palabras. "¡Fuera!" repitió él. "¿Por qué no me lo dijiste?"

"Seguro que lo sabías," dijo.

"¿Por qué se fue? Me gustaba oírle cantar. Solía cantarme de guerra. Cantó anoche. Anoche," repitió dubitativo; "Creo que fue anoche. Tráemelo."

Ella vadeó las preguntas lo mejor que pudo y se esforzó por hacerle pensar en otras cosas. Enhebrado al brazo de su hija, pasearon por el césped a lo largo de la orilla, y todo el tiempo el corazón de Osla se hundía cada vez más. Estaba en presencia de algo tan misterioso que incluso los sabios de aquellos días se asustaban. Era solo el dedo de Dios, decían, lo que ponía una plaga en las mentes humanas, y allí, ante ella, estaba Su obra.

Sin embargo, si ella lo hubiera sabido, esta plaga había sido la lenta obra de años. La mente de su padre, siempre oscura, supersticiosa, y teñida de mórbida melancolía, había ido cediendo gradualmente en estos largos años de soledad ante sombríos socavamientos, hasta que ahora, con la vejez a las puertas, por fin había sucumbido. Había algunos momentos brillantes a intervalos raros, pero en todos los meses que siguieron él no era más que el destrozado cascarón de Thord el Alto, antaño el terror de los mares occidentales, lo que permanecía en la Isla Santa.

El cuidado del anciano tenía al menos el efecto de desviar los pensamientos de Osla de sí misma. No hay mejores tónicos que la luz del sol y los problemas ajenos.

Sin embargo, fue un verano lúgubre para la hija del ermitaño, y se volvió aún más lúgubre y más solitario cuando los largos y frescos días comenzaron a acortarse, y el mar estaba menos quieto y el viento más fuerte. Todo el tiempo, el anciano empeoraba lentamente. Se quedaba en su celda y, aunque Osla no quería reconocer sus temores ni siquiera para sí misma, sabía que la muerte no podía estar muy lejos. Aunque él aguantó durante las tormentas invernales, el final llegó una tarde de febrero. Toda la tarde el ermitaño había yacido con los ojos cerrados sin pronunciar palabra ni hacer señas. El viento era húmedo y racheado por la noche, y Osla, inclinada sobre el sofá, no podía oír nada más que la brisa y la marea que conocía tan bien.

Por fin él levantó la cabeza y preguntó: "¿Estamos solos, Osla?"

"No hay nadie aquí más que yo, padre."

"Escuche entonces," dijo. "Tengo en mi mente algo que debes escuchar antes de que muera. Mi final está cerca. Parece que he estado dormido durante mucho tiempo, y ahora sé que esta vigilia que ves no es más que la claridad de un hombre antes de morir. "

Él le tomó la mano mientras hablaba y ella trató de reprimir un sollozo.

"No es así," dijo ella, mientras las lágrimas subían tan rápido que solo podía ver el rostro de su padre vagamente; "Estás mejor, mucho

mejor, esta noche."

"Estoy condenado a muerte, Osla. Thord el Alto morirá esta noche en su cama como un viejo e indigno naufragio. Una vez pensé poco en una muerte así; e incluso ahora, aunque muero como un hombre cristiano y mi esperanza está en Cristo Jesús y en San Andamán el santo, me gustaría escuchar el choque de espadas a mi alrededor. Pero la condenación de un hombre está destinada desde su nacimiento."

Su hija guardó silencio, y el viejo vikingo, que parecía cobrar fuerzas mientras hablaba, prosiguió con una voz fuerte y clara.

"Tengo graves pecados a mi puerta. He quemado, he masacrado en la batalla, he saqueado ciudades y devastado campos de maíz. ¡Que el Señor tenga misericordia de mi alma! ¡Él tendrá misericordia, Osla! Yo soy salvo, y los paganos que maté están perdidos para siempre. Por las almas de los cristianos que cayeron por esta mano, he hecho penitencia y he dado grandes dones, y esta noche estas cosas serán recordadas. Esta noche nos separamos, Osla."

Ella tomó su gran mano entre las suyas y la apretó sobre sus labios, y con voz quebrada dijo: "No, esta noche no, esta noche no."

"Sí, esta noche," dijo él. "Pero antes de que nos separemos, debes saber de un hecho que me persigue incluso ahora, aunque no eran más que paganos a los que maté."

"¿El incendio de Laxafiord?" Ella susurró.

"¿Quién no ha oído hablar de ese incendio?" gritó. "Las llamas saltaron más alto que los pinos, las mujeres chillaron... ¡Las oigo ahora!" Hizo una pausa y ella apretó su mano con más fuerza.

"¡Padre!" ella dijo suavemente, "¡Padre!" Pero él no le hizo caso, pues su mente había empezado a divagar y hablaba como loco para sí mismo.

"Condenado a la muerte estoy. ¡Ten piedad de mi alma! Sí, el viento sopla, un día tormentoso para pescar, y las llamas están saltando. ¡Los veo saltar! ¡San Ringan sálvame! Un cristiano, te digo. ¡No

perdonéis, no perdonéis! ¡Golpead hasta el último hombre!"

Luego se calló y ella le puso la mano libre en la frente, mientras afuera el viento se arremolinaba y cantaba tristemente alrededor de la celda. Por fin, la mente de su padre se aclaró de nuevo y habló con coherencia, aunque muy débilmente.

"Me estoy muriendo, Osla. ¡Que te vaya bien! La caja... ¿conoces la caja?"

"¿La caja de acero?" ella respondió.

"Sí, la de acero, es de hecho en acero. La tomé..."

Había empezado a divagar de nuevo, pero con un último esfuerzo recogió sus pensamientos y prosiguió: "Ábrela. Hay un escrito. Léela, dime... promételo... No puedo hablar más."

"Lo prometo," respondió ella, sin apenas saber lo que decía de tan cargado que tenía el corazón.

Hubo otro breve silencio, y luego gritó fuerte y claramente: "¡Traed mi estandarte! ¡Adelante, hombres de Thord! ¡Adelante!..... ¡Huyen!..... ¡Huyen!"

La voz se apagó y Osla se quedó sola.

9. EL MENSAJE DE LAS RUNAS

La historia debe volver ahora a Noruega. Aunque Estein había regresado sin botín ni cautivos, la historia de la captura de Liot y el combate en la isla aumentaron mucho su fama, y no menos de seis escaldos compusieron largos poemas sobre la aventura. No parecía haber razón para que el héroe de estos laicos retrasara hablar de su expedición y evitara, en la medida de sus posibilidades, la compañía de los hombres. Poco a poco empezaron a difundirse extraños rumores. Helgi, que era el único que sabía la verdad, se mantuvo en paz por el bien de Estein, incluso cuando la cerveza fluía libremente. Los otros que habían navegado con ellos no pusieron tal freno en sus lenguas, y las historias de un hechizo y una bruja de las Orcadas, vagas y contradictorias, pero oídas con no menor entusiasmo y repetidas a menudo, recorrieron el país. El rey por fin empezó a alarmarse y un día llamó al conde Sigvald y habló con él a solas.

"¿Qué puedes darme, conde?" él dijo; "Me temo que ha estado actuando una extraña brujería. Cuando un joven no sonrío sino rara vez y se pone a meditar solo a menudo y evita la jarra y el banquete, hay algo más que buscar que la pérdida de hombres y barcos, o que los cambios de la juventud."

"Buscadle esposa," respondió el conde. "Lleva soltero demasiado tiempo. No hay cura para los hechizos como la de un par de ojos brillantes."

Pero cuando el rey habló con su hijo, lo encontró resueltamente opuesto al matrimonio. Hakon lo amaba tanto que se abstuvo de insistir en el asunto y volvió a consultar al conde Sigvald.

"Si no se casa, dejad que luce," respondió el conde. "Para un príncipe de la raza de Yngve, el choque de las armas cura la melancolía mejor que una doncella."

Así que, con la llegada de la primavera, Estein navegó por el Báltico y llevó el terror de sus brazos hasta Finlandia y Rusia. Sin embargo, regresó tan malhumorado como antes.

En las fiestas, su ánimo a veces se elevaba a un nivel extraordinario. En esos momentos se dejaba llevar como nunca. Cantaba, bromeaba y peleaba, pero sus bromas a menudo eran amargas y sus peleas daban lugar a más charlas sobre su tristeza, pues antes había tenido un temperamento tranquilo y generoso. Y cuando pasaba el arrebato, estaba más tranquilo que nunca.

Un día estaba cazando en los páramos con Helgi. Los dos se juntaban con más frecuencia que nunca, y su hermano adoptivo tenía mucha más influencia sobre él que cualquier otro hombre.

Estaban de pie en una desolada ladera, un poco por encima de los pinares más altos, examinando las huellas de un oso cuando Helgi se volvió repentinamente hacia él y le dijo: "¿No crees, Estein, que has llorado y lamentado suficiente?"

"Aquellos a quienes los dioses han maldecido," respondió Estein, "tienen pocos motivos para reír. ¿Qué me queda en esta tierra?"

"Demostrar que eres un hombre; aceptar el destino que no puedes alterar y, con el tiempo, Estein, ser rey. ¿Estas cosas no son nada?"

Helgi rara vez hablaba con tanta seriedad, y Estein permaneció en silencio durante un rato.

Luego exclamó: "Tienes razón, Helgi. He actuado como un niño apalaidado. De ahora en adelante trataré de observar mi destino, no puedo decir que alegremente, pero al menos con ojos firmes."

A medida que pasaba otro invierno, poco a poco Estein pareció recuperarse. Estaba más triste y reservado que antes, pero el rey veía con alegría que la penumbra se estaba disipando. Un día de la estación en que la primavera y el invierno se superponen y la nieve se derrite durante el día y se endurece de nuevo durante la noche, el conde Sigvald regresó a Hakonstad desde su sede junto a un fiordo del norte. El rey Hakon lo saludó animadamente.

"El hechizo ha desapareciendo, conde," dijo; "Estein está volviendo a ser él mismo."

"Eso es bueno, señor," respondió el conde; "y mi viejo corazón se

ilumina con la noticia. Pero tengo otras noticias que necesitan su atención. He traído conmigo a Arne el Delgado, su cobrador de impuestos de Jemtland. La gente de allí ha matado a algunos de sus seguidores, lo obligaron a huir por su vida, y se negaron a pagarle dinero a un rey nórdico. Hay trabajo por delante para algunos de nuestros jóvenes espadas."

"Esos verán que mi brazo sea más largo de lo que creen," respondió el rey con gravedad.

Arne contó su historia en el gran salón ante todos los jefes reunidos, y el rostro del rey se ensombreció de ira mientras escuchaba. De vez en cuando, mientras hablaba de algún acto de traición en particular o de sus dificultades y de su apresurada huida, un murmullo airado surgía de su audiencia y un arma aquí y allá chocaba con severidad. Estein parecía indiferente. Estaba indiferente en la parte de atrás, al parecer escuchando apenas lo que estaba pasando, sus pensamientos volvían a pesar de sí mismo a su ritmo melancólico. De pronto oyó que se dirigían a él y, al volverse, vio a un extraño a su lado. El hombre le estaba tendiendo algo y, cuando llamó la atención de Estein, dijo respetuosamente: "Me encargaron que le diera esta ficha, señor." Estein lo miró sorprendido y, tomando la ficha de su mano, la miró con curiosidad.

Era un fino tocón de roble de unos sesenta centímetros de largo y modelado con cierto cuidado. A un lado había una inscripción grabada en runas y, cuando leyó las primeras palabras, su expresión cambió agudamente. Todo el escrito decía: "Un anciano, una doncella y un hechizo. Ven aquí a Jemtland."

Se volvió bruscamente hacia el hombre y le preguntó: "¿Cómo llegaste a esto? ¿Quién me lo envió?"

"Eso último no lo puedo responder," replicó el hombre. "Sólo sé esto, que la noche antes de que la gente de Jemtland nos atacara, un hombre se acercó a la puerta de la casa donde me alojaba y me dijo: «Huye, la guerra está cerca», y con eso se fue tan repentinamente como vino. Desperté a mi amo Arne y a un par más, y gracias a la advertencia, escapamos al destino de nuestros camaradas. Eso es todo lo que puedo decirle."

El mensaje causó una fuerte impresión en la mente de Estein. "Un anciano, una doncella y un hechizo," se repitió. Se devanó los sesos, pero no podía pensar en nadie de aquel país remoto que pudiera enviar un mensaje así. Le pareció que tenía un significado casi sobrenatural, y de nuevo se dijo a sí mismo: "Un anciano, una doncella y un hechizo." Entonces, tomó de pronto una resolución y, alejándose del mensajero, se interpuso entre la multitud que rodeaba al rey.

Arne acababa de terminar su relato. Hubo un momento de silencio airado, y luego el rey observó a la multitud de vikingos curtidos por el clima y jefes de alta cuna y gritó: "¿Quién castigará a estos cobardes rebeldes míos?"

Una docena de voces reclamaron instantáneamente el servicio. La más ruidosa de todas fue la de Ketill, ahora casado con una viuda adinerada y persona de considerable importancia, y el vikingo de barba negra dio un paso adelante cuando habló.

"Dadme este servicio, rey," dijo. "He vivido en comodidad demasiado tiempo. La pereza engendra grasa."

Hubo una risa ante las palabras de Ketill, porque su persona nunca se había destacado por su escasez. El vikingo frunció el ceño y exclamó: "Que rían los que han probado mi acero."

"Bien conozco tu valentía, Ketill," comenzó el rey, "y no hay ningún hombre..."

En ese instante, el círculo de hombres a su alrededor se abrió de repente y Estein se plantó ante su padre. Su rostro estaba más animado de lo que nadie lo había visto en muchos días, y con voz firme dijo: "Yo lideraré esta expedición."

Acero resonó sobre acero cuando todos los guerreros armados allí chocaron su aprobación. Por todos los dioses cuyos nombres podía recordar, el conde Sigvald juró que el verdadero Estein había regresado, y el rey Hakon exclamó con alegría: "Por fin habla mi hijo. Prepárate, Estein. Las malas noticias han cambiado a buenas."

"Y tú, Ketill," dijo Estein volviéndose hacia su antiguo compañero,

"¿Vendrás conmigo?"

"Eso lo haré," respondió Ketill., " No quiero un líder más valiente. Pero los dioses me maldigan si esta vez asamos a no pocos hombres, Estein."

Durante dos días hubo ajetreo en los preparativos alrededor de Hakonstad, y en el tercero, los dos buques de guerra de Estein navegaron por el fiordo. Tenía consigo a Helgi, a Ketill y a una fuerza escogida, y mientras estaba de pie en cubierta y observaba cómo pasaban despacio los imponentes acantilados y cómo las nubes blancas se deslizaban sobre la agreste linde de pinos, su corazón latía con fuerza. El mensaje de las runas resonaba en su mente y el espíritu de itinerancia y aventura volvía a hervir.

Navegaron a lo largo de la costa y luego, dejando su barco en un fiordo del norte, se dirigieron tierra adentro a través de las montañas del país que iban a poner entre los lagos del norte de Suecia. Aquella gente era más bárbara que los noruegos y durante mucho tiempo habían mantenido un estado de medio sometimiento a los reyes nórdicos. No era probable que hubiera dura batalla, por pequeña que fuera la fuerza de Estein, los nativos estaban mal armados y eran poco estimados como guerreros. El país, sin embargo, era difícil, por lo que los hombres marchaban con cautela, con brazos listos para su uso inmediato y guardia atenta todo el tiempo. El sol salía caliente durante el día, pero las noches eran muy frías y heladas. Con toda la prisa que podían avanzaban por las rutas menos frecuentadas y los lugares más desolados. Durante el primer día después de haber cruzado las montañas, solo vieron una masía en el claro de un bosque que, cuando llegaron a ella, estaba en silencio y desierta. Al día siguiente pasaron por un pequeño caserío a orillas de un río, y poco después por otra finca. En ninguno de los dos se vio señal de habitante alguno y todo aquello parecían moradas de muertos.

"Esto es extraño," dijo Helgi. "A menos que, tal vez, los jemtlandeses pasen el invierno en agujeros y cuevas, como los osos a los que se parecen en todo menos en coraje."

"La alarma se ha extendido, me temo," respondió Estein. "Debemos darnos más prisa."

"Sí," dijo Ketill; "¡Alante, alante!"

Hacia la tarde, la cabeza de la columna salió a un pequeño claro y los hermanos adoptivos que marchaban en el medio oyeron un grito desde la vanguardia. Entonces la voz ronca de Ketill gritó: "¡Tras él! ¡No, no lo matéis! ¿Lo tenéis? Sí, llevad al bribón a Estein."

El pequeño ejército se detuvo y un hombre de aspecto pobre, vestido con pieles y temblando violentamente mientras lo arrastraban, fue llevado ante Estein.

"¡Perdóname la vida, noble capitán!" suplicó arrodillándose. "No soy más que un hombre pobre, se lo suplico."

"¡Silencio, rufián!" tronó Ketill, "o te sacaremos de raíz la lengua de cobarde."

"Dime, si valoras tu vida, ¿qué significa esta soledad?" demandó Estein severamente. "No, no tiembles como un anciano con parálisis, mas di la verdad... si por acaso un Jemtlandés sabe lo que es la verdad. ¿Dónde está la gente?"

"Noble conde, se enteraron de vuestra llegada y huyeron. Ningún hombre os quiere enfrentar, no veréis a nadie en el país."

"¿Ninguno tiene la intención de luchar?" preguntó Helgi.

"Gran príncipe," respondió el tipo, "los jemtlandeses nunca fueron una raza guerrera. Hasta el rey, según he oído, está preparado para huir."

Un murmullo de desprecio se elevó de los escandinavos.

"¡Empecemos ahorcando a este hombre," dijo Ketill, "y luego fuego, fuego por todo el país!"

"Veré primero si ha dicho la verdad," respondió Estein. "Atadlo y llevadlo con nosotros."

El hombre fue atado y vigilado, y la marcha continuó. A la mañana siguiente temprano encontraron a dos hombres juntos en una cabaña, y estos hombres contaron la misma historia.

"Poca gloria hay en marchar contra un pueblo así," dijo Estein. "Atadlos y que nos sigan."

Casi una hora después, el pequeño ejército emergió de un bosque en la ladera y vio debajo un pueblecito de comerciantes. Las toscas casas de madera se extendían a lo largo de la orilla de un gran lago helado, cuya superficie cubierta de nieve avanzaba kilómetros y kilómetros en una ininterrumpida sábana de deslumbrante blancura. Entre las costas y las afueras de los bosques se extendía una amplia extensión de cultivos. En todas partes, una fina capa de nieve cubría el suelo, y el aire era lo bastante fuerte como para hacer que el aliento de los hombres se elevara en una nube de vapor mientras marchaban en orden de batalla cuesta abajo.

"¡Hay hombres en la ciudad!" gritó Helgi de repente. "Veo el destello del sol en las armas. ¡Gracias a los dioses, tendremos una batalla!"

"Sí, están saliendo," dijo Estein. "¡Alto! Aprovecharemos la pendiente y los esperaremos aquí."

Los hombres se detuvieron y agarraron las armas y, en expectante silencio, sus líderes vieron a una pequeña tropa salir desfilando de la ciudad.

"¿Llamáis a eso un ejército?" gruñó Ketill. "Apenas hay veinte de ellos."

"Sí," dijo Helgi con un suspiro, "No habrá batalla hoy."

Una veintena de hombres vestidos con pieles, abrigo y cascos de madera, y escasamente armados, habían abandonado la ciudad y ahora subían lentamente la colina. Solo su líder llevaba un casco de acero bruñido, y portaba una larga alabarda sobre el hombro. Justo detrás de él caminaban dos muchachos y, al verlos, Helgi preguntó: "¿Qué quieren decir al llevar muchachos contra nosotros?"

"Rehenes," sugirió Estein lacónicamente.

Cuando la abigarrada compañía se hubo acercado a cien metros de ellos, se detuvieron y su líder avanzó solo. Mientras se acercaba a los escandinavos, Estein dio un paso o dos para encontrarse con él,

pero estaban tan cerca que Helgi y Ketill podían oír todo lo que pasaba. Vieron que el extraño era un hombre alto y viejo con un rostro inteligente y un porte digno.

"¡Salve, Estein Hakonson!" dijo él.

"Parece que conoces mi nombre," respondió Estein; "y en eso me aventajas."

"Mi nombre es Thorar," dijo el jefe, hablando grave y muy cortésmente, "representante de la ley de esta región de Jemtland," hizo un gesto amplio con la mano al decir esto; "y un amigo hasta ahora de los escandinavos."

"Te conozco por tu reputación como un jefe de alta cuna, y uno que ha sido fiel a mi padre durante mucho tiempo. Sin embargo, creo que fue algo menos que fiel expulsar a su cobrador de impuestos del país y matar a sus seguidores."

"No me culpes por eso, Estein," respondió Thorar. "Fue hecho sin mi conocimiento ni consentimiento, y nadie se entristeció más que yo por semejante atropello. Ahora, como ves, tienes la tierra a tu merced; y como antiguo amigo de tu familia y fiel servidor de mi maestro Rey Bue, vengo a interceder entre el Rey Hakon y él. Danos la paz, Estein; y como tienes un padre canoso, evita a mi maestro la pena y la vergüenza que le quieres traer. ¿Qué puede él hacer contra vos? El viejo espíritu de mis compatriotas se ha extinguido," añadió con tristeza, "y ningún hombre se atreve a enfrentarse a vuestra fuerza en el campo."

"¿Está el rey Bue en la ciudad?" Preguntó Estein.

"No, no pudo viajar tan lejos, pero en su nombre os doy la bienvenida a su banquete si aceptáis la paz en lugar de la guerra. Si no, solo puedo lamentar la devastación de mi país. Esta será una victoria sin sangre, Estein."

"¿Y qué compensación pretende hacer el rey?"

"Lo que queráis; él no tiene poder."

"¿Hemos de marchar entonces hacia el rey Bue?"

"¡Pobre de mí!" dijo Thorar, "En estos malignos días él no puede entreteneros a todos. Muchos de su gente ya han huido al bosque y, a decir verdad, él también se sentiría incómodo si viera tan valiente fuerza aproximándose, pues él es viejo y su espíritu está roto. Pero un grupo de veinte hombres o así él los entretendrá con gusto. A los demás les daré banquete aquí en la ciudad a mi costa, y con ellos dejo a mis dos hijos pequeños," señaló al hablar a los dos muchachos. "Son mis únicos hijos y de buena gana los entregaré como rehenes hasta vuestro regreso para poder salvar a mi país del fuego y la espada. Aunque," agregó con una sonrisa grave, "si los hombres dicen la verdad, Estein Hakonson puede hacer bien su ir o venir en contra de la mayoría."

"Sea como desees," respondió Estein; "pero si..." Hizo una pausa y miró a Thorar con severidad.

Thorar habló con dignidad y un toque de altivez: "Si la palabra de un rey y la mía no son suficientes, y mis únicos hijos no te satisfacen, solo puedo agregar mi juramento, aunque la mayoría de los hombres lo consideraría innecesario."

Estein respondió con sencillez y cortesía: "Iré." Se volvió hacia Helgi y dijo: "No habrá batalla, Helgi, pero sé que le das la bienvenida incluso a un festín. ¿Qué dices?"

"Esta faena de nieve y marchas exigen un festín," respondió Helgi riendo.

"Entonces Ketill se quedará aquí con el resto de nuestra tropa, y tú y yo, con veinte más, iremos con el rey. ¡Adelante, hombres!"

"No escatimes la cerveza," añadió Ketill.

"Un hombre cortés y valiente es Thorar, para ser un Jemtlandés," dijo Helgi a Ketill mientras marchaban hacia la ciudad.

"Los perros y las mujeres son su pueblo," respondió Ketill. "No son aptos como amigos ni como enemigos."

Estein liberó a los prisioneros que habían tomado en la marcha y, dejando a Ketill al mando de la fuerza principal y los rehenes, él y

Helgi partieron al mediodía hacia la sede del rey Bue.

10. FESTÍN DEL REY BUE

Su camino al principio los llevó por un páramo blanco y llano junto a las orillas del lago. Estein iba atrás y dejaba que Helgi caminara al frente con Thorar. Detrás de esos dos marchaba la pequeña banda de salvajes ataviados con pieles de los seguidores del representante de la ley y, tras ellos, venían los veinte vestidos con cota de malla, con escudos que colgaban de sus espaldas y resonaban de vez en cuando cuando golpeaban sus arneses. Por último, caminaba su líder.

Ahora que la tensión de las marchas forzadas y los cansados viajes por los senderos del bosque había desaparecido de su mente, los pensamientos de Estein volvían continuamente a las runas. "Ven aquí a Jemtland," se decía a sí mismo. Él había venido, ¿y qué iba a seguir? Algo sentía que debía suceder y, aunque sentía curiosidad, le importaba muy poco lo que pudiera ser. El sol flotaba en lo alto, bajo los pies la nieve crujía agradablemente y el aire era claro y vigorizante: un día para inspirar a un aventurero y a un escaldo. Sus pensamientos empezaron a tomar un giro en rima, y se sorprendió repitiendo sus propios versos:

"¡Que te vaya bien, dulce Osla de ojos azules!
El rey del mar no debe quedarse,
Incluso para las trenzas ricas como el verano
Y para una sonrisa tan brillante como mayo;
Pero hay una esperanza de la que no puedo separarme: ¡Que quizá
nos volvamos a encontrar algún día!"

"¡Y lo haremos, Osla!" exclamó a media voz.

Se excitó al escuchar las voces de Helgi y Thorar volver a él claras y alegremente. Se le ocurrió una idea. ¿Pudo haber enviado Thorar el mensaje? Un momento de reflexión le aseguró que estaba fuera de discusión, pero, para convencerse a sí mismo, siguió adelante y se unió al representante de la ley.

"¿Está lejos del salón del Rey Bue?" preguntó.

"Las marismas son firmes y heladas, y la nieve no es muy profunda en ninguna parte. Deberíamos llegar antes del anochecer."

Helgi se echó a reír y dijo: "Un vuelo de patos salvajes pasó por encima hace un momento, y me evocaron a sus parientes cocinados; sus parientes cocinados me evocaron el lugar donde beber para tragarlos; y, en resumen, yo, por mi parte, estaré encantado de encontrar al rey Bue."

"Tenemos un dicho que dice que el rey ama a un invitado que ama su alegría," respondió Thorar con una sonrisa.

"¿Conoces a un anciano," preguntó Estein, "y... pero lo olvido, algo así como una doncella también? Lo vi en algún lugar escrito en runas."

Obedeciendo a un instinto indefinible, no le había dicho nada a Helgi sobre la ficha, y su hermano adoptivo lo miró con sorpresa. La mención de las runas no trajo ninguna expresión de reconocimiento al rostro de Thorar. Con su sonrisa grave respondió: "Hay muchos dichos acerca de las doncellas, y algunos acerca de los ancianos también si no me equivoco. Uno o dos acerca de los jóvenes y las sirvientas."

"Ahórrate a Estein los últimos," gritó Helgi con ligereza. "Se cree viejo, y nunca piensa en las sirvientas."

Evidentemente, Thorar no sabía nada del mensaje y Estein volvió a guardar silencio.

Poco a poco se fueron acercando a un bosque oscuro que se extendía desde el borde del lago hacia el interior y, al final de la tarde, entraron en él por un camino estrecho y lleno de baches. La oscuridad se cerró rápidamente mientras se abrían paso a través del bosque. El aire se iba enfriando hasta que sus manos y rostros hormiguearon con la escarcha. El silencio cayó sobre ellos, y durante algún tiempo no se oyó nada más que el ocasional choque del acero y el continuo crujir de la nieve y el quebrado de las ramas muertas bajo los pies. Entonces les llegó un murmullo de voces, y por fin el camino se abrió a un amplio claro.

"Ya casi estamos allí," dijo Thorar. "No sonrías, Estein, ante nuestra tosca hospitalidad o, si lo haces, deja que nuestra bienvenida haga enmienda."

Una luna joven acababa de salir por encima de los árboles y a su pálida luz veían un pueblecito al final del claro. Muchas luces parpadeaban y una babel de voces parloteaba y gritaba mientras se acercaban.

"Parece que todos los hombres del rey Bue no han huido," dijo Helgi en voz baja.

Estein no respondió, pero los dos hermanos adoptivos retrocedieron y, colocándose a la cabeza de sus veinte seguidores, entraron en la aldea. Descubrieron que consistía en unas pocas y míseras casas agrupadas fuera de una alta empalizada de madera. Thorar los condujo hasta una entrada en esta cerca y gritó: "¡Bienvenido, Estein!" se hizo a un lado para dejar entrar a los hombres del norte.

La escena cuando entraron fue extraña e impactante. Justo delante de ellos había un amplio patio, en el centro del cual se encontraba el salón del rey Bue, alto y largo, y tachonado de ventanas brillantes. Había hombres estaban alineados desde la puerta de entrada al salón, portando grandes antorchas. Las llamas humeantes resplandecían sobre el suelo cubierto de nieve y los rostros salvajes y las ramas de pinos negros afuera hacían que la noche pareciera oscura como una gran bóveda. A su alrededor se elevó un clamor de voces y una multitud de figuras con pieles se apiñaron en la puerta para echar un vistazo a los extraños.

Estein caminaba el primero y, justo cuando entraba en la sala, un hombre, aparentemente empujado por la multitud en aumento, tropezó con él.

"¡Abrid paso, ahí!" gritó Thorar con severidad, desde atrás; "¡Dejad espacio para que pasen los invitados del rey!"

El hombre se apresuró a retroceder, pero no antes de encontrar tiempo para susurrar: "¡Cuidado, Estein! ¡No bebas demasiado!."

Mientras caminaba a lo largo de la línea de los portadores de la

antorcha hacia la puerta del salón del rey, el peligro de su situación, suponiendo que la traición fuera realmente intencionada, vino de repente a la mente de Estein. Era demasiado tarde para dar marcha atrás, aunque su orgullo le hubiera permitido pensar en tomar ese rumbo. Solo podía decidir advertir a sus hombres y, en la medida de lo posible, mantenerlos juntos y cerca de él. Aún estaba dando vueltas al asunto en su mente cuando se encontró en la puerta del vestíbulo, donde un oficial de la corte vestido con un esplendor bárbaro, lo acompañó al comedor. Un coro discordante de voces extravagantes levantado por un centenar de invitados o más, le dio la bienvenida. Estein caminó hasta su asiento junto al rey y, de repente, no pudo encontrar ningún plan para comunicarse con sus hombres. Helgi lo siguió hasta el estrado, y con él encontró tiempo para intercambiar unas palabras.

"Bebe poco y vigila!" le susurró.

"¿Lo has visto a él también entonces?" respondió Helgi en el mismo tono ansioso. Estein lo miró sorprendido y Helgi, acercándose a él, añadió rápidamente: "El último portador de la antorcha fue el hombre que capturamos en el bosque y liberamos esta mañana, y creo ver a otro de nuestros prisioneros ahora mismo. Los sus hombresNOTA5 del rey Bue, ambos enviados..." tuvo que volverse bruscamente, y Estein terminó la frase en voz baja: "Enviados para atraparnos."

Tomó asiento y, mirando alrededor del salón, vio a sus veinte seguidores dispersos aquí y allá entre la multitud de invitados.

"¡Insensato!" pensó: "He caído en la trampa como un infante en las armas. Todo el país se ha preparado para nuestra llegada, se ha dicho a la gente que abandone sus casas, y los mismos hombres del rey se han puesto como señuelos en nuestro camino. ¿Cuál es el significado de las runas?"

Sin embargo, no había ninguna verdadera prueba de traición, y él solo podía mirar y escuchar. Y ciertamente había suficiente ruido que escuchar. Nunca entre los bebedores más empedernidos de su propio país habían visto los hermanos adoptivos una orgía semejante. El rey, un anciano de aspecto de idiota, evidentemente bajo la influencia de Thorar, se puso muy pronto en un estado de

embriaguez; hombre tras hombre a su alrededor se emborrachaba cada vez más rápido; y durante todo el tiempo ellos mismos se emborrachaban con cerveza con tanta asiduidad que sus sospechas se hicieron más fuertes. En lo que respectaba a sus seguidores, Estein estaba indefenso. Echaba un vistazo al pasillo de vez en cuando y los veía sucumbir rápidamente a la hospitalidad de Jemtland. Personalmente, le resultaba difícil negarse a corresponder los frecuentes brindis que le gritaban, pero al final, cuando los hombres que estaban cerca de él llegaron a tal estado que su observación se embotaba, se colocó el cuerno para beber en el regazo y clavó su daga a través de la parte inferior. Luego, al mantenerlo siempre fuera de la mesa, podía dejar que el licor fluyera tan rápido como se llenara y se vaciara siempre. Helgi había adoptado un dispositivo diferente. Tenía la cabeza apoyada en los brazos y, en respuesta a todas las llamadas a beber, se limitaba a lanzar gritos incoherentes, mientras que de vez en cuando Estein veía que temblaba de risa.

A pesar de sus sospechas, Estein se sorprendió al oír que sus peores temores se confirmaban repentinamente. Las lenguas se habían soltado libremente y, al escuchar atentamente lo que se decía, oyó que los murmullos del jefe que estaba a su lado tomaban una forma coherente.

"Sí, poco saben," se decía a sí mismo. "Déjalos beber, déjalos. Perros de los hombres del norte, vinieron aquí para hostigar a nuestro país, y aquí se quedarán. Sí, nunca volverán a beber, y el rey Hakon buscará a su hijo en vano."

Entonces el hombre perdió el equilibrio y rodó de su asiento debajo de la mesa. Lo habían colocado entre Estein y Helgi, y ahora Estein pudo inclinarse hacia su hermano adoptivo y, con el pretexto de hacerle beber, le susurró al oído: "Sal por la puerta del fondo y espérame. fuera de la sala en el lado más alejado de la entrada."

Helgi se quedó quieto por un minuto, y luego se puso de pie, murmuró algo sobre "cerveza fuerte y aire fresco," y se tambaleó por el pasillo con una bien fingida apariencia de embriaguez.

Thorar estaba sentado enfrente, tocado un poco por la bebida, pero aún alerta y lo bastante sobrio. Miró fijamente a Estein; pero el

vikingo, mirándolo a la cara, se rió ruidosamente y gritó: "¡La cabeza de Helgi no parece tan fuerte como su mano, Thorar!"

Por una vez, el representante de la ley se extralimitó y, riendo, apuró el cuerno y respondió: "Yo tenía mejor opinión de vosotros, los nórdicos."

Ahora quedaba la parte más difícil del asunto. Salir de la misma forma que sabía despertaría sospechas; si se demoraba demasiado, se haría la búsqueda de Helgi; y allí estaba sentado Thorar frente a él. Sabía que una vez que pudiera deshacerse de él, tendría poco que temer de los demás; y mientras pensaba mucho en un plan, el rey, que había estado profundamente dormido durante algún tiempo, resolvió repentinamente la dificultad. Se despertó sobresaltado, vio que la bebida se acababa y gritó con ardor de borracho: "¡Más cerveza, más cerveza, Thorar! ¡Estein no bebe!"

Thorar miró a su alrededor y vio que nadie más que él era capaz de hacer el recado. Dos veces llamó en voz alta a los sirvientes por sus nombres, pero no obtuvo respuesta. Luego, frunciendo el ceño, se levantó y caminó por el pasillo.

La mesa alta a la que se sentaban estaba iluminada por dos grandes antorchas colocadas sobre soportes. Mientras Thorar aún seguía por el pasillo, Estein, con un movimiento deliberadamente torpe, apagó la que tenía más cerca. Echando una mirada por encima del hombro, vio al representante de la ley salir del pasillo en el otro extremo; y luego se puso de pie, y haciendo un ademán para volver a encender la antorcha apagada, apagó la segunda, y en la súbita penumbra que siguió, se deslizó debajo de la mesa y corrió a gatas hacia el puerta en ese extremo del pasillo. Nadie pareció darse cuenta de su partida, pero justo cuando abrió la puerta con cuidado, creyó ver con el rabillo del ojo a un hombre salir por el otro extremo.

11. LA CASA EN EL BOSQUE

Viniendo del calor y la luz del salón, la noche fuera golpeaba terriblemente fría. Una fina nube ocultaba la luna, pero había bastante luz para ver que el patio nevado estaba desierto. Sólo en las sombras de la palidez y al final de la casa era posible que se ocultara un hombre y, antes de alejarse de la puerta, Estein recorrió ambos con mirada atenta. No conseguía ver nada y acababa de dar un paso adelante cuando, silencioso como un fantasma, apareció una forma oscura en la esquina del pasillo, la cual, sin detenerse un instante, se le acercó directamente. Estein solo veía que el hombre era pequeño y estaba envuelto en un manto de pieles. Su espada brilló y estaba casi en el acto de golpear cuando la figura levantó una mano y se detuvo.

"¿Quién eres tú?" dijo Estein en voz baja, avanzando un paso al hablar y blandir su espada lista para golpear al instante.

"Estein Hakonson," respondió el otro en el mismo tono, "no malgastes tus golpes con los amigos. Recuerda las runas y sígueme. Hay poco tiempo para las palabras ahora."

Dio media vuelta tras hablar, y miró por encima del hombro para ver que Estein lo seguía, antes de encaminarse hacia la empalizada. Durante un instante Estein vaciló.

"¿Estás loco?" exclamó el hombre; "¿O quieres morir aquí como un perro?"

"Guía el camino," respondió Estein y, aún blandiendo su espada, lo siguió a través del patio.

El hombre se acercó rápidamente a la empalizada y, sacando un hacha de debajo de su capa, la clavó con fuerza en la madera tan alto por encima de la cabeza como pudo. Luego, con la agilidad de un gato, se alzó apoyado en el mango, agarró la parte superior de la cerca y se sentó a horcajadas.

"¡Rápido rápido!" le susurró el hombre. "Envaina esa espada y no te

quedes como un tonto mirándome."

Estein, aunque era un hombre mucho más pesado, era activo y ágil, y su guía, mientras lo veía remontar, murmuró: "Así está mejor, aún tenemos una oportunidad."

Se dejaron caer al otro lado y, susurrando a Estein que lo siguiera, el hombre se volvió hacia el bosque. Estaba a punto de zambullirse en él cuando su compañero lo agarró del brazo y dijo: "Convine un encuentro aquí con mi hermano adoptivo. Hasta que él aparezca, debo esperar."

El Jemtlandés se volvió salvajemente hacia él y respondió: "¿Crees que tengo que socorrerte de propio agrado? Nunca tuve menos alegría en hacer algo. Si tu hermano no está aquí ya, nunca vendrá. No me dijeron que arriesgara mi vida por él. ¡Vamos!"

"Vete pues," dijo Estein; "Yo aquí espero."

El hombre dio un airado golpe con el pie y se volvió bruscamente como si fuera a dejarlo. Luego se volvió y respondió: "¡Los dioses os maldigan a ti y a él! ¿Ves este camino que se abre ante nosotros? Síguelo con toda la velocidad que puedas, y yo, tonto como soy por molestarme siquiera, volveré y te enviaré a tu hermano si es que se le puede hallar. ¡No te quedes mirándome, date prisa! Te alcanzaré dentro de poco."

Con eso partió bajo la sombra de la empalizada y Estein, tras un momento de deliberación, se internó en el camino. Nunca antes se había sentido tan completamente como la pelota de la caprichosa fortuna. El destino parecía patearlo aquí y allá de una manera nada gentil y sin ningún propósito que él pudiera comprender. Mientras tropezaba en la oscuridad del tortuoso sendero del bosque, trató de conectar una cosa con otra y encontrar algún significado en la ficha que lo había traído aquí. Evidentemente, el remitente estaba tan lejos de ser un aliado de sus enemigos que creaba una especie de corriente contraria, arremolinándolo en un sentido justo cuando el destino parecía haberlo empujado en otro. Para sumar a sus perplejidades, la desaparición de Helgi ahora había llegado a preocuparle. No había oído ningún grito ni alarma, su hermano adoptivo había tiempo suficiente para haber llegado fácilmente a la

cita que tenía ante él. Mientas caminaba, Estein se sentía como un hombre en un laberinto.

De pronto se oyó un estruendo de ramas a su lado, un hombre salió de los árboles y, antes de que tuviera tiempo de sacar un arma, la voz aguda e impaciente de su guía exclamó: "¿Esto es todo el camino que has hecho? Tu hermano adoptivo ha escapado o ha sido capturado a estas alturas, no me importa cuál. No lo he visto."

"Pero ¿suponiendo que yo tuviera más cuidado con su seguridad?" Preguntó Estein con una nota de ira en la voz.

"¡Camina!" respondió el otro. "Se ha dado la alarma y no pueden encontrarte ni a ti ni a Helgi, así que tal vez aún no haya sufrido por su locura. Yo no he salido para oírte hablar."

Se puso en marcha y Estein, percibiendo la desesperanza de seguir buscando, lo siguió con el corazón poco aliviado.

"Si aún no lo han encontrado," pensó, "quizá haya escapado. Pero ¿por qué no me esperó? Si hubiera estado vivo, seguramente se habría reunido conmigo."

Durante algún tiempo siguió a su misterioso guía en un silencio melancólico. Solo había espacio para que caminaran en fila india y le costaba un poco mantener el ritmo. A veces le parecía que abandonaban el camino y atravesaban directamente las inhóspitas profundidades del bosque con una rapidez y seguridad asombrosas. Otras veces parecían perseguir a bandazos el camino durante un tiempo, hasta que empezaban a trotar cuando el terreno se despejaba.

Por fin llegaron a un gran claro abierto donde un arroyo bramaba entre las orillas nevadas y la vaga forma de algún animal asustado huía silenciosamente hacia la sombra. La luna había salido de las nubes y, a su luz, Estein intentaba escudriñar los rasgos de su compañero. En la medida en que un gorro de pieles dejaba ver su rostro, el hombre parecía atezado, descuidado y de aspecto singularmente salvaje, pero no había nada en su mirada que apelara a la memoria del vikingo. No decía una palabra, sino que, con paso oscilante, se apresuraba por el claro con Estein pegado a su hombro.

"¿Adonde vamos?" preguntó Estein una vez.

"Verás lo que verás. No malgastes el aliento," respondió el otro con impaciencia.

Volviéron a entrar en el bosque y recorrieron una considerable distancia por un accidentado y frondoso sendero que terminaba abruptamente en una pequeña casa de madera entre los árboles. El techo nevado brillaba a la luz de la luna y una fina corriente de humo se elevaba de una amplia chimenea en un extremo, pero no se veía rayo de luz desde la puerta o la ventana. El hombre se acercó directamente a la puerta y llamó.

"¿Es este el final del paseo?" dijo Estein.

"Eso parece," respondió el otro volviendo a golpear la puerta con impaciencia.

Esta vez se oyó el sonido de retirar un cerrojo. Luego se abrió la puerta y Estein vio en el umbral a un anciano que sostenía una antorcha encendida en la mano. Por un instante pasó por su mente —como una perspectiva mostrada por un relámpago— un vívido recuerdo de Andreas el ermitaño y se echó atrás instintivamente, pero las primeras palabras que el anciano pronunció disiparon tal idea.

"Te he estado esperando, Estein."

"¡Atli!" exclamó Estein.

"Sí," dijo el anciano. "Veo que no sabías adónde te conduciría el camino. Pero entra, Estein, si es que después de un banquete de la realeza te dignas a recibir mi bienvenida."

Añadió las últimas palabras con un toque de ironía que apenas pretendía complacer a su invitado.

"Tengo que darte las gracias, me parece," respondió Estein al entrar, "por traerme a ese mismo banquete."

Se encontró en una habitación que parecía ocupar la mayor parte de la casita. La mitad estaba tapada con un techo de madera que servía

como el piso de un desván, mientras que no había nada debajo de las vigas inclinadas del techo. Una escalera llegaba desde el suelo hasta el desván, y en un extremo, el más cercano a la puerta exterior, ardía brillante un fuego de leños. Por todas las paredes había colgadas pieles de muchos osos y lobos, con una lanza o un arco aquí y allá.

Atli dejó que el guía cerrara la puerta y siguió a Estein hasta el fuego. Respondió, sin darse cuenta o ignorando la sequedad de la réplica de Estein: "Bien sabía, Estein, que vendrías. Algo me decía que no te demorarías en mi llamada."

"¿Entonces me mandaste llamar tú para conducirme hasta esta trampa?" dijo Estein, frunciendo sombríamente el ceño.

"¿Traiciona un águila a otra a los milanos y los cuervos?" respondió el anciano con altivez.

Estein estalló con vehemencia: "¡Habla en canto llano, viejo! Guarda los misterios para los tocones tallados con runas y trucos afines. ¿Qué significan este mensaje, este complot y este rescate? He dejado a mi más fiel amigo y a veinte leales seguidores en ese salón. Yo mismo he tenido que huir para salvar la vida de una aullante jauría de perros jemtlandeses y, por lo que sé, Ketill y el resto de mi fuerza pueden haber sido drogados con bebida y quemados en sus camas mientras hablo contigo. Dame alguna respuesta clara."

Atli lo miró durante un minuto y luego respondió con gravedad: "He oído, en verdad, que un extraño cambio había ocurrido en Estein Hakonson. Hubo un tiempo en que el que acababa de salvarle la vida habría recibido un agradecimiento más justo que este."

Estein, con un gran esfuerzo, controló su temperamento y respondió más tranquilamente: "Tienes razón. Era otro Estein al que viste antes. Ten paciencia conmigo y continúa."

Estein se sentó en un banco y miraba el fuego mientras el anciano hablaba. "Los dioses en verdad te han tratado muy mal," dijo Atli, "y es por orden de ellos que te llamé aquí."

"¿Hablaron también con el rey Bue? dijo Estein con una leve

curvatura de los labios, mirando todo el tiempo al fuego.

"No. Escúchame, Estein. Yo sabía que el rey Hakon enviaría, dentro de poco, una fuerza vengadora a Jemtland. Nunca fue un hombre que perdona una herida," agregó, aparentemente para sí mismo.

"Así que, como ya sabes, te envié esa ficha. Luego llegaron inquietos rumores a mis oídos, pues aunque vivo separado de los hombres aquí en este bosque, con pequeños pases al país —sí, y en Noruega también— eso no llega al conocimiento de Atli. Me enteré del complot para atrapar a tu fuerza a traición y, aunque he vivido mucho tiempo fuera de Noruega, mi sangre nórdica hirvió dentro de mí."

"¿No pudiste habernos advertido antes?" dijo Estein.

"Thorar mantuvo sus planes en secreto durante tanto tiempo que ya era demasiado tarde para hacer nada, salvo lo que yo he hecho. Enviar a Jomar al banquete, como ya sabes."

El guía de Estein había estado sentado frente al fuego, comiendo una cena de embutidos y prestando poca atención a la conversación, pero a las últimas palabras se levantó y arrojó los huesos a las llamas, diciendo: "No fue por voluntad mía. No tengo simpatía por los nórdicos."

"¡Paz!" exclamó Atli con severidad. "¿Tan ingrato eres por lo que he hecho por ti? ¿No tienes miedo a lo que puedo hacer?"

"Sigue tú parloteando con este noruego. Yo estoy cansado," respondió Jomar y, dejando el fuego, rodó sobre una piel de oso, se tumbó en el suelo y quedó profundamente dormido.

"Dime ahora, Estein," continuó el anciano, "que me tienes libre de toda culpa."

"De todas, salvo la de apartarme del destino de Helgi," respondió Estein con tristeza. "Aunque recuerdo que tú mismo dijiste que nuestros fines no deberían estar muy separados, así que creo que solo has retrasado un poco más mi muerte."

-¡No, más bien piensa que Helgi vive!" exclamó Atli con entusiasmo;

"¡Pues tu vida está a salvo! Te digo, Estein, que te esperan muchos años hermosos. Mediante mi boca, incluso a través de la del viejo Atli, los dioses te envían un mensaje."

Su tono exaltado, la animación de su rostro y el destello de sus ojos pálidos impresionaron fuertemente a Estein.

"¿A través de ti?" preguntó Estein con cierto asombro; "¿Qué tienes tú que ver conmigo entonces?"

Con la misma voz resonante el anciano prosiguió: "Así como ante las ventanas de esta pobre casa cuelgan esas pieles, así ante mi vida cuelga una cortina que puede que aún no esté completamente levantada. Tal vez el destino decree que esta siempre haya de mantenerme oculto. Un poco, sin embargo, me atrevo yo a levantar. ¡Escucha, Estein!"

12. EL MAGO

Cuando dijo las últimas palabras, Atli se agachó y, al levantar dos grandes troncos, los arrojó al fuego. Durante un minuto los vio crujir y escupir chispas, arqueando las cejas mientras deliberaba cómo debía comenzar.

Luego se volvió hacia Estein y le dijo: "Cuando te vi en la orilla de Hernalsiord, hace ya unos dos años, ¿pensaste entonces que Atli era un extraño?"

"Eso sí lo pensé," respondió Estein; "aunque algunas palabras que dejaste caer apuntaban a lo contrario.

"Y aún así, Estein," dijo el anciano, "cuando no eras más alto que ese banco en el que estás sentado, te colgaba yo en mis brazos, y esos dedos tuyos que ahora aprietan la empuñadura de una espada y que, si los hombres dicen la verdad, la aprietan con firmeza, jugaron antaño con mi barba. Menos nieve había caído entonces, Estein. ¿No te acuerdas de mí?"

Estein lo miró de cerca antes de responder. "Nah, Atli, mi memoria no me lleva tan lejos."

"Y así fue," continuó Atli; "pero principalmente yo era amigo de tu desafortunado hermano Olaf."

"¿De Olaf?" exclamó Estein con un leve sobresalto.

"Sí, de Olaf. A su lado luché a menudo en el mar y en la costa, y con mucho más cariño de lo que jamás he amado a un hombre o una mujer desde entonces, yo amaba la juventud. Tú, incluso de niño, te parecías extrañamente a él en los rasgos, y mientras te miro ahora, me vienen recuerdos de días tristes. No te maraville entonces que tuviera muchas ganas de verte."

"Entonces, ¿por qué no viniste a la casa de mi padre?" dijo Estein. "Un amigo de su hijo sería bienvenido."

"Tu padre y yo nos peleamos," respondió Atli; "por lo que aún debo permanecer detrás de la cortina, pero para mi propósito actual eso importa poco. No podía visitar Hakonstad; ni siquiera podía quedarme en la tierra de mi tierra natal. Olaf cayó."

Su voz tembló un poco y se detuvo. Estein no dijo nada, sino que esperó a que continuara. Luego, en un tono más energético, Atli continuó: "Durante algunos años navegué por los mares del oeste, pero estaba envejeciendo y mi fuerza se estaba agotando con la humedad del trabajo y con la lucha, así que me acompañé de nuevo al hogar."

"¿Y mi padre?" preguntó Estein.

"No supo él de mi llegada," respondió Atli. "De amigos y parientes me quedaban pocos en la tierra, pero durante mucho tiempo había tenido otros pensamientos para mí aparte de la labranza de los campos y el vaciado de cuernos en Yule. A menudo por la noche me asentaba fuera. Leía las estrellas y hablaba con diversos magos y hombres expertos en la sabiduría de cosas invisibles. Vagué mucho tiempo entre los finlandeses, viví con los lapones y aprendí la tradición de esa gente. Luego llegué a Jemtland, donde se decía que vivían hombres astutos."

"¡Astutos!" exclamó Estein con furia; "Perros traidores los llaman."

"Astutos, de hecho. son," dijo el anciano; "pero no sabios. Este Jomar de aquí está considerado un adivino por la gente."

Miró con desprecio a la figura dormida en el suelo.

"Desde que vine," prosiguió, "le he enseñado aquí y ahora más de lo que él podría haber aprendido en una vida entera. Como has visto, me teme y me obedece como a un maestro. Con él me instalé en mi morada, viviendo en un lugar conocido solo por unos pocos. Sin embargo, mis pensamientos se volvían continuamente hacia Noruega, y principalmente vagaban hacia ti, Estein. Soñé contigo a menudo, y al fin una voz..." La suya se hundió casi en un susurro mientras hablaba; "una voz me ordenó buscarte. Cómo te encontré ya lo sabes."

"Si lo hubiera sabido, habría prestado más atención a tu advertencia," dijo lúgubrementemente Estein.

"¿Todo se hizo realidad entonces?" chilló Atli. "No, no hay necesidad de responder. La verdad digo, y la verdad debe suceder."

"¿Tienes, entonces, más augurios que darme?"

"Sí, he oído hablar de ese hechizo y del doloroso cambio que te ha sobrevenido, y en mis sueños y apariciones he visto muchas cosas: un anciano con un atuendo extraño y una doncella a su lado. ¡Ja! ¿No voló certera la flecha?"

Tan absorto estaba Estein por la seriedad del vidente, y sus últimas palabras le devolvieron tan repentinamente a la realidad, que nunca se le había ocurrido pensar que aquello podía ser más que el rumor de sus seguidores llegando a tiempo a los oídos de Atli. Le parecía a Estein una inspirada visión de su pasado, y se sobresaltó de repente, y luego dijo lentamente: "La flecha voló de hecho muy certera."

"Por tu hermano te debo algo," prosiguió el anciano; "Podría darte una razón de peso, pero no puedo. Por ti mismo, deseo curarte, y si no puedo curar este hechizo, no hay hombre que pueda hacerlo."

"¿Me confiarás la historia?" añadió un poco dubitativo.

"No me preguntes eso," respondió Estein. "Dime qué hacer y te prometo que seguiré el augurio."

Como si temiera que hacer más preguntas pudiera debilitar la fuerza de sus palabras, Atli volvió a adoptar de inmediato sus maneras místicas.

"Durante mucho tiempo luché con las visiones. Los rostros del mago y la bruja" (la mirada de Estein se oscureció por un instante), "no los pude ver, pero al final, en la tranquila noche, me habló una voz y supe que venía de los dioses. Durante tres noches me habló. La cuarta me asenté fuera y me llamó; desde mucho más allá de las montañas y los lagos, incluso desde más allá de la tumba; tu hermano Olaf. Él también me habló a mí, y cada vez el significado del mensaje era el mismo."

"¿Qué dijo la voz?"

"Que un barco debe cruzar los mares de nuevo."

El anciano repitió lentamente las últimas palabras en voz baja, y luego, por un momento, el silencio cayó sobre el par. Por vago y escueto que fuera el mensaje, se ajustaba exactamente a los largo tiempo reprimidos deseos de Estein. Atli creía tan completamente en sí mismo y en la virtud de su consejo, que el joven vikingo estaba completamente infectado con su fe; y claro, también era esa hora temprana y sugerente en la que un hombre se conmueve rápidamente.

Estein fue el primero en hablar. "Acepto el consejo, Atli," gritó poniéndose en pie de un salto. "Con el deshielo volveré al mar y me dirigiré hacia la puesta del sol."

El anciano vidente le puso cariñosamente la mano en el hombro. "Ahí ha hablado el hermano de Olaf," dijo. "Y ahora a dormir. Por la mañana enviaré a Jomar para que avise a Ketill, así que no te preocupes más."

"Si supiera el destino de Helgi," comenzó Estein.

"No dudes de mis palabras," dijo Atli. "Su destino está demasiado unido al tuyo."

Acompañó al vikingo hasta un jergón en el desván; donde, agotado por la fatiga y la ansiedad; Estein cayó dormido rápidamente.

Casi era mediodía cuando despertó, y el sol entraba a raudales por la ventana del ático. Encontró a Atli en la habitación de abajo.

"Parece que me he vuelto perezoso," dijo.

"Las cabezas jóvenes necesitan dormir," respondió el anciano. "No había necesidad de levantarse antes o te habría despertado. Jomar partió al romper el día y, hasta que regrese, no puedes hacer nada."

"¿Nada?" dijo Estein. "¿No tengo que buscar a mi hermano adoptivo? Dame solo una comida que llevarme hasta el anochecer y me iré."

Al principio, el anciano trató de disuadirlo, pero al ver que se mostraba obstinado, finalmente le dio una gorra y un abrigo de piel de lobo para que se los pusiera sobre la cota de malla y así no lo vieran los nativos. También le dio un buen arco y flechas, y direcciones copiosas, aunque desconcertantes, con respecto a los senderos del bosque. Cuando Estein salió y siguió el sendero por el que había venido la noche anterior, sus planes eran bastante vagos. Dirigirse al salón del rey Bue y; aprovechando los bosques que cubrían todo el país, espiar lo que pudiera verse; era el arriesgado plan que se proponía. Quizá, pensó, también Helgi podía estar vagando por el país, y si el destino era amable, podían encontrarse. En cualquier caso, no podía descansar en su estado de incertidumbre y siguió adelante con valentía. Sonrió mientras miraba su atuendo: el largo abrigo de piel de lobo le llegaba casi hasta las rodillas, sobre sus piernas había subido medias de grueso punto para protegerse del frío, su casco estaba oculto por la gorra de cuero, y la única parte de su equipo original a la vista eran la espada ceñida a su cintura y el escudo largo que colgaba a su espalda. Había estado indeciso acerca de tomar este último, pero antes de que terminara el día tendría motivos para felicitarlo de tenerlo con él.

Al poco tiempo se encontró en el claro abierto que habían bajado a la luz de la luna y, siguiéndolo hasta el final, encontró tras un breve registro, la apertura de otro sendero. Este finalmente se dividía en dos trochas divergentes, y él tuvo que confesarse completamente desconcertado.

"Parezco ser el juguete del destino," exclamó tras haber intentado en vano recordar las instrucciones de Atli; "Dejemos que el destino decida, la vida no es sino el lanzamiento de un dado," y con eso lanzó su daga al aire, gritando: "¡De punta a la derecha, de canto a la izquierda!" Esta aterrizó de punta y se hundió en la nieve casi fuera de la vista. "Que sea derecha entonces," dijo, y giró por el camino de la derecha.

Había estado tan oscuro y su huida había sido tan apresurada que no quedaba nada en su memoria de la noche anterior que le indicara adónde conducía el sendero. Solo supo que había vagado durante algún tiempo cuando la perspectiva de un campo abierto y

blanco comenzó a asomar entre los árboles delante. Poco después llegó a la linde del bosque y vio que el lanzamiento de la daga lo había alejado de su objetivo. Un largo trecho de tierra sin árboles se abría ante él, ensanchándose cada vez más en la distancia. Cerca de allí comenzaba un estrecho lago que se extendía un par de kilómetros por los campos de nieve y, como el lago más grande por el que habían pasado, este otro lago estaba helado en un blanco brillante. A menos de cien metros de él, entre el bosque y el agua, había una pequeña aldea. Había varios hombres entre las casas y, por sus movimientos y la presencia de dos o tres trineos, Estein juzgó que un grupo debía de haber llegado hacía poco o estar a punto de partir. Como no parecía ocurrir nada más, decidió que debían de haber llegado; y luego, viendo que poco ganaba esperando más, pretendió volver sobre sus pasos, pero le llamó la atención la aparición de dos mujeres. Salían estas de una casa, y la más alta de las dos iba hacia a un grupo cercano de hombres, mientras que la otra, que parecía la esposa de un campesino, se quedaba atrás. La visión de la primera figura llamó de inmediato la atención de Estein, y él sintió su corazón latir rápidamente. Solo podía verla de espaldas mientras ella hablaba con los hombres, pero cada gesto que hacía, por ligero que fuera, evocaba en su mente de forma nítida y clara recuerdos de la Isla Santa.

"Por el martillo de Thor y el caballo de Odín, seguramente que este país está hechizado," murmuró. Su fantasía, se dijo a sí mismo, le estaba jugando una agradable broma: había visto a Osla tan continuamente en el ojo de su mente, que esta muchacha, pues muchacha parecía, se amoldaba a sí misma según sus pensamientos. Que pudiera ser ella; a quien él amaba, en carne y hueso; era casi ridículamente imposible. Y sin embargo, mientras ella hablaba con cierto aire de autoridad con los hombres a su lado, el parecido se hacía más fuerte en algunos momentos, y luego él se dijo a sí mismo: "No, eso no es propio de ella." Mientras los hombres gesticulaban y le contestaban, sus voces le llegaban claras, mientras que la de ella, por más que él esforzara el oído, no podía captarla. Parecía haber una disputa sobre algo en lo que todo el grupo estaba absorto cuando, de repente, un hombre dio un grito y señaló hacia Estein. Entonces él vio que, en su curiosidad, había salido del refugio del bosque y se encontraba en un espacio entre los árboles.

Al oír el grito del hombre, todos miraron a su alrededor y él vio el rostro de la muchacha.

"Es ella o es su espíritu," exclamó Estein.

Se movió instintivamente detrás de un árbol y, ante esta señal de huida, hubo un grito de los hombres. Uno disparó una flecha, la cual pasó inofensiva por un lado, y luego todos se abalanzaron sobre él. Estein solo tuvo tiempo de ver que salían más aldeanos de las casas y que la muchacha se había alejado para unirse a la otra mujer, cuando recuperó su ingenio y, al doblar por el sendero, se puso en camino lo más rápido que podían volar sus pies sobre el suelo.

Durante un tiempo, la persecución fue candente: oyó a los hombres dispersarse para cubrir el bosque detrás de él, y una o dos veces los líderes parecieron estar cerca. Sin embargo, Estein era de pies ligeros y el bosque era tan denso como difícil seguir por él a un hombre muy lejos, y por fin el sonido de sus perseguidores se fue apagando, y él sintió que, al menos por el momento, estaba a salvo.

Pero hacía tiempo que se había alejado del sendero y no había nada que lo guiara salvo vislumbres del sol poniente y el hielo que mostraba el lado norte de ramitas y tallos, y en espacios más abiertos la disposición de las ramas al viento predominante. Y mientras deambulaba, su mente apenas captaba el significado de las pistas del bosque. Veinte veces, al menos, descartó el parecido que había visto como un trabajo de fantasía. La muchacha había estado demasiado lejos para leer sus facciones, su figura no era muy parecida, y, el argumento más importante, era fuera de toda razón que ella estuviera en esta tierra de bosques tan lejana de su isla natal. Sin embargo, cada vez que lo descartaba, el parecido volvía fresco y fuerte. Estein había perdido toda noción sobre dónde se encontraba, y el sol ya se había puesto; cuando, más por buena suerte que por una buena orientación, los árboles se redujeron más adelante y Estein se descubrió una vez más en el claro del arroyo.

13. FLECHA Y ESCUDO

Parecía que se estaba extrañamente tranquilo y fresco en el claro abierto. El glamour rojo sangre de una gélida puesta de sol se desvanecía en el cielo apagando la luz del día. Todo el bosque estaba poblado de sombras y, encima de su borde irregular, la luna flotaba pálida y débil.

Estein caminó un poco y se detuvo a escuchar. Podía oír el retumbar de la corriente sobre las piedras, pero ningún otro sonido. Entonces, el lejano aullido de un lobo alcanzó lúgubre su oído, dos veces sonó antes de morir, dejando el más intenso de los silencios mientras el aire se hacía más frío. Una rama muerta se partió de pronto. Estein miró a su alrededor con atención; pero, en la oscuridad de los tallos de los pinos, su visión no podía distinguir nada. Durante un minuto todo quedó quieto, y luego una ramita volvió a cruzar. Esta vez Estein pudo ver claramente a un hombre se acercaba desde detrás de un árbol y salió a la linde del bosque. Durante un minuto se quedaron mirándose el uno al otro. El hombre, por lo que Estein podía discernir en la luz menguante, vestía los nativos abrigo y gorro de piel y parecía sostener en sus manos un arco listo para disparar.

Estein sacó en silencio una flecha del carcaj y la atravesó en su arco. Justo cuando bajaba la vista para encajar la muesca en la cuerda, se oyó el tañido en la madera. Una flecha silbó y se le clavó con fuerza en el gorro de piel, deteniéndose solo por el acero del casco debajo.

"Este arquero va a descubrir que mi piel es una protección singular," se dijo a sí mismo con el parpadeo de una sonrisa, mientras dejaba volar una flecha en respuesta. Pudo ver a su enemigo moverse hacia un lado y oyó que su flecha rozaba una rama. Al instante, el hombre volvió a disparar, y esta vez lo golpeó en el pecho, y la flecha, controlada por la cota de malla debajo, colgó clavada en su abrigo de piel de lobo.

Volvió a sonreír y pensó: "Seguramente, ese arquero nunca ha

disparado contra una prenda tan robusta. Sin embargo, dispara fuerte y directo. No deseo encontrarme con un arquero más fuerte, y me vendría bien uno peor ahora." Y con eso tomó el escudo a la espalda.

De hecho, su situación estaba lejos de ser segura, y tenía que tomar una decisión instantánea. De pie al descubierto ante la nieve, ofrecía un buen blanco, mientras que su oponente era difícil de ver entre los árboles y más difícil de acertar. Intentar apresurar a un arquero tan bueno, aunque arriesgado, sin duda habría sido su plan, si no hubiera sospechado firmemente que este hombre estaba apostado como señuelo para tentarlo a una emboscada. A Estein le subió la sangre y juró que no correría riesgos a ningún precio, aunque, de hecho, la huida no era nada fácil, pues detrás de él estaba el arroyo, y al cruzar iba a quedar expuesto.

Le tomó solo un momento girar alternativas en su mente antes de dar con un plan. Su escudo era largo con forma de corazón, con punta en el extremo inferior y que lo tapaba hasta la rodilla al parar con él. Lo levantó en alto, clavó con fuerza la punta en el suelo, cayó a una rodilla detrás del escudo. Al agacharse, una tercera flecha le silbó cerca de la cabeza y aceleró hacia el crepúsculo. Inclinandose hacia un lado, el hombre volvió a disparar y, un instante después, una cuarta flecha resonó en el escudo. Luego se produjo una breve pausa en las hostilidades y Estein se asomó desde su fuerte. Podía ver a su enemigo inmóvil cerca de un árbol, aunque pronto se cansó de esperar y una flecha, apuntada evidentemente a lo que podía ver de las piernas de Estein, pasó a quince centímetros de una rodilla y se hundió en la nieve a su lado.

"Dispara demasiado bien," murmuró Estein. "Si esto continúa, debo intentar una treta desesperada. Tendré que intentar otra cosa."

Se levantó casi a su altura máxima, disparó una flecha y se agachó de nuevo. Su enemigo evidentemente estaba al acecho de tal apertura, porque las cuerdas de ambos arcos tañeron juntas, y mientras que la flecha de Estein dio en algo con un ruido sordo, la otra le golpeó con fuerza al vikingo en el casco.

Levantando los brazos, se tambaleó y cayó de espaldas. Aunque mientras yacía, para todo el mundo como un hombre muerto, una

sonrisa se dibujaba en su rostro, y silenciosa y gentilmente desenvainó la espada.

"¿Puede mi flecha haber dado en el blanco?" se preguntó. Al parecer no, pues su enemigo abandonó el refugio del bosque y Estein pudo verlo caminar lentamente al descubierto. El hombre iba vestido con una prenda holgada y casi grotescamente mal ajustada, aparentemente de piel de oveja, y sostenía una flecha en el arco lista para disparar a una señal de movimiento. Cuando estuvo a diez o quince metros, soltó el arco de pronto, desenvainó la espada y avanzó rápidamente. En el mismo instante, Estein se puso en pie de un salto y le lanzó un grito. Las espadas estaban a punto de chocar, cuando su enemigo se detuvo en seco, bajó la punta y luego estalló en un incontrolable ataque de risa.

"¡Estein, por la barba de Thor!" jadeó.

"¡Helgi!" gritó su antiguo enemigo.

Se miraron a la cara por un instante, y luego, simultáneamente, estallaron en otro ataque de alegría.

"¡Por mi fe, Estein, que este fue un plan digno de ti!" chilló Helgi. "Pero suerte que no te haya disparado en el suelo, como había tenido idea de hacer, conociendo el engaño de estos jemtlandeses."

"Dos cosas me temía," respondió Estein. "Una que pudieras hacer eso. La otra que una tropa de bribones de aspecto tan villano como tú tienes ahora pudiera salir del bosque detrás de ti. Pero ¿cómo escapaste anoche y cómo llegaste aquí?"

"Esas preguntas te las querría hacer yo a ti," dijo Helgi; "Pero una historia a la vez, y la mía es breve. Una historia, Estein, que por crédito a su narrador, unido a la veracidad, respaldaré libremente contra la tuya o no la oiré nunca."

"No lo dudo," respondió su amigo con una sonrisa; "Tienes el aspecto de alguien muy a favor de sí mismo."

"¡Como debería!" gritó Helgi. "Pero escúchame y no te burles antes del final. Salí de ese salón maldito por los dioses y lleno de

borrachos, me temo, como tú presenciaste. Mi falsificación de la embriaguez fue tan extremadamente realista que, cuando salí, sentí que me daba vueltas la cabeza en el aire fresco y me fallaban las piernas más de lo habitual. «Amigo Helgi», me dije, «no has bebido ni un cuerno de menos si valoras tu vida en su valor adecuado». Después de eso, me apliqué un puñado de nieve en la cara y, al contar mis dedos, fui capaz de ponerme dentro de uno de los números habituales y errar, si mal no recuerdo, en el lado generoso, como correspondía a mi disposición. Pero para pasar a la parte conmovedora de mis aventuras... ¿Adónde me llevas ahora?"

"Tranquilo," respondió Estein, "te llevo a cenar y a un fuego. Vienen en mi busca."

"Adelante, entonces," dijo Helgi. "Y continuando con mi relato: caminé con mucha seguridad hasta la puerta, cantando, recuerdo, la canción de Odín y del JotunNOTA7 para probar la claridad en mi cabeza. Allí encontré a un centinela que, al parecer, había estado compartiendo últimamente la hospitalidad del rey Bue. Cierto es que estaba más de la mitad borracho y tan profundamente dormido que ni siquiera despertó con mi canto, y tuve que empujarle con la empuñadura de mi espada para despertar al perezoso."

"¡Lo despertaste!" exclamó Estein entre diversión y sorpresa.

"¿De qué otra manera iba yo a pasar? El hombre estaba apoyado en la puerta como un leño y tuve que despertarlo, pues no me gustaba matar a un hombre dormido aunque esté de pie. Me miró como una vaca asustada, y dijo: «Tú eres uno de los escandinavos malditos.» «Eso parece,» le respondí y lo atravesé con mi espada y abrí la puerta. Entonces se me ocurrió un plan a la vez humorístico e ingenioso, porque mi ingenio era extrañamente agudo. Dejé tumbado al hombre en la sombra de la empalizada, donde no podía ser visto salvo por aquellos que tenían más claridad de visión que los huéspedes de un monarca tan hospitalario como el rey Bue, y habiéndolo despojado de su abrigo y poniéndome la prenda sobre mis propios hombros, Ocupé su lugar y esperé tu llegada."

"¿Cantando todo el tiempo?" dijo Estein.

"Bajito y para mí," respondió Helgi; "porque lo que deviene en

suficiente para un invitado no siempre se adapta tan bien para un centinela. Allí me quedé, pisoteando y golpeándome el pecho con los brazos para mantener alejado el frío, hasta que comencé a pensar que algo andaba mal."

"Entonces, mientras yo escalaba la pared en un extremo del patio, ¡tú estabas protegiendo la puerta en el otro!" exclamó Estein.

"Así parece ahora, aunque te prometo mi palabra que no había pensado en tal cosa mientras vigilaba esa puerta anoche. En verdad, lo que había hecho comenzó a parecerme tan claramente lo mejor que podía hacer que pensé que seguramente seguirías mis movimientos en tu mente —en la medida en que la bebida te lo permitiera— y vendrías inmediatamente a la puerta con la plena confianza de encontrarme de turno. Ahora veo que tu plan tenía sus méritos, aunque aún mantengo que el mío era el mejor."

"Salvo solo en la medida en que me dejó a solas en el lugar de la cita," dijo Estein.

"Y a mí a temblando en la puerta," respondió Helgi, riendo. "Bueno, después de un tiempo, que pareció bastante largo, aunque sin duda un espacio más corto de lo que pensaba, la puerta del pasillo se abrió y los hombres salieron corriendo con mucho alboroto innecesario. Para entonces, debo confesar, yo había dejado mi puesto con toda la prisa que pude y me oculté en las dependencias de una casita cerca de la puerta de la cerca. La puerta de la casa estaba abierta, pero estaba tan oscuro dentro que supe que no podían verme, aunque los vi claramente cuando se detuvieron en la puerta."

"¿Quiénes eran?" preguntó Estein.

"El negro traidor de Thorar, y con él unos diez o doce más, sin duda todos los hombres sobrios del banquete. Les llevó un poco de tiempo encontrar al centinela muerto, entonces Thorar, que parecía casi fuera de sí por la ira, envió de prisa a los demás para interceptarnos en el camino hacia Ketill, mientras él mismo corría a reunir una fuerza de la aldea. Entonces pensé que era bueno tener compañía en el camino, así que me uní a mis perseguidores. No por el claro abierto, sino por un sendero bien sombreado y muy oscuro,

y durante la mayor parte de una hora corrimos juntos a través del bosque."

"Por fin llegamos a la casa de un leñador solitario, y allí por un breve espacio nos detuvimos para preguntarle al buen hombre si nos había visto pasar por ese camino. Fue una pregunta sabia, y la respuesta fue tal como la que un hombre enteramente sobrio podría dar. El leñador estaba en el pueblo en el banquete, y su esposa, una buena mujer, había estado en la cama durante las últimas dos horas y, curiosamente, no nos había visto. Así que nuestros vigorosos muchachos echaron a correr de nuevo. Pero allí nos separamos porque yo estaba cansado de perseguirme, y la mujer tenía una voz agradable y, por lo que pude ver, un semblante atractivo."

Estein dio una sonora carcajada. "Mi historia va a parecer mansa narración después de esto," exclamó.

"¿No lo dije yo?" Dijo Helgi. "Bueno, me quedé atrás y pronto estaba llamando de nuevo a la puerta de la buena mujer, pues me dije: «Estos perros seguramente no vendrán a esta casa por segunda vez, y una fría noche en el bosque no es de mi agrado.» Para abreviar la historia, me gané tanto el tierno corazón de la esposa del leñador que, hombre del norte como soy, me dio refugio y cama, y prometió despedirme por la mañana antes de que regresara su marido."

"Como la mayoría de las esposas harían," intervino Estein.

Helgi rió. "El destino había decidido lo contrario," continuó. "No estaba yo ni terminando de comer el desayuno —la buena esposa me atendió cortésmente— cuando se abrió la puerta y entró el esposo. Vi por la fea mirada del hombre que todas las artimañas de su esposa eran perdiciones para él, pero el perro era un perro cobarde y temió la caza en la que él estaba sediento de hincarle los traicioneros dientes. Yo no tuve otra alternativa que equiparme con este gran abrigo y gorro de piel de oveja, un arco robusto y un haz de flechas; y luego, después de una muy bondadosa despedida a su buena esposa, hice que el esposo me pusiera en camino hasta Ketill. No le gustó mucho el trabajo, pero no se atrevió a negarse, así que partimos. Sospeché astutamente, por mi recuerdo del sendero por el que había venido durante la noche, que él me estaba conduciendo de regreso al salón del rey Bue y que, al despedirnos, tenía él

intención de poner una horda de bribones en mi camino. Aunque eso me importaba poco, pues yo tenía mi propio final para nuestro paseo. Me detuve y le dije: «Amigo mío, me disgusta perder tu compañía, pero aquí se separan nuestros caminos. Con el mío no necesito molestarte, pero el tuyo no te llevará muy lejos en cualquier dirección durante un tiempo.» Y con eso lo até firmemente a un árbol y lo dejé pensando en sus fechorías. Desde entonces, Estein, he vagado por estos bosques como un hombre en la niebla, maldiciendo rotundamente a la tierra y a todos sus habitantes."

"Y aún así, parecería que son ellos los que tienen más razones para quejarse de tu trato con ellos," dijo Estein sonriendo.

"Yo quería estar bien alejado de la tierra," respondió su amigo. "Mi corazón se alegró cuando vi en el claro a un hombre a la guisa de los nativos. «Habrá un jemtlandés menos esta noche;» me dije mientras colocaba una flecha en mi arco. Por todos los dioses. Estein, me reiré siempre que lo recuerde. Pero cuéntame tus aventuras."

Estein relató brevemente lo que le había sucedido, excepto que había visto a la muchacha en la aldea. Había decidido que el parecido debía haber sido obra de la fantasía, pero en cuanto llegaron a la casa de Atli, se llevó al anciano a un lado y le preguntó: "¿Debo navegar cuando la nieve se haya derretido?"

"Ciertamente," respondió el vidente; "¿Quieres retrasar lo que imponen los dioses y los muertos?"

14. EL INVITADO DE MEDIANOCHE

Jomar había regresado de día temprano y lo encontraron envuelto en su piel de oso, profundamente dormido frente al fuego.

"¿Le ha dado mi aviso a Ketill?" preguntó Estein a Atli.

"Seguro," respondió el anciano; "Nunca he sabido que me fallara, por poco que le gustara el recado."

"¿Y qué dijo Ketill? ¿Habían sido atacados? ¿Qué noticias trajo Jomar?"

"Despertemos al bribón y preguntemos," dijo Helgi y, adaptando la acción a la palabra, clavó un pie con suficiente fuerza en el costado del durmiente para despertarlo con un sobresalto.

"¿Qué dijo el amigo Ketill?" dijo Helgi sin inmutarse por la fea mirada del hombre; "¿Envió algún mensaje?"

Jomar respondió con el ceño fruncido, mirándolo fijamente durante un minuto como para asegurarse de quién era antes de responder bruscamente: "Dijo que había perdido un perro que respondía al nombre de Helgi, y que estaría muy contento si la bestia hubiera muerto de sarna en el bosque," y sin una palabra más, se dio la vuelta y cerró los ojos de nuevo.

"¡Perro!," Gritó Helgi. "¡Chucho, golpearé a un perro como se merece!"

En otro momento, el jemtlándés habría sufrido por su temeridad si Atli no hubiera agarrado el brazo del enojado nórdico, exclamando: "¡Paz, Helgi Sigvaldson! ¿Golpearías a mi sirviente en mi propia casa? El hombre no ama a los nórdicos, pero ha salvado la vida de tu hermano adoptivo y probablemente la de Ketill y toda su compañía también."

"Cuéntanos, Atli," intervino Estein; "lo que dijo a su regreso.

"Poco me dijo siquiera a mí," respondió Atli, "salvo que había visto a Ketill durante el menor tiempo posible y que luego regresó de inmediato a casa."

"¿Escuchó algo de los veinte buenos hombres que nos siguieron hasta el salón del rey Bue?"

Fue el propio Jomar quien respondió, aunque sin volverse ni mirar al que hablaba. "¿Quieres que los salve a ellos también de su destino? No supe nada de ellos y solo deseo saber de sus muertes. Ya he ayudado a demasiados enemigos."

Helgi estaba a punto de responder con vehemencia, pero Atli lo detuvo con un gesto, susurrando: "¿No compensarán sus hechos sus palabras?"

Mientras hablaba en voz baja, Jomar captó las palabras y murmuró lo bastante alto como para ser oído: "Ojalá mis palabras se conviertan en hechos."

Nada sobre el misterioso anciano había impresionado más a Estein que su extraordinaria influencia sobre este extraño discípulo o sirviente — pues el hombre parecía ser en parte ambos— y que alguien que despreciaba y odiaba tanto a los escandinavos pudiera ser obligado con una sola palabra a servir a sus enemigos parecía apuntar a un poder más allá del alcance del hombre común. Helgi, evidentemente, también estaba sorprendido, porque miraba de reojo a uno y al otro, y luego guardó silencio.

Al amanecer de la mañana siguiente, los hermanos adoptivos se dispusieron a partir hacia Ketill bajo la guía de Jomar, y se perdió poco tiempo en ir la cama. Subieron al desván por la escalera, escucharon a Atli abrir una puerta y entrar evidentemente en alguna habitación interior, luego, muy somnoliento por el aire frío, se quedó dormido poco después.

Sin embargo, la noche no iba a pasar sin incidentes. Helgi no sabía cuánto tiempo había estado durmiendo cuando despertó con un escalofrío y descubrió que las mantas se le habían resbalado de

encima. Volvió a juntarlas sobre él y se quedó unos minutos escuchando el viento. Mientras la brisa golpeaba con tristes rachas y se agitaba entre los pinos, se dijo a sí mismo: "La helada ha desaparecido por fin y doy gracias por ello." Se estaba quedando dormido de nuevo cuando su atención despertó sobresaltada por un golpe en la puerta exterior. El golpe se repitió dos veces, y luego Helgi oyó que Jomar se levantaba con muchos gruñidos y se alejaba por la sala. Siguió a esto un parlamento, al parecer a través de una puerta cerrada, que terminó en un cerrojo retirado de golpe y la apertura de la puerta con un silbido de viento.

Hasta ahora Helgi se había encontrado en ese estado de media vigilia en el que las cosas producen una impresión confusa y casi monstruosa, pero de repente se le aceleró el ingenio. Entre varias voces que parecían hablar con Jomar, Helgi captó la de una mujer. Ni la aproximación de un enemigo podría haberlo puesto más alerta. Escuchó atentamente y, con una sensata sensación de decepción, oyó cerrarse la puerta y cesar el ruido. Los pasos de Jomar cruzaron quedamente la sala de nuevo. Esta vez, sin embargo, fueron directamente al otro extremo de la habitación y se abrió una puerta interior. Helgi creyó captar el tono de Atli respondiendo a su malhumorado sirviente y, poco después, oyó que dos hombres salían y se dirigían a la puerta exterior. De nuevo, con una ráfaga de aire frío, la puerta se abrió y la conversación comenzó por segunda vez. La curiosidad de Helgi estaba profundamente excitada; podía distinguir la voz de una mujer de manera inconfundible y, por fin, oyó que la conferencia llegaba a su fin. La puerta se cerró, la fiesta pareció terminar y comenzaron los susurros en la habitación debajo de él.

"¡La mujer ha entrado!" se dijo a sí mismo, con un sobresalto de emoción. "Helgi, este asunto necesita tu atención."

Su cama, la más externa de las dos, consistía simplemente en un tosco colchón colocado tan al fondo del desván que el borde del suelo ocultaba todas las vistas de la habitación de abajo. Muy suavemente, Helgi procedió a quitarse las mantas y a gatear sigilosamente hacia el borde, hasta que hubo llegado lo bastante lejos como para tener una visión clara del fuego. Allí se tumbó y se sonrió ante la perspectiva de abajo.

El fuego había sido avivado para que ardiera brillante, y Jomar, como antes, yacía profundamente dormido junto a él; pero entre Helgi y el fuego estaba el anciano vidente y la figura encapuchada y envuelta en una capa de mujer. Su rostro estaba oculto, pero su espalda, pensó el observador, prometía algo bueno. Ella era alta y parecía joven, y sus movimientos, mientras ella extendía las manos hacia las llamas o se volvía a medias para dirigirse al anciano, tenían la gracia y las marcas del buen nacimiento. Ambos hablaban tan bajo que Helgi no podía captar nada de lo que decían, e incluso la calidad de la voz de la chica solo le llegaba en fragmentos.

"Me parece una voz agradable," se dijo Helgi. "Atli, este botín debe ser compartido."

Ella parecía estar narrando algo a Atli, quien, con los brazos cruzados y una atención profunda que a veces se convertía en emoción reprimida, la miraba intensamente y la interrumpía con frecuencia con alguna pregunta susurrada.

El vikingo no había estado observando mucho tiempo cuando la voz de la chica se elevó un poco al decir algo con seriedad, y Atli, con un ligero movimiento y un ceño de advertencia, miró hacia el desván y señaló con un dedo directamente hacia donde estaba Helgi. Al instante el vikingo bajó la cabeza y, tan rápido como se atrevió, volvió gateando hasta la cama. Hubo un momento de silencio, pero al parecer ni Atli ni la mujer habían sospechado nada, pues la conversación susurrada continuó de nuevo.

"Por valor o astucia veré el rostro de esa doncella," se dijo a sí mismo, mientras pensaba en posibles planes.

Por fin cesaron los susurros y Atli cruzó la habitación y entró en el apartamento interior. La puerta se cerró detrás de él y luego diciéndose: "Ahora o nunca, amigo mío," Helgi se puso silenciosamente su abrigo de piel de oveja y, con paso suave para no molestar a Estein ni al vidente, bajó la escalera con valentía.

La mirada de la muchacha, cuando él se volvió al pie de la escalera y la miró, se quedó grabada en su mente durante mucho tiempo. La consternación y su sentido de lo ridículo estaban teniendo una lucha tan obvia en ella en todos los rasgos, que después de mirarla

directamente a la cara un momento, él estalló en una silenciosa convulsión de risa que lo zarandeó hasta que tuvo que estabilizarse con un peldaño de la escalera. Tan contagioso fue, que después del más breve conflicto, esa consternación huyó del campo, apareció una pequeña sonrisa, y luego una más alegre, y en un momento ella se reía con él. Y ciertamente, para ser un hombre comúnmente más cuidadoso con su apariencia, tenía él una figura bastante cómica descalzo y con el cabello enredado, y el gran abrigo de piel de oveja mal ajustado se apiñaba a su alrededor para ocultar la pobreza debajo.

"Me temo que mi hábito no agrada a tus ojos," dijo él al fin, esforzándose por controlar el semblante.

"Es..." comenzó ella, y luego su gravedad por un instante la abandonó de nuevo. "Es muy apropiado," dijo más sobria y un poco tímida.

"En verdad, un atuendo para ganar el corazón de una doncella; pero no me importaba la ropa de tanta prisa por ver a la doncella," dijo Helgi audazmente.

Ella lo miró con algo de sorpresa y un toque de dignidad suficiente para frenar el brillo de sus avances. Él vio el cambio y rápidamente añadió: "Para ser honesto contigo, en realidad no sabía que estabas aquí, y con frío bajé a calentarme. Debería pedirte perdón."

"No es así," dijo ella; "¿Cómo ibas a saber que yo estaba aquí? Acabo de llegar."

"Y yo," respondió Helgi, "me voy mañana temprano, aunque ahora me gustaría quedarme más tiempo. Así pronto te olvidarás del hombre del abrigo de piel de oveja que tanto te alarmó."

"Pero no el abrigo," dijo ella con recato, sus ojos azules se iluminaron de nuevo. La vanidad de Helgi estaba un poco picada, pero él respondió alegremente: "Entonces recordaré tu rostro, y tu..."

En ese instante se abrió una puerta y, volviéndose de repente, Helgi vio a Atli salir de detrás de una gran piel de oso que ocultaba la

entrada a su cámara interior. El rostro del anciano se oscureció de disgustada sorpresa, pero él vaciló un instante, como si no supiera qué hacer. Luego se acercó a la muchacha y le dijo: "Tu habitación está lista." A Helgi añadió: "Me gustaría hablar contigo, Helgi."

La muchacha salió del fuego de inmediato y lo siguió a la otra habitación. Mientras se alejaba, Helgi dijo: "Adiós, dama."

"Adiós," respondió ella con franqueza, con una sonrisa, y salió con Atli.

"Una incursión audaz y afortunada," se dijo complacido el vikingo. "Un rostro más hermoso y ojos más brillantes que nunca había visto antes. ¿Quién puede ser? Como bastante una dama que viene a escuchar la mística jerga del adivino y tragar pociones o murmurar hechizos a voluntad de este. Estoy contemplando convertirme en mago si esos visitantes son comunes. Creo que podría darle a ella un augurio tan sabio como Atli. Pero es extraño cómo llegó ella aquí, no es de este país, juraría yo."

Sus reflexiones se vieron truncadas por la entrada de Atli.

"Helgi," dijo el anciano aún hablando muy bajo, "has visto lo que te debería haber permanecido oculto."

"Pero que era digno de ser visto," dijo Helgi.

"No hables tan a la ligera," respondió el anciano con severidad y ese aire de misterio que podía hacer tan impresionante. "No sabes qué cosas hay detrás del velo, ni cuánto estas puede depender de una palabra. Te exijo estrictamente que no digas nada de esto a Estein. Hay cosas que no deben llegar a oídos de los reyes."

"No diré nada a nadie," respondió Helgi con más seriedad.

"Eso está bien dicho," respondió Atli. "Duerme ahora, porque el alba se acerca y el camino es largo."

Helgi acababa de regresar al desván y se quitaba el abrigo de nuevo cuando Estein se incorporó sobre su codo de pronto y lo miró, y durante un minuto Helgi se sintió como un criminal pillado en el acto.

"¿He estado soñando, Helgi?" dijo su hermano adoptivo, "o... o, ¿dónde has estado?"

"Calentándome en el fuego," respondió Helgi rápido.

"¿Hablaste con alguien?"

"Sí, Atli me oyó y vino a ver si acaso había entrado un ladrón para llevarse a sus dos escandinavos.

"Entonces solo lo soñé," dijo Estein pasándose la mano por los ojos. "Creí haber oído la voz de una muchacha; pero cuando me desperté más, la voz había desaparecido, de hecho. Sonaba como, pero era un sueño," y volviéndose a acostar, cerró los ojos.

"¿Debería decírselo?" pensó Helgi; "No, se lo prometí a Atli, y después de todo esta es mi propia aventura."

Para cuando el día hubo amanecido, ambos se iban bajo la guía de Jomar.

"Recuerda, Estein, mi augurio," dijo Atli mientras partían.

"Cuando la nieve se derrita," gritó Estein en respuesta; "y creo que no tendré que esperar mucho."

Era una cruda mañana gris, sin olor a helada en el aire, sino más bien con todos los signos de deshielo, y el anciano, después de ver a las dos figuras altas envueltas en cota de malla que se alejaban con su enano guía apresurándose al frente, cerró la puerta y se volvió con una mirada grave y cansada hacia el fuego.

Apenas había él entrado cuando se abrió la puerta interior y la chica entró apresuradamente.

"¿Quién era ese otro hombre?" preguntó ella. "Solo le vi la espalda, y sin embargo..." se detuvo con un poco de confusión, porque Atli la miraba con gran sorpresa.

"¿Le conoces?" preguntó él. "¿Dónde lo has visto antes?"

"No," respondió ella con afectación de indiferencia, como

avergonzada de su curiosidad, "Sólo me preguntaba quién podría ser."

"Es un cierto comerciante de Noruega a quien los hombres llaman Estein," dijo Atli, aún mirándola con curiosidad.

"No conozco el nombre," dijo ella y, luego, agregando con un leve escalofrío: "Qué frío es este país," se dio la vuelta abruptamente y volvió a salir de la habitación.

El anciano permaneció perdido en sus pensamientos. "Extraño, extraño pasajero," murmuró presionándose la frente con la mano. "¿Puede ella haberlo visto? ¿O puede esto ser...?"

Sus ojos se iluminaron de repente y comenzó a pasear por la habitación.

15. LO ÚLTIMO DEL AGENTE DE LA LEY

En silencio y de prisa, los tres hombres siguieron su camino. Había comenzado un deshielo frío y nublado. Bajo los pies, la nieve era suave y se derretía y por todo el bosque se oía el goteo de mil árboles y el crujir y balanceo de las ramas con el viento. A medida que avanzaba la mañana y se acaloraban en su empeño, los dos escandinavos hablaban un poco, pero contrariamente a su costumbre de últimamente, era Estein quien hablaba con más frecuencia y parecía estar de mejor humor. Helgi, por su parte, estaba callado y pensativo, y por fin Estein exclamó: "¿Por dónde te rondan los pensamientos, Helgi? ¿En el próximo banquete, la última doncella o el hombre que dejaste atado al árbol? Los hombres pensarán que hemos cambiado de naturaleza si nuestra charla va como lo ha hecho esta mañana."

"Tuve un sueño extraño anoche," respondió Helgi.

"Cuéntamelo y se lo expondré a una jarra o una pestaña, según resulte ser el tema."

"No," exclamó Helgi, volviendo repentinamente a su flotabilidad habitual; "Ahora que tengo a mi viejo Estein conmigo, no volveré a convertirlo en un lector de sueños y presagios. Me regocija verlo de un humor brillante. ¿Tuviste tú un sueño agradable?"

"La acción que yace ante mí," dijo Estein; "el mar abierto y las tierras del sur otra vez, y la perspectiva misma es la medicina."

Al cabo de un rato, Estein se acercó al lado de su guía y le dijo: "Es claro que nos llevará más tiempo de lo que dijiste. Tuvimos que viajar mucho por campo abierto cuando salimos del pueblo, y aún no hemos llegado al comienzo del mismo."

Jomar emitió una risa rápida y despectiva, y respondió brevemente: "¿Crees que Thorar os trajo por la ruta más corta? Los prisioneros que liberaste llegaron al palacio del rey Bue muchas horas antes que

vosotros. No sois sabios los hombres del norte."

Estein miró por un momento como si hubiera respondido con brusquedad, pero mordiendo el labio se retiró y no intercambió una palabra más con el hombre.

Fue alrededor del mediodía, cuando, mientras bajaban por una ladera boscosa, Helgi exclamó: "¡Escucha! ¿Qué es ese clamor?"

Jomar también oyó los gritos, pues se detuvo un momento y escuchó con atención, y luego partió más rápido que antes. Con cada paso que daban, los distantes sonidos y los gritos de los hombres se hacían más fuertes, e incluso parecía el choque del acero lo que podían distinguir.

"El ataque está hecho," gritó Helgi. "Reza a los dioses para que no dispersen a los perros antes de que llegemos."

Jomar lo oyó y miró por encima del hombro con un semblante salvaje. "A veces los perros muerden y desgarran," dijo.

"¿Por qué han esperado tanto?" dijo Estein medio para sí mismo. "Esos idiotas deberían haber caído sobre Ketill esa misma noche. Les agradezco su idiotez."

Ahora habían echado a correr y el alboroto sonaba tan fuerte que supieron que debían estar cerca del pueblo.

"Alguien viene," exclamó Helgi, y justo cuando hablaba, un hombre pasó a toda velocidad en la dirección opuesta y, lanzándoles solo una mirada de sorpresa, desapareció entre los árboles de detrás. Un minuto después, otros dos corrieron por un lado, y un cuarto se detuvo y se volvió cuando se topó con ellos. Todos eran jemtlandeses, y Jomar, cuando los vio, maldijo en voz alta, mientras los escandinavos avanzaban con mayor entusiasmo.

Treinta metros después estaban en el borde del bosque, deteniéndose en un lugar no muy lejos de donde la expedición había salido por primera vez a la aldea. El gran lago y el campo abierto se extendían debajo de ellos, blancos aún, pero con todo el brillo y destellos ahora cubiertos por un cielo gris del clima

húmedo. Pero ellos prestaban poca atención al cielo o a los campos de nieve, pues sus ojos estaban cautivados por un espectáculo más conmovedor.

Sobre la pequeña aldea se extendía un dosel denso y humeante, y de cada condenada casa saltaban y bailaban las llamas. A su alrededor, la llanura estaba viva con las señales, y los terrores de la guerra que veían, negros ante la nieve, hombres huyendo por el campo abierto, girando a veces hacia el bosque, o resbalando y corriendo por el lago helado. Y los gritos de los perseguidores se acercaban a ellos en una confusión de alboroto, y aquí y allá, sobre el páramo, y más densamente cerca del pueblo, los muertos yacían esparcidos. La batalla había terminado. Pequeños grupos de escandinavos aún atacaban a los jemtlandeses vencidos antes de que ellos los derribaran mientras huían; pero la fuerza principal parecía estar ya dedicándose a quemar y saquear la aldea, y Helgi suspiró mientras exclamaba: "¡Demasiado tarde después de todo! La chusma cobarde no pudo ni siquiera luchar hasta que hubiéramos venido a unirnos al deporte."

Como un animal enfurecido, Jomar se volvió hacia él. "¡Perro escandinavo!" gritó sacando su daga y saltando hacia adelante, "nunca más..."

Mientras hablaba, Estein, que se interpuso entre ellos, tuvo el tiempo justo para sacar un pie y derribar al jemtlandés de bruces, con la daga volando de su mano. Después de mirar por un momento con asombro a su guía caído, su posible víctima se echó a reír y, tomando la daga, se la devolvió y le dijo: "Olvidé, amigo Jomar, que estabas tan cerca de mí. Me debías algo, de hecho, pero intenta no pagarlo así, por tu propio bien."

El hombre tomó la daga malhumorado y respondió: "Espero no volver a veros a ninguno de los dos. Bajad ahora al pueblo si podéis llegar sin volver a perderos por el camino, y que mi maldición os acompañe."

Sin esperar respuesta ni recompensa, los dejó y desapareció en el bosque. "Ahí va un hombre del que me alegra ver el último," dijo Helgi mientras se dirigían a la aldea. "Sólo puede ser por magia negra que Atli hizo que nos sirviera."

"Eso es muy extraño," respondió Estein pensativo. "He notado antes que una mente poderosa tiene una fuerte influencia en los hombres de menos sabiduría, aunque sea suficiente, hay algo más además."

Cuando estuvieron lo bastante cerca para ser reconocidos, un fuerte y alegre grito se elevó de sus hombres; uno tras otro, los vencedores salieron corriendo a recibirlos, y fue con una gran compañía a sus espaldas que entraron en la aldea en llamas. En la plaza del mercado, alrededor de la cual se encontraban la mayoría de las casas, encontraron a Ketill con la armadura mellada y manchada de sangre, y los ojos brillantes de severa excitación. Por fin había quemado y lo estaba disfrutando al máximo. Un grupo de cautivos acababa de ser decapitado sin piedad, sus cabezas y troncos ensangrentados estaban esparcidos por la nieve carmesí, y junto a ellos yacían cinco o seis más, con las piernas atadas con cuerdas, esperando su turno.

Aunque estaba acostumbrado a los espectáculos de sangre y carnicería, la mente de Estein retrocedió ante una escena de carnicería como ésta, y respondió al grito de asombro y bienvenida de Ketill: "Me alegro mucho de ver esta victoria, Ketill, y galantemente debes haber luchado, pero ¿cuándo se ha convertido en nuestra costumbre matar a nuestros prisioneros?"

"Sí," respondió Helgi, "bien podríamos habernos perdido esa parte."

"¿No sabes que los jemtlandeses mataron a los veinte que te siguieron hasta el rey Bue?" respondió el capitán de barba negra. "Los mataron como ganado, Estein; ¿y ahora perdonamos a los asesinos? Tampoco sabía si tú y Helgi habíais caído en sus manos, y en caso de que te hubiera sucedido algo malo, parecía mejor vengarse ante la menor oportunidad. "

"Entonces, dado que ya no necesito venganza, que cese la matanza," dijo Estein, "aunque en verdad los traicioneros perros merecen poca piedad."

"Como mandes," respondió Ketill; "Aunque hay uno aquí que estaría mejor fuera del mundo que dentro de él."

Mientras hablaba, se acercó a un prisionero que yacía de lado con la

cara hundida en la nieve, como un herido de gravedad, y Estein no le dio la vuelta con el pie de manera suave.

"¿No puedes dejarme morir?" dijo el hombre mirando con frialdad y orgullo a sus captores, aunque evidentemente estaba a las puertas de la muerte. "No tomará mucho tiempo ahora."

"¡Thorar!" exclamó Estein.

"Me has nombrado, Estein," respondió el oficial herido. "Tenía la esperanza de presenciar tu muerte, ahora tú puedes presenciar la mía."

"Enemigo traicionero y amigo infiel," dijo Estein con severidad; "Bien te mereces esta muerte."

"¿Infel a quién?" respondió Thorar. "Sólo le debía lealtad a mi rey y maestro Bue. Hace mucho tiempo que planeaba cómo librarnos de vuestra orgullosa y cruel raza, y pensé que había llegado el momento. Bobos y confiados, caísteis en mi trampa como hombres con los ojos vendados, y fue obra de los dioses, y no de ti, que mi plan fracasara."

"¿Bobos y confiados?" Respondió Estein. "Di más bien confiados en las promesas que solo un cobarde querría incumplir."

"Los fuertes e insensatos luchan con armas aptas para sus manos," dijo Thorar; "los débiles y sabios con armas aptas para sus cabezas."

"Pues las manos, al parecer, son mejores que las cabezas," intervino Helgi.

"Que sepas esto al menos," exclamó Ketill, "tus hijos han perecido antes que tú. Yo los maté al comienzo de la batalla."

El moribundo soltó una carcajada espantosa. "¡Mis hijos!" gritó. "¿Crees que confiaría en mis hijos a los escandinavos? Esos chicos eran esclavos. Murieron por su país como muero yp," y su cabeza cayó hacia atrás sobre la nieve.

"¡Bastardo!" gritó Ketill, "Ciertamente mueres."

Levantó su espada mientras hablaba; pero Estein lo agarró del brazo antes de que pudiera bajarla, diciendo: "No puedes matar a los muertos, Ketill."

"¿Me ha abandonado entonces?," dijo Ketill inclinándose sobre su enemigo caído.

Y así había sido. El agente de la ley había dicho lo último, su dardo había sido disparado inutilmente y sus enemigos se erguían triunfantes sobre él.

"Al menos murió bien," dijo Helgi; "Cuando llegue mi turno, que tenga yo suerte de mirar con orgullo a mis enemigos. Pero cuéntanos, Ketill, ¿qué te sucedió aquí desde nuestra partida.?"

El corpulento capitán frunció el ceño y se rascó la cabeza, como si deliberara sobre cómo hacer algo tan ajeno a su genio como contar una narración.

"Un cierto día nos dejasteis," comenzó.

"Bien contado," gritó Helgi riendo, "un excelente comienzo. Ningún escaldo podría hacerlo mejor."

"No," respondió Ketill, frunciendo el ceño con enojo, "si quieres hazañas chistosas, cuéntalas tú mismo. Las mías no han sido hazañas de niños."

"No te ofendas," respondió Helgi aún riendo; "Cuenta tus hazañas y deja que el mismísimo Thor las envidie. Yo me comprometeré a hacerte reír de mis propias aventuras después."

"Garantizaré que tus acciones me harán reír en lugar de envidiar," dijo Ketill. "Pero, como dije, nos dejasteis, así que nos quedamos aquí sin vosotros."

"No, Ketill," intervino su torturador muy seriamente, "Esta historia creo que se impone a mi juventud."

"¿Qué quieres decir?" exclamó airado el capitán de barba negra, buscando la empuñadura de su espada con la mano.

"Paz, Helgi," gritó Estein, quien vio que se necesitaban sus buenos oficios; "Y tú, Ketill, no hagas caso de sus bromas. Es joven e insensato."

"Y esbelto," agregó el incontenible Helgi, aunque no lo bastante alto como para que lo oyera Ketill, y el robusto vikingo reanudó su historia, bastante malhumorado.

"Así nos dejasteis aquí en esta aldea. Hacía frío, con poco que hacer, así que incluso abrimos la cerveza de Thorar inmediatamente. Al poco tiempo, un hombre que había estado en el bosque llegó deprisa para decirme que él había pillado a dos de estos perros jemtlandeses espiando la aldea. Me correspondía tener cuidado, y puse guardias, y no estaba demasiado borracho esa noche. A la mañana siguiente llegó uno con noticias de un hombre que me había dejado un mensaje, aunque no quiso decir quién lo envió."

"Ese sería el amigo Jomar," dijo Helgi.

"No sé su nombre, pero la traición, me dijo, estaba decidida; y dejé de beber a partir de entonces, y no me quedaba nada más que jugar a los dados y dormir. Un poco más tarde, este Thorar llegó a la aldea, y me habría persuadido de que te siguiera hasta el rey; y cuando le pedí una muestra, me mostró un anillo que dijo que era tuyo. Mi propia mente no está atenta a estas bagatelas, sino a un hombre cuyos ojos eran agudos antes de que un hacha jemtlandesa le cortara la cabeza esta mañana sin saber que no era uno de los tuyos."

"¿No lo apresaste allí mismo?" dijo Estein.

"Yo estaba a favor de llevarlo en el acto, pero hablábamos dentro del pueblo y él tenía tal compañía junto a él que después de una pelea fuerte solo dejó a tres de sus muchachos en la nieve. ¡Que me apresen los hombres lobo si esta labor no deja a uno seco! Ah, tráeme un cuerno de cerveza."

Tan pronto como hubo saciado su sed en un largo trago y se hubo secado los bigotudos labios con mucho gusto, el narrador prosiguió: "Así que por la noche, como puedes pensar, mantuvimos una estricta y sobria guardia, y descansamos. Y bien fue; porque yo no

había dormido ni una hora, al parecer, antes de que surgiera el grito de que el enemigo estaba sobre nosotros. Pero cuando vieron que estábamos listos para ellos, las alimañas se retiraron al bosque para reunir más fuerza, y no fue hasta que amaneció que se aventuraron y ofrecieron batalla. Entonces maté a los rehenes, prendí fuego a la aldea y caí sobre ellos de inmediato, y un fuego más valiente y una pelea más enérgica mientras duró no deseo ver. Fueron siete a uno, por lo menos, pero nunca cedimos ni un centímetro de terreno, y nunca perdimos un golpe. Creo," concluyó con una risita," que recordarán su recibimiento."

16. REY ESTEIN

Fue en una ventosa mañana de abril cuando las montañas de Sogn volvieron a verse. Una fuerte racha de viento del sudeste había empujado los dos barcos al mar y; ahora, mientras corrían hacia tierra firme ante una brisa favorable; veían en el horizonte una brillante colina tras otra cruzar el banco de niebla matutina. Helgi, por el momento, estaba a cargo de la caña del timón, mientras que Estein se apoyaba en la regala ocupado con sus nuevas resoluciones.

"Un barco debe volver a cruzar el mar," se repitió. "El momento de la acción está cerca, y veremos qué nueva extraña fortuna jugará conmigo. Aunque después de todo," reflexionó, "después de meterme la cabeza bajo la marea, siempre ha permitido que me levante. y jadee antes de ahogarme del todo. Todo se reduce a esto: los propósitos de los dioses son demasiado profundos para que yo los entienda, así que debo callar y esperar el paso de los eventos."

Helgi lo había estado observando con una media sonrisa en el franco rostro, y al fin gritó: "¿Qué consejo tienes para los marinos? A veces veo una sonrisa, a veces escucho un suspiro; y luego, de nuevo, hay una mirada en tus ojos como si Liot Skulison estuviera ante ti."

"Estaba llenando veinte barcos con suficientes muchachos robustos para tripularlos, y navegando de nuevo por el principal occidental," respondió Estein.

"¿Y adónde navegabas?" preguntó Helgi.

"Hacia el oeste primero," dijo Estein.

"Con tal vez un punto más o menos al sur. ¿Una dirección que nos lleve a las islas Hjalmland o, puede ser, a las Orcadas?"

"Ayudado por un viento obstinado," respondió Estein con una sonrisa.

"Donde, sin duda, sería bueno matar a otro explorador marino,"

continuó Helgi; "ya que causan muchos problemas a los pacíficos marinos de Noruega. También a las brujas y hechiceros que habitan en las islas, dicen los hombres, sería bueno librar a la tierra de tales."

En este último discurso, Estein primero frunció el ceño y se sonrojó, y luego se encontró con la mirada de su hermano adoptivo, toda alegría exterior y alegría al acecho, se rió desafiante y exclamó: "Puede ser así, Helgi. Todo lo que hago ya está ordenado, y no importa hacia dónde gire la proa de mi barco o lo que planeo. ¡A las Orcadas voy!"

"¿Entonces sigues pensando en esta doncella?"

"Me han pasado ideas, siguen pasando, y mientras yo viva no veo qué es lo que les detiene su curso."

"Recuerda, hermano mío, lo que se interpone entre vosotros," dijo Helgi más gravemente.

"No lo he olvidado."

"¿Y aún navegas a las Orcadas?"

"Los dioses me han ordenado cruzar los mares," respondió Estein, "y ellos gobernarán mi barco, sea cual sea el puerto que elija."

"Ve, entonces," dijo Helgi; "y mientras ese astuto consejero al que los hombres llaman Helgi Sigvaldson navegue contigo, al menos no te faltarán los sabios consejos."

Estein se rió. "Helgi hinn frodeNOTA8 serás llamado de ahora en adelante, y Vandrad ya no seré."

Se quedaron en silencio durante un rato, y luego Estein exclamó: "¡Estamos muy lejos de ese país de Jemtland! ¿Has visto tantos árboles y tan pocos hombres antes?"

"Sin embargo, no estaba del todo desprovisto de cosas buenas," respondió su amigo.

"¿Qué, te refieres a la esposa del leñador?"

"¿A qué si no?," dijo Helgi, y luego se quedó en silencio de nuevo.

Llegaron a Hernalsfjord hacia el anochecer y, mientras ascendían por las tranquilas y estrechas aguas, la oscuridad se aceleró. Una a una, y luego decenas, cientos y miríadas, las estrellas salieron y flotaron como un alegre toldo entre las paredes coronadas de pinos. Delante vieron luces y una orilla de tierra que se acercaba, y el granizo pasaba de un barco a otro y viceversa. Poco después avanzaban suavemente junto al muelle de piedra, donde uno o dos hombres los esperaban.

"¿Qué noticias?" preguntó Helgi.

Los hombres no respondieron, parecieron susurrar entre ellos y Helgi repitió su pregunta. En ese momento un hombre llegó apresuradamente al final del muelle y gritó: "¿Es entonces que Estein ha regresado?"

"¡Mi padre!" exclamó Helgi.

"¿Qué puede traer el conde aquí a esta hora?," dijo Estein saltando a tierra.

Se encontró con el conde Sigvald en el muelle y, a la luz de un farol, vio que el rostro del anciano estaba serio y triste.

"Fortalece tu corazón para escuchar malas nuevas, rey Estein," dijo.

Ese "rey" golpeó los oídos de Estein como una tañido a muerto, y adivinó la noticia del conde antes de escucharla.

"El rey Hakon se unió a sus padres hace tres días," dijo el conde. "Bienvenido en verdad es tu regreso, porque la ley dice que los muertos no deben permanecer en la casa más de cinco días, y parece que no está bien mantener los ritos funerarios con su hijo fuera."

Estein quedó de pie como un hombre mudo, y luego murmurando: "Me reuniré contigo de nuevo," echó a andar rápidamente por el muelle, y poco después se perdió de vista en la oscuridad.

"Querido era Estein para su padre, y querido el viejo rey para su

hijo. Me temo que será profundo y ardiente tu dolor," dijo el conde.

"De buena gana lo consolaría," respondió Helgi. "Pero conozco bien el humor de Estein, y ahora es mejor que esté solo un tiempo."

Caminaron lentamente hasta Hakonstad, con el viejo conde apoyado en el brazo de su hijo, y mientras avanzaban, Helgi le contó la historia del viaje a Jemtland. En su interés, el conde olvidó incluso la tristeza actual, y maldecía con vehemencia o rugía fuerte y cordialmente a medida que avanzaba la historia.

"¡Que yazgan en tinieblas para siempre como cobardes y traidores!" gritaba, o "¡Un plan astuto, por el martillo de Thor! ¡Si yo fuese cincuenta años más joven, habría hecho lo mismo, Helgi!" y luego otra vez, "¡Los trolls me lleven si esto no es suficiente para hacer reír a un oso! ¿Qué sigue, Helgi?"

Cuando su hijo hubo terminado su relato de la visita al anciano vidente, parecía perdido en sus pensamientos.

"Atli, Atli," repitió. "¿Lo llamas Atli? No recuerdo el nombre. ¿Un amigo de Olaf Hakonson, dijo? No conocí a tal amigo. Sin embargo, parece que habló como alguien que había consultado a los dioses; y si sus palabras actuaban, como dices, como medicina en Estein, su nombre importa poco. Sin embargo, es algo extraño."

Cuando llegaron a Hakonstad, Helgi descubrió que ya habían llegado muchos jefes para participar en los ritos funerarios y, más particularmente, en la fiesta con la que siempre terminaban. No fue hasta que casi todos se habían ido a descansar que Estein regresó, y luego se fue directamente a su dormitorio sin intercambiar más que los más sencillos saludos con los que encontraba aún hablando en voz baja mientras tomaban cerveza alrededor de las fogatas.

El día siguiente se dedicó a los preparativos para las solemnes ceremonias de la pira y el montículo, y la gran fiesta que marcaría el reinado de otro rey en Sogn. El joven rey mismo anduvo con valentía, ocupándose de todo, pero hablando poco. Helgi lo observaba ansiosamente, pues temía mucho que este nuevo dolor pudiera nublar su mente de nuevo. Al anoecer se dio cuenta de que salía solo del salón y, levantándose de inmediato, lo siguió y se

puso a su lado mientras caminaba lentamente por el valle silencioso por la noche.

"¿No es bienvenida mi compañía?" preguntó Helgi.

"Más bienvenida que mis pensamientos," dijo Estein tomándolo del brazo.

"¿Han vuelto los pensamientos negros?"

"Haga lo que hsga, están conmigo otra vez," respondió Estein. "Mi padre ha muerto con Olaf sin venganza, y ahora es demasiado tarde para mantenerle mi palabra sagrada de que alguna vez seguiría la disputa. El rey Hakon ya está sentado en Valhalla, y sabe que su hijo es un cobarde y que no cumplió su palabra mientras él vivió, siempre me dije a mí mismo que encontraría alguna forma de cumplir mi promesa, pero ahora es demasiado tarde. Es duro, Helgi, perder a la vez a un padre y la consideración de un padre. "

"El rey Hakon está con Odín," dijo Helgi, "y sabe lo que ha ordenado. Odín no te ha dicho que cruces los mares en vano, y sin duda el rey Hakon incluso ahora espera el asunto. Nunca el hombre hizo gran cosa con la mente abatida. Primero descarta tus pensamientos y luego vuelve al camino vikingo."

"Helgi hinn frode," dijo Estein, apretándole el brazo, "eres un buen consejero en verdad. Tan pronto como pueda reunir fuerzas, partiremos."

"Y ahora, un cuerno de cerveza, y luego a la cama," respondió Helgi, alegre como siempre.

Desde que los primeros nortños salvajes, viajando hacia el oeste hacia el mar, se habían asentado en la tierra de Sogn, sus reyes habían sido enterrados en un árido islote junto a la desembocadura de Hernalfsfjord, y en la mañana del quinto día después de la muerte del rey Hakon. lo llevaron a su último lugar de descanso junto al oleaje del océano del norte. Su cuerpo, vestido con una armadura completa y ataviado con túnicas de estado, fue colocado sobre un féretro en la popa del barco que lo había llevado por última vez a la batalla. Una tripulación escogida de jefes y vasallos

de noble cuna lo condujo lentamente por el fiordo, mientras que a su paso lo seguía una flota de barcos. Estein, vestido con toda la panoplia de la guerra, como si navegara para enfrentarse a sus enemigos, destacaba solo sobre la popa como una figura esculpida, solo la mano que sostenía el timón se movía. Cuando llegaron a la pequeña isla que miraba hacia el mar, descubrieron los cimientos de un montículo ya preparado, y grandes montones de tierra a su lado, listos para ser construidos en la cima. Todos los jefes y hombres mayores desembarcaron con un número suficiente de paleros para ayudarlos con el trabajo, mientras los demás descansaban en los barcos y miraban en silencio. Primero, el barco en el que yacía el rey muerto era sacado y colocado sobre el montículo; cada jefe que había tomado un remo colgaba su escudo por turno sobre los baluartes; la vela, alegre con telas de colores, estaba izado el estandarte del rey, levantado y puesto en los arcos; y luego Estein encendió una antorcha y la acercó a un montón de leña que había debajo. A medida que las llamas aumentaban y el humo salía al mar, los jefes arrojaron regalos a bordo —anillos y brazaletes de oro y plata, espadas afiladas y hachas con incrustaciones— para que el rey, en su lejano hogar entre los dioses del norte pudiera pensar con bondad en sus amigos en la tierra. Uno tras otro desearon que su alma partiera. Las palabras de Estein fueron pocas y temblorosas por la emoción, y quienes las escucharon se maravillaron de su significado.

"¡Que te vaya bien, padre mío! ¡Aún he de mantenerte mi promesa!"

Más fuerte de todos gritó el conde Sigvald: "¡Que Odín sea tan buen amigo para ti como tú lo has sido para mí! Resérvame en un lugar a tu lado, Hakon. ¡Toda mi vida he estado a tu lado, bajo el sol y la escarcha, festín y tormenta de batalla, y pronto espero poder seguirte a casa!"

Por fin las llamas se apagaron y dejaron los restos ennegrecidos del barco y las cenizas de su capitán. Las cenizas las recogieron con reverencia y las colocaron dentro de un cuenco de cobre, una tapa hicieron con los escudos de doce jefes, los regalos se juntaron y colocaron alrededor, y luego los paderos amontonaron el montículo sobre Hakon, rey de Sogn.

Con un remar más rápido y las lenguas sueltas, la flota regresó a

Hakonstad.

"Un funeral noble, Ketill," dijo un jefe al barbudo Vikingo.

"Sí," respondió Ketill, "un entierro digno del rey Estein, y una fiesta real a la que nosotros tendremos que seguir."

"Los hombres dicen que tiene la intención de emprender una incursión vikinga, y eso antes de que pasen muchos días," dijo el otro.

"Ellos dicen la verdad," respondió Ketill. "Muchos hombres dará Estein a los lobos, y ansioso estoy por navegar con él. Nunca hubo un capitán más intrépido que Estein."

Durante los dos días siguientes, la charla se centró en el viaje hacia el sur. Los invitados llegaban a todas horas para el banquete de herencia de Estein, y muchos de ellos —guerreros sedientos de aventuras y exploradores del mar— declararon su intención de seguir su estandarte, la fuerza más valiente que, decían los hombres, nunca había seguido a la guerra a un rey de Sogn. Durante tres días reinaría el banquete, y luego, tan pronto como estuvieran listos para zarpar, el anfitrión debería tomar el camino vikingo.

Llegó la primera noche de la fiesta. El salón estaba muy iluminado y adornado alegremente con tapices y telas, ricos y multicolores, y hombres vestidos con valentía llenaron sus lugares a lo largo de las largas filas de bancos. El joven rey se sentó en el alto asiento de su padre, junto a él se alineaban los invitados más distinguidos y los más honrados, y los más humildes en los lugares más lejanos. Primero, bebieron por el rey muerto Hakon, por sus varios grandes parientes en el Valhalla y por cada uno de los dioses por turno. Luego, mientras los cuernos se vaciaban más rápido, se propusieron brindis tras brindis ante las hogueras, y se honraron con gritos de "¡Skoal!" que llegaron hasta bien entrada la noche afuera.

Estein, como era su costumbre, bebía ligeramente, y a menudo encontraba sus pensamientos vagando entre los eventos más incongruentes —noches de estrellas, en un islote lejano, sacudidas en mares distantes, y una y otra vez se desviaban hacia ese atisbo

de una doncella en los bosques de Jemtland. Helgi, en cuyos ojos azules bailaba una luz nunca encendida por el agua, lo reclamó por su mente ausente.

"¡Bebe más, Estein!" gritó. "¡Ríe, oh rey! Mira, ahí está sentado Ketill, el hombre casado; me parece que parece tener sed. ¡Ketill! Bebe conmigo por tu esposa."

"¡Los trolls se lleven a mi esposa!" tronó Ketill quien, como se recordará, se había casado con una viuda rica. "¡Esto es solo un brindis por los hombres solteros!"

Cuando el grito de risa que recibió este discurso se calmó, Helgi se volvió de nuevo hacia Estein y exclamó: "Entonces sea el brindis por nosotros, rey Estein. ¡Brindo por tu novia!"

"¿Quién es ella, Helgi?" gritó su padre jovialmente. "Nómbra la. Quisiera poder ver a otro rey casado antes de morir. Vi a tu madre casada, Estein, y una hermosa doncella que era. Las muchachas deben ser menos hermosas ahora o un rey galante no se quedaría soltero durante mucho tiempo. "

"Podría nombrar una hermosa doncella," dijo Helgi mirando al rey, pero en los ojos de Estein vio una mirada de advertencia.

"Tengo cosas más severas en las que pensar, conde," dijo Estein. "A cinco días de esto espero estar en el mar."

Mientras hablaba, uno de los guardaespaldas se acercó al asiento alto y se detuvo cerca de él. "¿Qué te pasa, Kari?" gritó Helgi, "Estás extrañamente sobrio."

"Tengo un mensaje para el rey," respondió el hombre.

17. EL FINAL DE LA HISTORIA

"¡Una bendición! ¡Una bendición!" exclamó Helgi. "Kari busca una bendición. Una esposa, o una granja, o un par de pantalones de piel de cerdo; ¿cuál es, Kari? Antes de que lo ganes, debes cantarnos un duelo. ¡Habla, hombre!"

"No busco bendición," respondió Kari. "Una doncella está fuera y busca al Rey Estein, y no quiere entrar."

"¡Ajá!" rió Helgi. "¿Por ahí sopla el viento?"

"¿Qué quiere?" preguntó Estein.

"No lo sé. No quiso decirlo."

"Dile que entre," dijo el conde Sigvald. "¿Crees que es apropiado que el rey salga para capricho de todas las mujeres?"

"Eso es lo que le dije, pero ella dijo que vería al rey fuera o se iría."

"¡Dile que entre o se vaya!" gritó el conde.

"Nah, mejor pregúntale de qué trata su recado," dijo Estein.

"Y dile," añadió Helgi cuando el hombre paloma se dio la vuelta; "que aquí está sentado el hermano adoptivo del rey, la persona más adecuada en todo momento para oír el relato de una doncella, y ahora más persuasivamente cargado de cerveza."

El hombre volvió a recorrer el salón y el conde Sigvald exclamó con irritación: "El corazoncito de algún esclavo, sin duda, ha venido a balbucear sus quejas."

"O quizá la novia venga a reclamar la mano del rey Estein," sugirió su hijo. Al cabo de un minuto, Kari regresó.

"Ella no quiere decirle de qué asunto se trata," dijo, "sino que suplica encarecidamente ver al rey."

"¡Dile que se vaya!" gritó el conde. "El rey está festejando con sus invitados."

"¿No le brillaron los ojos y su problema pareció desaparecer cuando escuchó que el hermano adoptivo del rey estaba aquí?" preguntó Helgi.

"Yo mismo presionaré para saber qué reclama," dijo Estein levantándose de su asiento.

"¿La verás entonces?" preguntó el conde.

"¿Por qué no?" respondió Estein. "Quizá traiga noticias de importancia."

"Si te levantas a las órdenes de todas las mujeres extrañas, tendrás muchas pretendientas," dijo el conde.

"Eso es el destino de un rey," respondió Estein con una sonrisa.

La sonrisa desapareció rápidamente de su rostro mientras caminaba por el salón, y los hombres notaron que se veía serio y preocupado de nuevo. No era que sus pensamientos vagaban debido a esta inusual convocatoria; al atravesar el vestíbulo oscuro, sintió solo un poco de curiosidad, y en la puerta se detuvo y miró hacia afuera bastante distraído.

Era una hermosa noche a la luz de las estrellas, y abajo podía ver el resplandor del mar, y al otro lado del fiordo el contorno negro de las colinas, y más cerca oía el susurro de la brisa nocturna en los pinos. Muy cerca, la figura alta y encapuchada de una mujer destacaba claramente perfilada, mientras que él mismo estaba oscurecido por las sombras. A la segunda mirada, algo en la pose de su extraña visitante golpeó su memoria con nitidez. Al principio pareció tener miedo de hablar y, con creciente interés, él dijo cortésmente: "¿Desea verme?"

La muchacha pareció sobresaltarse un poco, y luego dijo en voz baja: "¿Eres tú el rey Estein?"

Las palabras casi se perdían en la capucha que le tapaba la cabeza. Murieron en un susurro bajo; pero antes de que se fueran, Estein

había captado el ligero sabor de un acento extranjero, y por un instante se encontraba de nuevo en la Isla Santa. Con un gran esfuerzo, controló la repentina oleada de la emoción provocada, e incluso modificó su voz a un tono bajo y cauteloso cuando respondió: "Yo soy el rey."

La muchacha se detuvo un momento como para ordenar sus pensamientos, y luego dijo: "Tenías un hermano, Rey Estein, Olaf Hakonson..."

Ella se detuvo de nuevo y pareció mirarlo vacilante.

"¿Qué hay de él?" dijo Estein.

"Él cayó, ay, hace mucho tiempo. Perdóname por recordarlo ahora, pero él está en mi historia."

"¿Y bien?"

"Tres hombres estuvieron en su muerte," dijo la muchacha, ganando un poco de confianza. "Thord el Alto, Snaekol Gunnarson y Thorfin de Skapstead. Snaekol y Thorfin están muertos hace mucho tiempo, ¡que Dios los perdone! Pero Thord el Alto vivió para arrepentirse del incendio."

"Esa fue una mala acción," dijo Estein.

"Entonces él era un hombre pagano, rey Estein, pero lo he olvidado, tú no conoces a los cristianos."

"He oído hablar de ellos," dijo Estein, medio para sí mismo.

"A medida que pasaban los años, se hizo cristiano, siguió a otro Dios y a otro credo, y dejó el mundo y las incursiones vikingas, y vino a una pequeña isla de las Orcadas conmigo, su única hija. Porque mis dos hermanos cayeron en la batalla, Rey Estein, y ahora no quedan otros en la rivalidad."

"¿Cómo te llaman los hombres?," dijo Estein, pidiendo solo que pudiera volver a oír su nombre.

"Soy Osla, hija de Thord el Alto," respondió ella, incorporándose

con un toque de orgullo medio desafiante. "Él fue enemigo de tu familia, pero un noble de alta cuna, y un hombre bueno."

"¿Sí?"

"Vivió en la isla," continuó, "durante muchos años, todo solo salvo por mí.."

Estein no pudo evitar preguntar: "¿Solo todo el tiempo?"

"Todo, salvo una vez, en efecto, cuando un vikingo llegó por casualidad, pero se fue pronto," y luego continuó apresuradamente: "Mi padre pensaba a menudo en el incendio. Muchas hazañas había hecho de las que se arrepintió allí en la soledad de la Isla Santa. Sin embargo, él no era peor que los demás, pero se hizo cristiano, y por eso le parecieron malas acciones."

"¿Incluso este incendio?" dijo Estein, un poco secamente.

"¡No pienses tan duramente en él!" ella lloró. "Él era... ¡era mi padre!"

"Le pido perdón, señora Osla. Continúe."

"Al final enfermó, y en la última de las tormentas invernales murió."

Hasta ahora, Estein había estado escuchando con mucha curiosidad, preguntándose mucho cuál sería el resultado de todo esto y manteniendo una severa moderación en su lengua. Pero ante las últimas palabras de Osla, estuvo a punto de traicionarse a sí mismo. Estaba a punto de gritar con su voz natural, y cuando habló, fue como un hombre que se está ahogando por algo.

"¿Entonces Thord el Alto está muerto?"

"Murió arrepentido, rey Estein," dijo Osla. "Y me dejó un escrito, pues él me había enseñado el arte de leer en la isla, y con este mucha plata, o al menos a mí me pareció mucha. El escrito me invitaba a buscar al rey Hakon."

"¿No sabía entonces de la muerte de mi padre?"

"Entonces estaba vivo," respondió ella; "porque el escrito me decía además lo que no sabía antes, que tenía un tío aún vivo, o más bien quien mi padre pensaba que aún estaba vivo, y antes que nada tenía que buscarlo. De lo contrario, debería haber llegado a Sogn a tiempo para ver al rey Hakon."

"¿Cuál es el nombre de este tío?"

"Ahora se llama Atli," respondió ella, "pero..."

¡Atli, hermano de Thord el Alto!

"¿Lo conoces?"

"Lo he visto," respondió evasivamente. "Una vez vino aquí. Pero ¿cómo lo encontraste? Vive en lugares distantes, eso dicen los hombres."

"El escrito me dio la dirección de alguien que sabía dónde podía encontrarlo, así que viajé a un país lejano, a Jemtland, a muchos días de Sogn. Así fue cuando llegué aquí que el rey Hakon había muerto. "

"¿Y ahora me buscas a mí?"

"Tú eres su hijo y mi recado trata de ti, porque las enemistades que eran tuyas ahora son tuyas," respondió ella.

Por un momento se detuvo y Estein le pareció que lo miraba dubitativo, como si tuviera miedo de continuar. Luego sacó una bolsa de debajo de su capa, se la tendió y dijo simplemente, pero no como alguien que anhelaba una bendición o buscaba un favor: "Esta plata es el precio de la expiación por la muerte de Olaf. ¿La aceptarás?"

Estein tomó la bolsa, la sopesó en la mano y respondió lentamente: "Esta es una pequeña expiación por la muerte de un hermano."

Ella se sobresaltó un poco, su orgullo le dolía mucho y él oyó que se le aceleraba la respiración.

De repente él dejó caer la bolsa, salió de debajo de la sombra de la

puerta y gritó con su voz natural: "¡También debo tenerte a ti, Osla!"

Ella se sobresaltó de verdad esta vez, y durante un instante el impacto de la sorpresa se llevó los pensamientos y las palabras.

"¡Vandrad!" chilló ella débilmente, y luego estaba temblando en los brazos del rey Estein.

"¡Nah," dijo él, "Vandrad ya no, sino Estein el Afortunado! Perdóname, Osla, por engañarte antes; pero luego, en verdad, el destino me había tratado tan mal que no me interesaba que se supiera que yo era hijo del rey de Sogn."

Un poco más tarde él dijo: "Así que la rivalidad ha terminado y he encontrado una reina."

"¿Una reina, Estein?" susurró ella.

"Sí, una reina, digna del más orgulloso rey de Sogn. Y, Osla, ¿sabes que te he visto desde que nos separamos en la Isla Santa? ¿Puedes recordar una aldea de Jemtland en la que te detuviste en tu viaje y a un hombre a quien persiguieron los aldeanos?"

"Y eso..." ella gritó asombrada.

"Eran Vandrad y Atli..."

"Es Kolskegg, el padre adoptivo de tu hermano Olaf," dijo una voz detrás de ellos, y mirando rápidamente a su alrededor, los amantes vieron la venerable forma del vidente a cinco pasos de ellos.

Por un momento se sorprendieron demasiado para hablar, y el anciano prosiguió con encendido entusiasmo: "Sí, Osla, te seguí desde el barco y esperé bajo la sombra de Hakonstad mismo el asunto ordenado por los dioses. Rey Estein, cuando estuviste conmigo no supe quiénes eran el mago y la bruja de las Orcadas. Mis sueños no los revelaron. Cuando Osla vino a mí esa noche que dormiste en el desván, oculté que venía a verte a ti porque sabía que la raza de Yngve no había olvidado las heridas de sus parientes. Ni cuando lo supe todo le dije nada a Osla, pues deseaba que el destino pusiera fin a las cosas como quisiera."

"Pero ¿por qué no me dijiste nada de ti?" preguntó Estein.

"Ya he dicho la razón. Tu raza tiene recuerdos largos y amargos, y yo sabía muy bien que no podría servirte si lo hubieras sabido. Sí, Rey Estein, hace mucho tiempo que deseaba expiarme contigo, pero la temeridad de mi hermano para vengar lo que pensaba de mis heridas trajo la enemistad de sangre sobre mí. Fui desterrado por mi propia culpa, de ahí en adelante, Thord me exilió por la suya."

Luego, alzando la voz hasta que sonó durante la noche, gritó: "¡Pero ahora, rey Estein, el barco ha cruzado los mares!"

Hubo un minuto de silencio después de que hubo terminado, y luego el rey tomó a Osla de la mano y la llevó hacia la puerta, diciendo: "Deseo que vean a mi reina esta noche."

"Déjame venir mañana," susurró ella.

"Entra, Osla," dijo su tío, "yo te lo mando," y entró con Estein al vestíbulo.

Mientras la conducía hasta el alto asiento, cayó un silencio sepulcral sobre los invitados, y todos los hombres miraron con creciente asombro. Frente a el conde Sigvald ella se detuvo y, retirándose la capucha, gritó: "Aún vivirás para verme casada, conde. Mi viaje por el sur se convertirá en mi fiesta de bodas. ¡Mira a Osla, reina de Sogn!"

Antes de que su padre tuviera tiempo de responder, Helgi saltó de su asiento con un grito y, saludando a Osla en la mejilla, exclamó: "¡Antes que ningún otro amigo del rey Estein, te deseo alegría! ¿Recuerdas el abrigo de piel de oveja? Yo no he olvidado a la doncella. ¡Skoal por la reina Osla!"

Al instante, el grito fue imitado hasta que las humeantes vigas sonaron y volvieron a sonar; y así terminó la rivalidad, aunque el hechizo, dicen, nunca se rompió.

FIN

Notas

Capítulo 1

[1] **Valland**: Francia:

Capítulo 2

[2] **marchantes**: comerciantes (*chapmen* en el original).

Capítulo 3

[3] **Vandrad**: El Desafortunado.

Capítulo 4

[4] **¡Skool!**: saludo de brindis nórdico.

Capítulo 10

[5] **Los sus hombres**: guardaespaldas.

Capítulo 12

[6] **me asentaba**: "asentarse" era un método de lectura del futuro, practicado por los hechiceros, en el cual el mago pasaba la noche bajo el cielo abierto e invocaba a los muertos para que conversaran con él.

Capítulo 13

[7] **Jotun**: un miembro de una raza de gigantes que usualmente se opone a los Aesir, y especialmente a Thor.

Capítulo 16

[8] **'Helgi hinn frode**: Helgi el sabio: